



CHICO XAVIER

Pelo Espírito Irmão X

LÁZARO REDIVIVO



LÁZARO REDIVIVO

FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER

POR EL ESPÍRITU HERMANO X

ÍNDICE

LÁZARO REDIVIVO	5
1 — ANTE EL AMIGO SUBLIME DE LA CRUZ	8
2 — LA ESCLAVA DEL SEÑOR	12
3 — CARTA ABIERTA	16
4 — A LOS MÉDIUMS	20
5 — DULCE NOMBRE	24
6 — QUIEN AVISA	28
7 — EN ACCIÓN DE GRACIAS	32
8 — CONQUISTA Y LIBERTAD	36
9 — POR AMOR A DIOS	40
10 — EL DIABLO	44
11 — GRAN MÁS ALLÁ	48
12 — MADRE	52
13 — ROGATIVA Y ACCIÓN	55
14 — ASÍ PASA	59
15 — RESPUESTA DEL MÁS ALLÁ	63
16 — EL CASO DEL RICO	67
17 — LECCIÓN EN JERUSALÉN	71
18 — ESPÍRITU FARISAICO	76
19 — CARIDAD	80
20 — ESCUCHANDO AL MAESTRO	84
21 — PROTECCIÓN Y REALIDAD	89
22 — EL SABIO JUEZ	94
23 — ADVERTENCIA FRATERNA	98
24 — EN EL ESTUDIO DE LA FE	102
25 — LA PALABRA DEL MUERTO	106

26 – EN LA EDIFICACIÓN	111
27 – IDENTIFICACIÓN DEL ESPÍRITU	115
28 – DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN	120
29 – ESPÍRITU DESENCARNADO	126
30 – INTERCAMBIO	131
31 – CON FRANQUEZA DE HERMANO	135
32 – EN BUSCA DE LA VERDAD	139
33 – DEFINIENDO RUMBOS	144
34 – COMO AÑADIDURA	148
35 – SE RETIRÓ, A SOLAS	153
36 – EN LA LUCHA CONTRA LA MUERTE	158
37 – A LOS ESPÍRITAS	162
38 – CUESTIÓN DE PRUEBAS	166
39 – SERVICIO DE INVESTIGACIÓN	170
40 – EL JURADO NEGATIVO	174
41 – ADIVINACIONES	178
42 – FILOSOFÍA DE LA DUDA	182
43 – DESMONTANDO ACUSACIONES	186
44 – RESPUESTA LEAL	190
45 – EL ÁNGEL DE LA SALUD	194
46 – DESAJUSTADO	199
47 – PARÁBOLA MODERNA	203
48 – EL DISCÍPULO AMBICIOSO	207
49 – PREPARACIÓN FAMILIAR	213
50 – ORACIÓN DE UN MUERTO POR LOS MUERTOS	217

LÁZARO REDIVIVO

Cuentan que Lázaro de Betania, después de abandonar el sepulcro, experimentó, cierto día, fuerte añoranza del Templo, volviendo al santuario de Jerusalén para el culto de la amabilidad y de la camaradería, si bien con el corazón renovado, alejado de los interminables tejemanajes del sacerdocio.

Al penetrar en el atrio, sin embargo, reconoció la hostilidad general.

Abiud y Efraín, fariseos rigoristas, lo miraron con desdén y clamaron:

— ¡Es un muerto! ¡Es un muerto! ¡Ha vuelto de la sepultura, insultando a la Ley!...

Ambos representantes del fariseísmo teocrático se dirigieron a los lugares sagrados, donde se veneraba el Santo de los Santos, en un deslumbramiento de oro y plata, marfil y maderas preciosas, delicados tejidos y perfumes orientales, propagando la noticia. Lázaro de Betania, el muerto que había vuelto del coma, burlando la Ley y los Profetas, venía allí a afrentar con su presencia a los padres de la raza.

Fue lo bastante para revolucionar filas completas de adoradores, que oraban y sacrificaban suponiéndose en las buenas gracias del Altísimo.

Escribas acudieron apresuradamente, pronunciando largos y complicados discursos; sacerdotes llegaron, furiosos y rígidos, lanzando maldiciones; y aprendices de los misterios, con celo de vestal, llegaron con los puños cerrados, expulsando al irrelevante.

— ¡Fuera! ¡Fuera!

— ¡Vete para los infiernos, los muertos no hablan!...

— ¡Hechicero, la Ley te condena!

Lázaro pudo contemplar el cuadro, sorprendido. Observaba a sus amigos de la infancia vociferando anatemas, a los escribas, a quienes admiraba con sincero aprecio, vomitando palabras injuriosas.

Los compañeros enojados pasaron de la palabra a los hechos. Ráfagas de piedras empezaron a caer en torno al redivivo, y, no contento con eso, el astuto Absalón, vieja raposa de la casuística, lo sujetó por la túnica, proponiéndose encaminarlo a los jueces del Sinedrio para sentencia condenatoria, tras de un sumarísimo juicio.

El hermano de Marta y María, pese a todo, fijó en los circunstantes su mirada firme y lúcida y exclamó sin odio:

— ¡Fariseos, escribas, sacerdotes, adoradores de la Ley e hijos de Israel: aquel que me dio la vida, tiene suficiente poder para daros la muerte!

El estupor y el silencio siguieron a su palabra.

El resucitado de Betania se desprendió de las manos irrespetuosas que lo retenían, recompuso sus vestiduras y tomó el camino de la humilde vivienda de Simón Pedro, donde los nuevos hermanos comulgaban en el amor fraterno y en la fe viva.

HERMANO X

Lázaro, entonces, se sintió reconfortado, feliz...

En el recinto sencillo, de paredes desnudas, revestidas toscamente, no se veían alhajas del Indostán, ni jarrones de Egipto, ni preciosidades de Fenicia, ni costosos tapices de Persia; pero allí palpitaba, sin las dudas de la Ciencia y sin los convencionalismos de la secta, entre corazones fervorosos y sencillos, el pensamiento vivo de Jesucristo, el que habría de renovar el mundo entero, desde la teología sectaria de Jerusalén al absolutismo político del Imperio Romano.

Hermano X

Pedro Leopoldo, 22 de diciembre de 1945

1 — ANTE EL AMIGO SUBLIME DE LA CRUZ

Hoy, Señor, me arrodillo ante la cruz donde expiraste entre ladrones...

Amigo Sublime, idígnate a bendecir las cruces que merezco!...

De ti anunció el profeta que te levantarías, junto al pueblo de Dios, como arbusto verde en suelo árido; que no permanecerías, entre nosotros, como los príncipes encastillados en la gloria humana, sino como hombre de dolor, probado en los trabajos y sufrimientos; que pasarías por la Tierra ocultando tu grandeza a nuestros ojos, como leproso humillado y despreciable, pero que, en tus llagas y siguiendo tus pasos, sanaríamos nuestras iniquidades, redimiendo nuestros crímenes; que podrías revelar al mundo la divinidad de tu ascendencia, demostrando tu infinito poder y que, sin embargo, preferirías la suprema renuncia, caminando como oveja silenciosa hacia el matadero; y que, aunque señalado como el Elegido Celeste, serías sepultado como ladrón común... Añadió Isaías, no obstante, que después de tu postrer sacrificio, nuevas esperanzas florecerían en el

plano oscuro de la Tierra, a través de aquellos que serían tus continuadores, ¡en la abnegación santificante!...

Y tus lágrimas, Señor, rociaron el desierto de nuestros corazones y las benditas semillas de tus enseñanzas vivas germinaron en el suelo ingrato del mundo.

Más de diecinueve siglos han pasado y todavía me parece oír tu voz compasiva, suplicando perdón para los verdugos...

¡Ah, Jesús, compadécete de mis debilidades y ven, nuevamente, a bañar con tu bálsamo mi corazón herido y desalentado! ¡Enseñame a desnudarme de los últimos ropajes de la mundana esperanza, dame fuerzas para olvidar las últimas ilusiones!

¡Sin que lo merecieses, atravesaste el camino de dolor, soportando el madero de la ignominia!

¡Ayúdame, pues, a soportar el madero de lágrimas que merezco, en el rescate de mis inmensos débitos!

Amigo Sublime, que subiste el monte de la crucifixión, redimiendo el alma del mundo, enseñándonos desde la cima el camino hacia tu Reino, ayúdame a bajar al profundo valle del anonimato, a fin de que yo vea mis propias necesidades, en la soledad de los pensamientos humildes.

Maestro ¿qué representa mi dolor, ante el tuyo? ¿Quién soy yo, mísero pecador, y quién eres Tú, Mensajero de la Luz Eterna?

¿De cuántas llagas necesita mi frágil corazón para expurgar los abscesos seculares del egoísmo, y cuántos azotes necesitaré para exterminar el orgullo impenitente?

¡Ábreme la puerta de tus consuelos para que me renueve a la luz de tu bendición!

No te pido, Señor, como el rico de la parábola, permiso para volver al mundo a fin de anunciar, a aquellos que amo

todavía, la grandeza de tu poder; en cambio, ruego tu auxilio para que no me falte visión en el camino redentor. No puedo precipitarme en el abismo que separa mi fragilidad de tu magnificencia; pese a ello, puedo atravesarlo, paso a paso, como peregrino de tu misericordia. Con el corazón oprimido y cansado por las sombras de mi propia alma, ¡permite que me deshaga, sin que me cueste, de los postremos engaños, antes de seguir más firmemente a tu encuentro! Despojado de mis transitorios tesoros, manos limpias de las joyas que se me escaparon de los dedos trémulos, ¡concédeme el bordón de los peregrinos, aparentemente sin rumbo, porque su destino son los países ignorados del Cielo!

Me rindo ahora, sin condiciones, a tu amor infinito, te confío mis ansiedades supremas y mis sueños más tiernos de luchador, y ya que es necesario abandonar mi viejo cántaro de fantasías, ¡cámbiame la túnica de las últimas vanidades literarias por el hábito humilde del viajero, interesado en alcanzar la cuna distante, pese a los atajos difíciles y pedregosos!

¡Llena la soledad de mi espíritu con tu luz, como has llenado de perdón, un día, la noche de nuestra ignorancia! ¡Desvéndame tu voluntad soberana, para que yo me retire, sin esfuerzo, de las rejas infelices del capricho terrestre! Aunque yo no pueda divisar todos los recodos de la nueva senda, dame tu claridad misericordiosa, para que mis ojos imperfectos no anden apagados.

¡Maestro, atiende al peregrino solitario que te habla, al pie de la cruz, con dolor sin rebelión y con amargura sin desesperación!

Amigo sublime, Tú que has preferido el madero del sacrificio, entre el mundo que te repelía y el Cielo que te reclamaba, por amor a los hombres y por obediencia al Padre, ¡oriéntame en la jornada nueva! Si es posible, desprende de la cruz tu diestra generosa, que hemos clavado en el leño

HERMANO X

duro de la ingratitud con nuestras maldades milenarias, ¡y dame tu bendición para el largo itinerario que he de recorrer!

¡Tengo el alma sombría y aterido el corazón!

Y mientras pasan, inquietas, las multitudes ociosas del mundo en un torbellino de polvo, dime, Señor, como decías a los parálíticos y ciegos de tu camino: — “¡Levántate y vete en paz! ¡Tu fe te ha salvado!...”

2 — LA ESCLAVA DEL SEÑOR

Cuando Juan, el discípulo amado, vino a estar con María, anunciándole la detención del Maestro, el corazón materno, consternado, se recogió al santuario de la plegaria y rogó al Señor Supremo que preservase al hijo querido. ¿No era Jesús el Embajador Divino? ¿No había recibido la notificación de los ángeles, en cuanto a su condición celeste? Su hijo amado había nacido para la salvación de los oprimidos... Ilustraría el nombre de Israel, sería el rey diferente, lleno de amoroso poder. Curaba leprosos, ponía en pie a paralíticos sin esperanza. La resurrección de Lázaro, ya sepultado, ¿no bastaría para elevarlo a la cima de la glorificación?

Y María confió al Dios de la misericordia sus preocupaciones y súplicas, esperando su providencia; entretanto, Juan volvió en breves horas, para decirle que el Mesías había sido encarcelado.

La Madre Santísima regresó a la oración en silencio. Bañada en llanto, imploró el favor del Padre Celestial. Confiaría en Él.

Deseaba enfrentar la situación sin miedo, acudiendo a las autoridades de Jerusalén. Pero humilde y pobre, ¿qué habría de conseguir de los poderosos de la Tierra? Y, ¿acaso no contaba con la protección del Cielo? Ciertamente, el Dios

de bondad infinita, que su hijo había revelado al mundo, habría de salvarlo de la prisión, restituirle la libertad.

María se mantuvo vigilante. Alejándose de la casa modesta en que se había recogido, salió a la calle e intentó penetrar en la cárcel; sin embargo, no logró ablandar el corazón de los guardas.

Avanzada la noche, velaba suplicante, entre la angustia y la confianza.

Más tarde, volvió Juan, comunicándole las nuevas dificultades surgidas. El Maestro había sido acusado por los sacerdotes. Estaba solo. Y Pilatos, el administrador romano, dudando entre las disposiciones de la ley y las exigencias del pueblo, había enviado al Maestro a la consideración de Herodes.

María no pudo contenerse. Lo seguiría de cerca.

Resuelta, se abrigó con un manto discreto y volvió a la vía pública, multiplicando las rogativas al Cielo, en su maternal aflicción. Naturalmente, Dios modificaría los acontecimientos, tocando el alma de Antipas. No dudaría ni por un instante. ¿Qué había hecho su hijo para recibir afrentas? ¿No acataba la ley? ¿No distribuía sublimes consuelos? Amparada por la convertida de Magdala, alcanzó los alrededores del palacio del tetrarca. ¡Oh, infinita amargura! Jesús, por ironía, había sido vestido con una túnica y ostentaba en las manos una caña, a modo de cetro y, como si eso no bastase, también había sido coronado de espinas.

Deseaba liberarle la frente ensangrentada y arrebatarlo a la situación dolorosa, pero el hijo, sereno y resignado, le dirigió la mirada más significativa de toda su existencia. Comprendió que él la inducía a la oración, y en silencio le pedía confianza en el Padre. Se contuvo, pero lo siguió bañada en llanto, rogando la intervención divina. Imposible que el Padre no se manifestase. ¿No era su hijo el elegido

para la salvación? Le recordó su infancia, amparada por los ángeles...

¡Guardaba la impresión de que la Estrella Brillante, que le había anunciado el nacimiento, aún resplandecía en lo alto!...

La multitud se detuvo de pronto. Se había interrumpido la marcha para que el gobernador romano se pronunciase de modo definitivo.

María confiaba. ¿Quién sabe había llegado el instante de la orden de Dios? El Supremo Señor podría inspirar directamente al juez de la causa.

Tras largas ansiedades, Poncio Pilatos, en un esfuerzo extremo por salvar al acusado, invitó a la turba farisaica a elegir entre Jesús, el Divino Bienhechor, o Barrabás, el bandido. El pueblo iba a hablar y ese pueblo debía muchas bendiciones a su hijo querido. ¿Cómo equiparar al Mensajero del Padre con el malhechor cruel que todos conocían? Pero la multitud se manifestó pidiendo la libertad para Barrabás y la crucifixión de Jesús. ¡Oh! — Pensó la madre atormentada — ¿Dónde está el Eterno que no oye mis oraciones? ¿Dónde permanecen los ángeles que me hablaban de luminosas promesas?

En copioso llanto, vio a su hijo doblegado bajo el peso de la cruz. Caminaba con dificultad, con el cuerpo tembloroso por los latigazos recibidos, y obedeciendo al instinto natural, María se adelantó para ofrecerle auxilio. Pero la contuvieron los soldados que rodeaban al condenado Divino.

Angustiada, se acordó repentinamente de Abraham. El generoso patriarca, en otro tiempo, movido por la voz de Dios, había conducido a su hijo amado al sacrificio. Lo seguía Isaac inocente; iba dilacerado de dolor, atendiendo a la recomendación de Jehová, pero he aquí que en el instante extremo, el Señor determinó lo contrario, y el padre de Israel había regresado al santuario doméstico en soberano

triunfo. Ciertamente el Dios compasivo le escuchaba las súplicas y le reservaba un júbilo igual. Jesús bajaría del Calvario, victorioso, para su amor, y continuaría en el apostolado de la redención; pese a todo, dolorosamente sorprendida, lo vio alzado en el madero, entre dos ladrones.

¡Oh! ¡La terrible angustia de aquella hora!... ¿Por qué no la había oído el Poderoso Padre? ¿Qué había hecho para no merecer la bendición?

Desalentada, herida, oía la voz del hijo, recomendándola a los cuidados de Juan, el compañero fiel. Humillada, registró sus palabras postreras. Pero cuando la sublime cabeza pendió inerte, María recordó la visita del ángel, antes de la Nochebuena Divina. En maravillosa retrospectiva, escuchó su saludo celestial. Una fuerza misteriosa se enseñoreaba de su espíritu.

Sí... Jesús era su hijo, pero ante todo, era el mensajero de Dios. Ella tenía deseos humanos, pero el Supremo Señor guardaba eternos e insondables designios. El cariño materno podía sufrir, no obstante, la Voluntad Celeste se regocijaba. Podía haber lágrimas en sus ojos, pero brillarían fiestas de victoria en el Reino de Dios. Había suplicado en vano, pero solo aparentemente, por cuanto ciertamente el Todopoderoso había atendido sus ruegos, no según sus anhelos de madre, sino conforme a sus planes divinos.

Entonces fue cuando María, comprendiendo la perfección, la misericordia y la justicia de la Voluntad del Padre, se arrodilló a los pies de la cruz y, contemplando al hijo muerto, repitió las inolvidables afirmaciones: — “Señor ¡he aquí tu esclava! ¡Hágase en mí según tu palabra!”

3 — CARTA ABIERTA

Amigo mío — he sabido que esperabais, en Sebastianópolis, a un escritor ya muerto, con gran revuelo periodístico.

Tal como el viajero que vuelve de lejos, extraño en su propia tierra e irreconocible para los suyos, debería Él bajar de algún autobús invisible y aparecer como fantasma auténtico, relatando novedades y anécdotas del país de las sombras.

Según la venerable tradición del Evangelio, Jesús apareció en una sala con las puertas cerradas, en Jerusalén, después de la resurrección, pero solo a los discípulos amados, a la luz de la confianza, en la intimidad del corazón, contándose además que uno de ellos, convirtiéndose de pronto en investigador renuente, se adelantó hacia el Maestro, palpándole las llagas todavía vivas, como si el Cristo solo pudiese ser identificado por las heridas de la cruz.

El escritor que vosotros aguardabais, sin embargo, estaba llamado a un testimonio mayor. Exigían que Él retomase los huesos carcomidos en el apartamento subterráneo donde su cuerpo descansa, y viniese a la vía pública para discutir con los sacerdotes, confundir a los médicos, esclarecer a notarios y a oficiales de justicia y exponer, no solo

las úlceras exclusivamente a un amigo, sino todas sus vísceras a la curiosidad popular.

Francamente, vuestra expectación aterraría a cualquiera, aunque comprenda con qué naturalidad los vivos provocan a los muertos, dentro del velo de la carne, viejo manto de las ilusiones.

Vosotros, ahí en el mundo, enviáis tantos amigos al cielo y tantos enemigos al infierno, intentando subvertir la justicia divina, que no hubiera sido demasiado demandar la presencia de un comentarista muerto recurriendo a la justicia humana. Y, observando los apuros del escritor desencarnado, recordé el artículo 20 de las famosas instrucciones de Torquemada, según Llorente, que, por espíritu de caridad en la salvación de los herejes, recomendaba a los inquisidores la exhumación de los cadáveres de los escribidores impenitentes, a fin de que respondiesen en los procesos de lesa-fe, aunque los reos solo pudiesen comparecer en actitud poco higiénica, en virtud de los gusanos que se adueñaban de sus huesos.

Pero afortunadamente, para tranquilidad de todos cuantos ya hemos atravesado las turbias aguas del Aqueron-te y para honra de la civilización, Tomás de Torquemada ya ha restituido también sus despojos al campo de cenizas, hace cuatrocientos cuarenta y siete años. Pese a esta certidumbre confortadora, me impresionaba el volumen de opiniones desconcertantes y de acusaciones lanzadas al buen tuntún.

Vosotros reclamabais la presencia del muerto, con todos sus pormenores anatómicos y sus características psicológicas y, para tanto, pedíais el apoyo de la organización judicial, a pesar de la dificultad de encontrar un alguacil habilitado para entregar mandatos en el “otro mundo”.

Muchos afirmaban que la Providencia establecería la victoria definitiva de la verdad, como si la resurrección de

Cristo no hubiese hecho feliz al espíritu humano hace casi veinte siglos.

Otros querían ver para creer, convencidos de que la fe representa construcción fenoménica, sin lasca en el razonamiento y en el corazón. No faltaron los que se relamían, esperando la sorpresa final, transformando el respetable estudio de las cuestiones del destino y del ser en ruidoso combate de boxeo, con menosprecio de todos los patrimonios espirituales que la civilización ha logrado reunir, muy poco a poco, vertiendo sangre y lágrimas en los conflictos evolutivos.

Pero debéis disuadiros, si es que aún mantenéis injustificables expectativas como los demás.

Los muertos han vuelto en todos los tiempos para alentar la esperanza de los vivos de buena voluntad, pero los hombres de mala voluntad están ciegos y es imposible curar la ceguera voluntaria, pese a nuestra dedicación afectuosa a los compañeros de lucha.

Aunque los desencarnados apareciesen intempestivamente a los ojos de las criaturas humanas, éstas, debido a lo rudimentario de su entendimiento, recurrirían sin tardanza a las teorías de la negación, creando recursos para nuevos ensayos de duda con palabrería brillante.

Los fenómenos no sacian la sed espiritual y la sensación no sustituye el trabajo necesario para el progreso. Convinceos de que ninguno de nosotros puede confundir a las leyes eternas. Ni vuestra exigencia ni nuestra afectividad podrán perturbar el orden establecido.

Todas las realizaciones legítimas piden preparación y servicio, y ¿has pensado en las graves consecuencias de lo que defendían apasionadamente? ¿Qué sería de los vivos, atollados hasta el cuello en los intereses mezquinos del inmediatismo terrestre, si los muertos anduviesen ahora materializados, públicamente, exigiéndoles la renovación ins-

tantánea que solo el trabajo, el tiempo y la experiencia pueden proporcionar?

Desengáñate, amigo mío. Inmensurable es la compasión del Señor que jamás fulminará nuestra pequeñez de gusanos con la revelación extemporánea e integral de su grandeza.

Además, todos vosotros habréis de venir para aquí. Nadie faltará en el paso silencioso que algunos compañeros alegres suelen llamar pintorescamente “difuntolandia”. Sin una única excepción, se arrojarán a las aguas pesadas del viejo río de la muerte. No importa la identificación de los cementerios donde dejaréis vuestras vísceras cansadas... Nos conforta sobre todo la certidumbre de que nos reuniremos unos con otros, a fin de crecer en sabiduría y comprensión.

Mientras tanto, recordando las antiguas ilusiones que también me dominaron cuando deambulaba por el valle de las sombras de la carne, y notando la desvariada pasión con que se reclamaba la presencia del muerto, me atrevo a terminar esta carta con una interpelación. ¿Tendríais vosotros, de hecho, bastante temple y serenidad para mirar tranquilamente el fantasma y escuchar las revelaciones de la muerte?

4 — A LOS MÉDIUMS

Desde el momento en que las hermanas Fox, en Hydesville, empezaron a soportar la ironía y la desconfianza del prójimo, por haber establecido una nueva modalidad de comunicación con el Más Allá, todos vosotros, amigos míos, fuisteis marcados con el mismo destino.

Para los cristianos de los tiempos apostólicos no bastaban las cuerdas y las cruces; para vosotros, es preciso inventar un nuevo género de sarcasmo y burla. No es suficiente el ridículo, se hace necesaria la persecución.

Los soldados, en el campo de batalla, mayormente los que soportan la metralla en el frente, adquieren ventajas ante las fuerzas políticas que representan, y si son heridos o mutilados, reciben especial consideración. Vosotros, no obstante, combatientes por la victoria de la espiritualidad, no gozaréis de semejantes prerrogativas en el mundo, porque la tarea representativa de la cual sois portadores obedece a títulos que vienen de más alto.

Los sacerdotes de las varias confesiones religiosas de la Tierra, diplomados en la cultura del siglo, disfrutarán de garantías sociales respetables, en su ministerio de orientación de las almas, ligados a los intereses temporales de las facciones a que sirven, pero vosotros lucharéis en las van-

guardias de trabajo por la restauración de la fe viva y no tendréis horas de esparcimiento ni privilegios establecidos. En actividad permanente para reducir la invasión de las sombras, lloraréis en silencio porque conocéis, como pocos, los indecibles e irremediables dolores que no pueden ser narrados por la boca a fin de que se extingan en el corazón.

Serviréis sin treguas, observados atentamente por la crueldad de los enemigos y amenazados por la imprudencia de muchos amigos, que no saben dónde situar el entusiasmo y la contención.

Porque vuestros ojos divisan otros dominios vibratorios y vuestros oídos registran sonidos que la mayoría de los mortales no perciben, la calumnia rondará la puerta de vuestro hogar, el ridículo seguirá a vuestro nombre. Por un amigo sincero, tendréis mil adversarios gratuitos, y si llegaseis a caer exánimes en el combate silencioso debido a las deficiencias y limitaciones corporales, muchos de aquellos que os sonreían ayer, preguntarán, maliciosos, si habéis traicionado el mandato recibido. A menudo, si el sueño y las exigencias del organismo dilatan la pausa para el reposo, indispensable para el mecanismo de las células físicas, seréis acusados de malos hermanos.

Por eso, muchos de vosotros os retraéis al santuario doméstico, donde las glorias de la confianza y del amor son laureles imperecederos del alma. Entre tanto, siempre llegará el día de enfrentaros a la larga y espesa jungla humana, donde los encarnados, en su mayoría, se baten como jabalíes feroces, unos contra otros.

No tengáis duda. Las horas difíciles sonarán siempre y es necesario armar el corazón para los grandes testimonios.

Consolaos en la certidumbre de que no sufrís inútilmente. Tiempo vendrá en que los hombres comprenderán que la mediumnidad no está circunscrita a determinados seres. Todas las criaturas son instrumentos del bien o del

mal, médiums del plano superior o inferior, en el campo infinito de la vida. Nadie escapa a la corriente de inspiración con la cual se sintoniza. Y todos los que han marchado en la vanguardia de la verdad y de la luz han sufrido el acoso de la mentira y de las tinieblas, no obstante su condición de instrumentos de la Providencia Divina para el perfeccionamiento y la felicidad del mundo.

La Historia los localiza en todos los tiempos.

Giordano Bruno fue quemado por enseñar las leyes de la Naturaleza. Galileo murió ciego, después de sufrir, ya septuagenario, escandalosas acusaciones por divulgar algunos detalles de las maravillas celestes. Juan Huss, el precursor de la Reforma, experimentó la hoguera. Gutenberg fue procesado, entre sinsabores y vicisitudes, llegando al final de su existencia en extremo infortunio, en compañía de un clérigo que lo recogió caritativamente. Pestalozzi, al principio, estaba considerado como un mal alumno. Edison soportó el sarcasmo de los técnicos y académicos en sus últimos tiempos. Pasteur, en cierta ocasión, en la cátedra de Química del Instituto de Dijon, fue tenido por mediocre. ¿Para qué multiplicar los ejemplos? Casi todos los que pugnaron con Jesús por un mundo mejor, en los primeros siglos del Cristianismo, recibieron bofetadas y azotes, querellas y embargos, pedradas de ingratos e insultos de ignorantes, sirviendo de pasto a las fieras, gimiendo en las cárceles o atados a postes de martirio. Y como solo el objetivo del tiempo consigue fijar las verdaderas imágenes del bien, las generaciones posteriores han ensalzado sus sacrificios, aureolando su nombre de gloria universal.

Trabajad y sufrir, pues, amando la tarea a que os habéis consagrado, no solo para el rescate del pasado, sino también por la sublime alegría de la iluminación del presente. Luchad y esperad.

No solo vosotros, sino todos los hombres dedicados al trabajo constructivo y redentor del mundo, ya estén en la

HERMANO X

pobreza o en la prosperidad, en las artes o en las ciencias, en las letras de los libros o en la labranza de los campos, son misioneros de la elevación de la Tierra, no al servicio de las dominaciones efímeras del planeta, sino en valiosa cooperación con aquel Rey coronado de espinas.

5 — DULCE NOMBRE

Pese a la felonía de Caín y al abandono de José, hijo de Jacob, el nombre de hermano es quizá uno de los títulos más dulces que existen en el mundo.

El verdadero amor fraternal no pide compensaciones, no experimenta celos, no es exclusivista. Pretende solamente la felicidad del objeto amado, con la cual se contenta.

Jesús llamaba hermanos a todos los seguidores de su ideal divino y sus legítimos continuadores vivían en comunidad fraternal.

Los cristianos martirizados en los circos pasaban a la arena, abrazados y felices.

Damas del patriciado daban la mano a esclavas misérrimas, unidas para el sacrificio. No se conocían de antes. Las hijas de los romanos aristocráticos habían nacido en la cuna de la dominación, mientras que las siervas de los nobles habían llegado al mundo a la sombra del cautiverio. No obstante, se enfrentaban a las fieras sacrílegas con las manos entrelazadas, porque el Evangelio del Reino Celeste les había revelado el dulce misterio de la sublime fraternidad. Eran hermanas ante el Eterno: era todo lo que podían saber

en el supremo holocausto a Jesucristo, por quien vertían su sangre generosa y renovadora. Francisco de Asís, abnegado compañero de los hombres y de la Naturaleza, se sentía hermano del lobo de Gubio, al cual dirigía la palabra en nombre de Dios. Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, escribiendo a los hebreos, que representaban el pueblo elegido, les recomienda, en el versículo primero del capítulo trece, la preservación del amor fraternal.

Pablo tenía razones serias para emitir ese consejo porque, si no podemos opinar sobre el amor angélico, inaccesible aún a nuestro entendimiento, podemos decir algo sobre los afectos humanos. Y, en las actividades de ultratumba, el legítimo vínculo fraternal, sublime y constante, elevado y sincero, es quizá el único que jamás sorprende o desconcierta.

Constituyendo verdaderas excepciones los enlaces de almas en unión imperecedera sobre la faz del planeta, por regla general los cónyuges, después de la muerte, descubren, al fin, que han consumido inmensa cantidad de combustible de las pasiones para aprender a ser buenos hermanos uno de otro.

Hijos y padres, en las mismas circunstancias, adquieren expresivas enseñanzas, en virtud de los imperativos de la reencarnación.

A menudo la consanguinidad constituye el crisol purificador.

La abnegación fraterna, sin embargo, alcanza cúlmenes divinos. La realidad no empaña su claridad, ni la muerte desfigura su belleza. Continúa por siempre, como los árboles generosos que extienden sus raíces, cubriéndose de flores y frutos.

El hermano no conoce los dramas pasionales de los deseos desatendidos, no exige consideraciones externas, no solicita sino la ventura de los que gozan de su cariño y dedi-

cación. Por eso mismo, aunque estemos muy distantes de la plena ejecución de la regla áurea, la Humanidad no será integralmente feliz mientras el amor fraternal no establezca su imperio en el mundo.

Semejantes consideraciones me han venido al raciocinio al recibir la visita de una señora recientemente desencarnada. La pobre criatura, todavía desorientada al despertar de su larga pesadilla terrestre, me preguntó por cierto escritor que ya se libró del cuerpo enfermo hace algunos años.

Ante mi sorpresa, se explicaba, atenta:

— Se trata de un hombre de letras que escribió en su juventud algunas páginas cómicas del anecdotario fescenino, convirtiéndose en la edad madura en un gran amigo de los que sufrían, por su nueva comprensión.

— Ya sé — le dije sonriendo — al principio él mojaba la pluma en el bermellón con que se pintan los payasos inteligentes para atender a las exigencias del público, y a continuación la empapó en el vasto tintero de las lágrimas. Empezó bebiendo el vino dulzón de la fantasía, para vomitar, más tarde, el vinagre amargoso del desengaño.

— Así es — respondió curiosa.

Y añadió:

— Ese hombre murió y continuó escribiendo. Nadie lo veía, ni lo oía. Entre tanto, tal como el viajero que manda noticias desde lejos, continuó, animando a sus compañeros de lucha, hablándoles del extraño y bello país a que había sido recogida su alma, siendo reconocido por todos nosotros, a través de su pensamiento, más vivo que nunca. ¿Me será tan difícil encontrarlo?

Observando mi silencio, pronunció un nombre que me era familiar.

La interrumpí, sin embargo, asombrado, acentuando:

HERMANO X

— ¡Oiga, amiga mía! Llámelo por el “dulce nombre”.

— ¿Dulce nombre?

— Sí, llámelo “hermano” y quizá comparezca a su encuentro.

Y como la interlocutora revelase profundo asombro en la mirada, aclaré, con buen humor:

— Conozco a la persona que busca, y le debo, buena hermana, explicaciones. Como usted sabe, el nombre es una túnica con que nos diferenciamos unos de otros. Ahora bien, en la Tierra, el único manto que valía la pena disputar era, efectivamente el del Cristo, que los soldados echaron a suerte. Como no ignora, algunos amigos del compañero a que se refiere le exigieron, por entusiasmo amor, la túnica, después del trance definitivo del cuerpo, y él, receloso de una consagración que no merecía, pidió a Dios un traje nuevo y arrojó su antiguo manto al valle sombrío del olvido y de la muerte.

6 — QUIEN AVISA

Se cuenta que un cómico célebre, en pleno espectáculo, recibió en el entreacto un telegrama triste, anunciándole la muerte de su padre. Desatando las lágrimas, volvió a la escena, en suprema consternación, comunicando al auditorio:

— “¡Señores míos, acabo de ser informado de que mi padre ha muerto!...” Pero en lugar de la compunción de los espectadores, recibió alucinantes aplausos. El público reía gustosamente, creyendo en la continuación de la pieza, pese a que el patetismo se caracterizaba en el rostro angustiado del artista. En aquel instante, su corazón era una fuente de lágrimas, alimentando un río de carcajadas.

¿Dónde estaba la culpa del infeliz?

Hay personas que nacen en la Tierra con el don de llorar para que otros desarrollen la facultad de reír.

A propósito, conozco un hombre que vivió algunos años en el mundo escribiendo anecdotarios venenosos, que muchos lectores consumían ávidos, en el silencio de las salas desiertas. Caballeros respetables y señoras bien compostas, jóvenes de ambos sexos, se recogían, de cuando en cuando, en oscuros rincones de la casa, cultivando la perfi-

dia sonriente y la ironía maliciosa. Leían con interés, recordaban a personas de sus relaciones, enmarcándolas en los cuadros que la lectura les sugería y, no raramente, cerraban la puerta, a fin de vivir más intensamente las impresiones recogidas.

El pobre autor desempeñaba atribuciones de escriba popular. En las calles, en los cafés, en los quioscos de periódicos, en los círculos de amigos, sorprendía todas las notas picantes, sirviéndolas en salsa de escándalo en la freidora de la gramática para el consumo general. Los feligreses eran numerosos y, por eso no era poco el trabajo de las linotipias.

El comentarista alegre, con todo, si bien hacía reír, como Tribulé el payaso, a fin de ganarse la vida, en lo más hondo de sí mismo deseaba ser como Epaminondas, el tebano ilustre, que murió amando las realizaciones honestas. Y más tarde, al apagar las luces, él, que vendía risas, pasó a exportar sufrimientos. Con la renovación espiritual se modificó su clientela.

Sus páginas ya no figuraban entre las lecturas secretas guardadas bajo siete llaves. Eran, ahora, hojas pálidas de filosofía de la desilusión, de la sombra, del destino y del dolor.

Encontró, en esa fase, amistades más sólidas. Junto a aquellos que recogen las rosas de la existencia humana, innumerables son las filas de los que trabajan entre las espinas, y, si algunos espíritus jóvenes están bailando despreocupados en el festín de la vida carnal, son incontables los corazones que han madurado y velan, suplicantes, en las tinieblas de la noche.

Por ello, quizá, encontró él simpatías nuevas, más claras y más sinceras.

Sumido en ese campo de vibraciones diferentes, pasó al castillo de la muerte, donde, sorprendido, encontró las profundas y maravillosas revelaciones de la vida.

Renovado, feliz, continuó escribiendo para los compañeros de lucha, reavivándoles la esperanza en medio del naufragio de las ilusiones. Como marino experimentado, presintiendo la inesperada seguridad de la playa, lanzaba salvavidas a los hermanos de sueño, que se debatían a distancia, en la furia de las aguas movedizas y traicioneras.

Se mantenía en esa labor, cuando los admiradores de su primera fase de servicio, viejos cultivadores de la malicia humana, gritaron desde lo alto de su superioridad:

— ¿Él? imposible. ¿Cómo hablará del Cielo, aquel que se agarraba frenéticamente a la Tierra?

— ¡Es mentira! ¡Él no tenía fe!

— ¿¡Cómo es eso?! ¿Hay subversión en el orden espiritual? ¿Estará la prédica del bien confiada a los impenitentes de la vida humana?

El pobre comentarista desencarnado empezó a recibir acusaciones y pedradas. Algunos adversarios gratuitos, si pudiesen, lo levantarían de la tumba, para afrentarlo a porrazos.

Surgieron discusiones, persecuciones, roces.

Impresionado y conmovido con las torturas de que el amigo era víctima, acudí a él en persona, no solo para confortarlo, sino para recoger sus íntimas impresiones. No lo encontré, sin embargo, desmelenado, gritando como personaje de ópera, o desesperado.

Se revelaba calmo, sereno, seguro de sí mismo; y, lleno de comprensión hacia las debilidades del prójimo, terminó la charla aclarando con una sonrisa:

— No, amigo mío, no estoy desalentado. Si yo estuviese allá, en el torbellino, quizá hiciese algo peor. Si aún permaneciese en la carne y me enterase de que un hombre, como yo, andaba escribiendo sobre la iluminación eterna del alma después de la muerte del cuerpo, lo admitiría todo, excepto

la realidad. Muchos me acusan, gratuitamente, clasificándome como escritor venenoso, pero... ¿qué se le va a hacer?

Tras una larga pausa, mostró mayor lucidez en la mirada comprensiva y concluyó:

— No me preocupo, ahora, por mí, que tengo la felicidad de rescatar el pasado. Como es natural, no obstante, me preocupo por mis antiguos clientes, porque si me conocen tan bien, dan testimonio de que me leyeron con atención. Leyeron y se deleitaron. Y si yo, en lo presente, trabajo para destruir el árbol que planté, ellos que se preparen frente al futuro, por cuanto es probable que casi todos tengan que vomitar los frutos que con tanto gusto han ingerido.

7 — EN ACCIÓN DE GRACIAS

¿Por qué motivo continúan los muertos escribiendo a los vivos? ¿No saben otra cosa?

Con la difusión del Espiritismo, se ha recrudecido la reacción de los acomodadizos. Algunas escuelas religiosas, interesadas en el “deja estar a ver qué pasa”, enseñan que los muertos no vuelven y, aunque ensalcen la divinidad del Espíritu, pregonan que el hombre no es más que polvo y en polvo se convertirá. Por eso, las criaturas más generosas arrojan algunas pizcas de polvo sobre los cadáveres de los amigos, cuando la carne vuelve a la comunión más íntima con la Naturaleza, y, si consagran al muerto un afecto verdadero, mandan repetir en los sepulcros el viejo epitafio: — “que la tierra te sea leve”. Los compañeros más serios, terminado el funeral, además leen algunos renglones del Eclesiastés, en el capítulo en que el profeta alude a las cenizas de las vanidades humanas; con todo, incluso esos, al día siguiente entran en la graciosa cadena de las anécdotas biográficas del extinto. Hay siempre algo cómico que recordar. Cuando vuelven eventualmente a la necrópolis, pisan con indiferencia los huesos encerrados en la sepultura desapercibida.

Desconocen el pensamiento que Horacio enunció en su Arte Poético, hace muchos siglos:

“Estamos destinados a morir, nosotros y todo lo nuestro.” Y debido a eso, los hombres de carne quieren destruir, tranquilamente, las oportunidades edificantes del día.

Para los difuntos, el reposo eterno. Para ellos, la rueda alegre de la vida.

Mientras se despliega el complicado servicio de las exequias, hay siempre manos piadosas que preparan un excelente almuerzo para cuantos vienen a honrar a los fallecidos.

Es preciso concertar providencias e inventariar los bienes que han quedado. Si el muerto deja un patrimonio sustancioso, el dolor pesa más fuertemente en los ojos; pero si el legado está constituido por débitos comprobados, el sufrimiento pesa mucho más en el corazón, por agravar las responsabilidades.

Pero sea como fuere, que los fallecidos se las compongan como puedan en el país de las sombras, porque los vivos son buenos equilibristas en el trapecio del gran circo de la existencia humana. La necesidad modifica las situaciones y el calendario mostrará anotaciones diarias y siempre nuevas del tiempo.

A pesar de todo, los muertos, que raramente se hacían sentir desde la remota época en que Saúl les había prohibido manifestarse, pese a recurrir él mismo a la vidente de Endor a fin de escuchar los consejos de Samuel, por entonces asilado en el “otro mundo”, empezaron a invadir el planeta con sus mensajes y señales, desde el siglo XIX.

— A fin de cuentas ¿qué movimiento era aquel? — preguntaban los más tolerantes.

Los mensajeros invisibles, que iniciaron el cometido como telegrafistas del Más Allá con golpecitos en las paredes y en los muebles de la modesta vivienda de un oscuro villorrio americano, rápidamente propagaban manifestaciones por las más cultas capitales europeas. Los escépticos no

lograban comprender. En el siglo de la locomotora, del teléfono, de la radio y de la anestesia, todo aquello sería superstición.

Y comenzó la batalla gigantesca, entre las nuevas luces y las viejas sombras, secularmente establecidas.

Junto al trigo de los espíritas sinceros, creció la cizaña de los espiritóforos intransigentes.

En el Brasil de los últimos tiempos se ha enconado el duelo de las opiniones.

¿Qué motivo compele a los muertos a comunicarse con los vivos? ¿No habrían encontrado bastante sosiego en el “otro mundo”? ¿Son así de agradables las seducciones del valle de las sombras, hasta el punto de desinteresarse por las prometidas delicias del Cielo?

El fuego cruzado de la crítica establece la conceptualización apresurada. Los cañones de la poderosa prensa descargan contra doctrinadores y médiums, que soportan sus disparos.

Es la tempestad, sin embargo, la que selecciona y purifica. Y esa tormenta, en nuestra tierra, está provocada por hombres curiosos y cultos, alegres y chistosos. Casi todos, en el fondo, son como Alcibíades, el discípulo amado de Sócrates, que era naturalmente generoso, hijo admirable de la fortuna y de la inteligencia, pero que apreciaba el exhibicionismo y llamaba hacia sí la atención popular a cualquier precio, incluso cortando la cola del perro que merecía la alabanza de Atenas.

En lo que se refiere a mis actividades humildes de comentarista desencarnado, estoy satisfecho con las inquietas preguntas de nuestros paisanos, aunque no pueda ni deba contestar a ellas.

Lucas nos cuenta, en el capítulo diecisiete de su Evangelio, que diez leprosos fueron atendidos por el Señor, quien

les recomendó fuesen a presentarse a los sacerdotes del Templo.

Cumplieron su orden, y quedaron curados. Uno de ellos, samaritano despreciable, viéndose reintegrado en la salud, regresó, encantado y feliz, a los pies de Cristo, dándole las gracias.

También yo, curado de la lepra de la vanidad que ensombrecía mi alma, por la compasión del Divino Médico, retorno al servicio de Él, para testimoniarle mi reconocimiento. De los otros leprosos que se limpiaron conmigo, no puedo dar noticias. Sé únicamente de mí que he vuelto, no al servicio de los hombres, sino a una tarea gratificante, revelándome a los compañeros de lucha para que acudan al Señor, no como enfermos, sino en calidad de cooperadores fieles.

No obstante, dice la vieja estrofa que “hasta en las flores se halla la diferencia de la suerte”. Así será siempre, en todos los sectores de la Naturaleza. Las golondrinas, por ejemplo, acompañan a la primavera, volando en el ancho espacio, pero los sapos cantan alegres, cuando hay más lodo en las aguas fangosas del pantano.

8 — CONQUISTA Y LIBERTAD

Casi todas las criaturas guardan celosamente las disposiciones de la avaricia. Ya sea entre las posibilidades del dinero o de la inteligencia, del favor público o de la autoridad, la tendencia a amontonar caracteriza a la mayoría de los hombres. El tirano congrega a fámulos y turiferarios, como los magnates monopolizan los grandes negocios materiales. Los predicadores, casi siempre, estiman a los oyentes, no por la calidad, sino por el número. Los escritores, en general, se sienten desvanecidos con las gentilezas de la multitud. No importa si el simpatizante de sus obras es algún émulo de José do Telhado. Saben únicamente que la lista de sus lectores cuenta con uno más. Madame de Staël reunía admiradores para su inteligencia. Ninon de Lenclos rebañaba adoradores para su belleza.

Minúsculos soles recubiertos de fango, casi todos los Espíritus encarnados exigen satélites para su órbita. Cuanto mayor sea la corte de personas, situaciones, problemas y cosas, mayor importancia se atribuyen a sí mismos. Con todo, los conquistadores humanos se convierten, poco a poco en esclavos de sus propias conquistas. Exigen grandes naos para singlar el mar de la vida, pero Dios, a medida que les satisface los caprichos, les decuplica las obligaciones y tormentos. Alejandro Magno, rey de Macedonia, sometió a

Grecia, venció a Persia, conquistó Egipto, tomó Babilonia y murió atacado de fiebre maligna, a los treinta y tres años, dividiéndose su vasto imperio entre los generales de sus sangrientas aventuras. Napoleón Bonaparte, tras distribuir coronas en Europa, improvisando príncipes y administradores, bajo las volutas de incienso del poder, muere, melancólicamente en Santa Elena, como fiera acorralada en una cárcel defendida por la extensión del mar.

No todos pasan en el mundo agradecidos por el favor de las armas, como Alejandro y Napoleón; sin embargo, copiándoles el impulso, casi todos los hombres y mujeres de la Tierra son empecinados conquistadores que cada día se hunden en las pesadas y angustiosas preocupaciones por nuevos trofeos. Demandan incesantemente más tesoros, garantías, facilidades, distracciones y placeres. Las adquisiciones a que se agarran, no obstante, se efectúan en el campo de la muerte. Intensifican la satisfacción egoísta del cuerpo joven, obteniendo la vejez prematura. Amontonan dinero para ser esclavos de su defensa.

Rarísimos Espíritus encarnados se acuerdan de la conquista de sí mismos, en la posesión gradual de la virtud santificante y de la sabiduría libertadora. Y por eso es que, terminada la lección carnal, penetran en el pórtico del túmulo, como grandes desesperados, lamentando la pérdida del instrumento físico.

Es necesario liberarnos para comprender la libertad. Y, sin luz en el corazón es imposible escapar al juego de sombra de las conquistas exteriores. No preconizamos la impasibilidad que aconsejan algunos budistas, lejos de las verdaderas enseñanzas de Gautama. Proclamamos la necesidad del trabajo de las manos con la iluminación del entendimiento.

La muerte esperará a todas las criaturas en su campo de verdad. Y al influjo de su luz, debemos restituir al mundo todos los patrimonios externos que hemos juntado, en nues-

tra manía de conquistar al revés, relevando lo que hemos amontonado, dentro de nosotros, para la verdadera vida.

¿Tendrá bastante fuerza la palabra de los muertos para despertar la conciencia de los vivos? No lo creo. Pero si Jesús, que es el Divino Señor de la Humanidad, sigue sembrando la verdad y el bien, ¿por qué dejaríamos nosotros de sembrar?

El mundo de carne es vasta esfera, llena de cunas luminosas donde la vida es probable, y repleta de sepulturas sombrías donde la muerte es fatal.

Bías, el sublime ciudadano de Priene, vivió para la bondad y para la sabiduría, en el servicio a sus semejantes. Filósofo eminente y sabio generoso, era el amigo de todas las clases y nunca se había esclavizado a las posesiones efímeras, ni había manchado su conciencia oyendo las sugerencias del mal.

Cuando los soldados de Ciro amenazaban la ciudad con invasión y ruinas, sus compatriotas, apresuradamente, ponían a buen recaudo sus pequeños tesoros domésticos para la retirada. Hombres y mujeres, viejos y niños, se atropellaban unos a otros, intentando salvar con éxito sus joyas y haberes, los costosos perfumes y alfombras. No obstante, observando que el sabio se mantenía tranquilo e indiferente a las inquietudes del momento, lo interpellaron en cuanto a la carga que debería conducir, pero con asombro le oyeron informar: “¡Yo lo traigo todo conmigo!”

Guardaba el noble ciudadano sus patrimonios inalienables de bondad, rectitud e inteligencia.

En el supremo instante de la muerte, cuando nos sitian las armas invencibles de la realidad, ¡ay de aquellos que no puedan repetir la inolvidable información del filósofo a sus compañeros en desesperación!

La ignorancia establece el cautiverio, pero la sabiduría ofrece la libertad.

HERMANO X

Si las conquistas del hombre se restringen al plano de las adquisiciones externas, con el desconocimiento del carácter transitorio de la existencia humana, llegado el momento decisivo en vano intentará llevar consigo las alhajas y adornos, vestuarios y depósitos terrestres, porque, en verdad, no quedará piedra sobre piedra.

9 — POR AMOR A DIOS

Dice el antiguo refrán que “mortaja no tiene bolsillos”. La filosofía popular quiere decir que para los muertos se han terminado todos los intereses. La mayoría de los hombres observa en la muerte el punto final de la vida. En ese concepto del trance postrero del cuerpo físico, los sentimientos más bellos que adornan la personalidad desaparecen con el cadáver, en el banquete de los gusanos.

Comúnmente las criaturas temen la gran transformación. En el lecho de los moribundos se verifica el duelo cruel, en que la muerte es siempre el adversario victorioso. No prevalecen ahí los reglamentos alusivos a la edad de los contendientes, no prepondera el parecer de los médicos, ni el ritual de los sacerdotes. El enemigo invisible triunfa siempre, dejando a los testigos amedrentados los despojos del vencido, con pasaje directo al horno crematorio o las estaciones subterráneas, donde los huesos del muerto reposarán, según las posibilidades económicas de la familia. Hay túmulos gloriosos, como los cenotafios ilustres; y se multiplican en todas partes las sepulturas humildes, con que los hijos de los hombres abonan incesantemente el suelo, enriqueciéndolo de humus fecundante.

El alma del muerto, no obstante, sigue su trayectoria. Imposible extinguir en ella los sentimientos, las disposicio-

nes interiores, las características, los afectos, que se espiritualizarán muy despacio, con el tiempo y la ayuda del Divino Poder. Y porque las afinidades psíquicas son fatales como las leyes biológicas, los desencarnados frecuentemente gastan años para desatar los lazos que los prenden al mundo, cuando es preciso de hecho deshacerlos, conforme a los imperativos de la evolución espiritual.

Muchos de ellos, de los que ya han atravesado la corriente de la Estigia, desearían la liberación inmediata de todas las influencias terrestres. Sin embargo, el alma es la sede viva del sentimiento y en modo alguno podría traicionar al corazón. Obligados a seguir a los vivos por la amorosa atracción que vibra en su ser, se demoran cierto tiempo entre las sombras que se extienden desde el fondo del valle de la incertidumbre hasta el monte luminoso de la decisión.

Hubo un joven irlandés, de nombre Cornelius Magrath, que murió a los veintidós años, cuya estatura era de más de dos metros y medio. Habiéndose despertado mucho interés por parte de la Ciencia por su caso de gigantismo, pidió a los amigos y pagó para que su cuerpo fuese tirado al mar cuando la muerte le arrebatase la vida. Con todo, pese a su deseo, la medicina de Inglaterra adquirió su esqueleto, que fue conservado cuidadosamente en la Asociación de los Cirujanos de Londres, con objetivos de estudio.

Ocurre lo mismo con algunos muertos de la Tierra, que suplican y pagan para que su alma sea tirada al océano del olvido, de modo a sustraerse a la curiosidad de los vivos; pero la redención exige lo contrario y el Espíritu semi-liberto permanece, por tiempo indeterminado, en la vecindad de los hombres, a menudo atendiendo a imposiciones extrañas a su propia voluntad.

En el cuadro de obligaciones de esa naturaleza, tenemos un compañero que recibió la incumbencia de demorarse algunos años entre las asociaciones terrenas, para soportar las dolorosas trepanaciones de los que hacen la cirugía

de los estilos, con finalidades de esclarecimiento general. Sufrió bastante, sometido a ese proceso de auxiliar a la Ciencia, porque no todos los cirujanos lo examinaban con la precisa asepsia espiritual, pero obedecía satisfecho, consciente de cooperar en la solución de grandes problemas del destino y de la muerte.

Pero en el desempeño de sus menesteres, fue asaltado por el incoercible deseo de revelarse a sus amigos de otro tiempo, encapsulados en la carne, y, para tanto, empezó a escribirles páginas sentidas de cariño y añoranza, vertiéndolas con el sentimiento de su corazón. Sus antiguos compañeros, sin embargo, no comprendieron sus nuevas disposiciones.

Se unieron a los intransigentes cirujanos de la literatura y exigieron que el desencarnado viniese a atenderlos, tal y como había vivido en el mundo, lleno de las enfermedades e idiosincrasias oriundas de los varios agentes físicos que determinaban su organización psíquica defectuosa. Sensible y afectuoso, él les entregó los pensamientos más nobles; en cambio, los amigos le reclamaron las vísceras más groseras; les trajo las ideas nobles que bañaban su interior; sin embargo, requirieron de él las viejas fórmulas que, en otra época, habían encarcelado su ser; les dedicó la expresión más alta de su vida espiritual, pero le pidieron la revelación de la vida más baja, con la presentación de sus propias glándulas enfermas que la tierra recogió para felicidad de él.

Algo preocupado, acudió a las aclaraciones de los orientadores del servicio. Expuso su caso, comentó su disgusto y presentó sus razones.

Sin embargo, uno de ellos, el que capitaneaba el trabajo general por el tesoro de amor y sabiduría que había reunido en el transcurso de los siglos, respondió con serenidad:

HERMANO X

— Acalla en tu corazón, hijo mío, las angustias del hombre antiguo. Vuelve a tu campo de acción y satisface tu propia conciencia. Todo particularismo es una prisión. Recuerda que las dádivas del Padre son comunes a todos nosotros, que las ideas no tienen nombre y que el espíritu es universal.

Ni una palabra más. El compañero sonrió, cambió su manto roto, calzó unas sandalias nuevas, volvió al servicio y, como le ocurrió al joven irlandés que siguió exhibiendo sus huesos en interés de la Ciencia, él siguió esparciendo las semillas de las ideas, por amor a Dios.

10 — EL DIABLO

— Imaginad — nos decía un amigo, en agradable tertulia en el Plano Espiritual — si algunos desencarnados en desesperación, apareciesen de improviso entre las criaturas humanas, reclamando supuestos derechos dejados en la Tierra. Gritando los tormentos que dilaceran su alma, vomitando improperios y blasfemias, ¿no serían considerados un bando de demonios? Irreconocibles, aullando de dolor salvaje, humillados y vencidos, intentando en balde recobrar las expresiones físicas que quedaron en sus cadáveres, serían tomados por monstruos infernales, repentinamente sueltos en la vía pública.

— ¡Es verdad! — Consideró un compañero, melancólicamente — nadie en el mundo tendría dificultad en identificarlos como los viejos demonios de la Antigüedad. Los infelices de ese jaez personifican perfectamente, ante la observación popular, los Lucifer, los Belcebú, y los Astarot de remotos tiempos. Los fantoches del dolor siempre surgen ante el entendimiento infantil como genios del mal.

Tras una pequeña pausa, sonrió y acentuó:

— Bastaría, sin embargo, un ligero examen para que alcanzasen el conocimiento real; los diablos serían, de hecho, seres horribles pero no repugnantes ni espantosos.

Escuchando sus referencias, recordaba el personaje satánico del libro de La Sage, que perturbaba las casas madrileñas, levantándoles los tejados; y, demostrando que percibía mis pensamientos más recónditos, otro amigo añadió:

— Las leyendas de Asmodeo y Mefistófeles, en el fondo, no tendrán origen diferente. Ciertamente, la visión mediúmnica ha favorecido entre los hombres la noticia de los tipos deplorables que hoy conocemos y de los cuales Dante, en otro tiempo, recibió breves informes que reunió en su poema célebre, según sus tendencias, conceptos y predilecciones de hombre.

En ese instante, un compañero, anciano de muchas jornadas terrestres, fijó en nosotros una mirada penetrante y tranquila y, valiéndose quizá de una pausa más prolongada, observó sensatamente:

— Todos sabemos que la Creación entera es obra infinita de Dios y no podemos ignorar que todos los seres del Universo, desde las notas más bajas a los cánticos más altos de la Naturaleza, en el campo ilimitado de la vida, son portadores de la Chispa Inmortal de la Divinidad. En todos los incontables departamentos de los mundos innumerables palpita el amor, existe el orden, permanece el signo de la prodigiosa herencia de la vida. Por eso mismo, hermanos, toda expresión diabólica es perversión de la bendición divina. Donde esté la perturbación de la armonía universal, ahí se encuentra el adversario del Señor.

Vosotros aludís, muy oportunamente, a los muertos que se congregan en desesperación, formando monstruosos paisajes, en que duendes sin rumbo buscan en vano insinuarse en la existencia de los hombres de la Tierra. Si el ojo humano pudiese identificarlos, posiblemente cesaría la continuación de la vida en la carne. Colectividades enteras abandonarían el templo del cuerpo físico, tomadas de infinito e incontrolable pavor.

Escuchábamos la palabra sabia en silencio. Y como el intervalo se hiciese más largo, el bondadoso anciano, a la manera de los antiguos filósofos griegos rodeados de oyentes atentos, continuó, con expresión significativa:

— Asistía personalmente a una clase de sabiduría, en una de las ciudades espirituales de los círculos de Marte, cuando sorprendí una lección interesante. Un viejo orientador de entidades inexpertas y juveniles comentaba la existencia de los enemigos de la Obra Divina y se explicaba:

— El diablo existe como personificación del desequilibrio.

— ¿Cómo podríamos caracterizarlo? — preguntó uno de los presentes.

— Es el prototipo de la ingratitud para con Dios — contestó el venerable instructor. El diablo es, del Eterno, el hijo que menosprecia la celeste herencia. Recibe los tesoros divinos y los convierte en miserias letales. De las bendiciones que le dan felicidad en el camino, hace maldiciones que extiende a sus semejantes. Ciego ante las bellezas universales que le rodean, vive afirmando su permanencia en el infierno de su propia creación en su plano interior. Es alma repleta de atributos sublimes que permanece, no obstante, en la Obra del Padre como genio destructor. Es sabio de razonamiento, pero pérfido de sentimiento. Su cerebro elabora rápidamente las más complicadas operaciones para la ofensiva del mal, pero su corazón es paralítico para el bien. Su cabeza es fuego para la mentira, pero su pecho es de hielo para la verdad. Escupe en las manos que lo acarician, está siempre dispuesto a condenar, pervertir y confundir a los demás hijos de Dios, lanzando la perturbación general, a fin de que sus intereses aislados prevalezcan. Por la ciencia y la perversidad de que ofrece testimonio, es un mixto de ángel y monstruo, en el cual se confunden la santidad y la bestialidad, la luz y la tiniebla, el cielo y el abismo.

Criatura desventurada por el desvío a que se ha entregado voluntariamente, es, de hecho, más infeliz que infame, y merece antes de cualquier consideración, nuestra comprensión y piedad.

En ese instante, ante la pausa del orientador, exclamó una joven del círculo, satisfecha por la posibilidad de cooperar en la aclaración de la tesis en estudio:

— ¡Lo conozco! ¡Yo conozco al diablo!

— ¿Tú? — pregunta el instructor, admirado. — ¿Será posible?

— Y ella, radiante, contestó:

— Sí, ya estuve en la Tierra: ¡Se llama Hombre!

11 — GRAN MÁS ALLÁ

En los más extraños lugares del mundo, todas las personas traen el pasaporte invisible para el Gran Más Allá. El esquimal y el europeo, el hotentote y el americano se encaminan, cada día, hacia el mismo fin.

En algunas antiguas regiones asiáticas, la ropa vieja de los viajeros que atraviesan las fronteras de la muerte, es confiada a los buitres hambrientos, y, en las ciudades súper-civilizadas de los tiempos modernos, las vestiduras rotas de los que van en busca de lo invisible son consumidas en el horno crematorio o abandonadas a la ceniza del sepulcro.

Todos partirán.

Frentes coronadas dejan el trono y el cetro a los aventureros; filósofos y sabios suelen legar tesoros a los estúpidos; legisladores y estadistas entregan sus obras a los caprichos populares; los amantes se alejan del objeto de su adoración, lanzándose a la gran experiencia. No valen las lágrimas del dolor, ni los argumentos de la Ciencia. No prevalecen las invocaciones de la sangre o de la condición. Parten los verdugos y las víctimas, los buenos y los malos. Sócrates, condenado a la cicuta, únicamente precede a sus jueces. Darío y Alejandro, fulgurantes de armaduras, se ponen a camino, seguidos por todos sus vasallos. Nerón determina el

flagelo de los circos, acciona la maquinaria del martirio y de la destrucción, haciendo igualmente el gran viaje, debido a terribles circunstancias.

¿Quién escapará?

Magos de todas las épocas han intentado descubrir el vino milagroso de la eterna juventud del cuerpo físico. Deseando escapar a los imperativos de la conciencia, intenta el hombre olvidar sus títulos de inmortalidad espiritual, con los cuales recibirá siempre según sus obras, procurando perpetuar el baile de máscaras, donde estima la opresión y disimula el vicio.

Pese a todo, por más que sondee los secretos de la Madre Natura, descubriendo rutas aéreas y caminos subterráneos, no logrará improvisar la invulnerabilidad de los huesos con que se materializa por tiempo determinado en la Tierra, atendiendo a místicos designios de la esfera superior. La enfermedad lo seguirá de cerca; si persevera en el desequilibrio, la lucha lo fustigará todos los días; la muerte lo espera en cada esquina de la precipitación o de la imprudencia.

Las vacilaciones alegres de la infancia le exigirán los graciosos ridículos del principio y las dolorosas dudas de la vejez reclamarán de él los detestables ridículos del fin.

Hay siempre, en cada existencia, el período de aprovechamiento, en el cual la criatura puede revelarse. Algunos hombres, si bien son raros, se valen de la ocasión para el esfuerzo supremo de la tarea que han sido llamados a cumplir. La mayoría, como dioses caídos, se entrega a las disipaciones de la prodigalidad, aprovechando el tiempo de servicio en banquetes de canallescocos placeres.

Desde el alba bañada en rocío hasta el sombrío poniente, el Sol brilla tan solo algunas horas en cada día del año. Desde la cuna risueña hasta la sepultura tenebrosa, la vida del hombre fulgura únicamente por limitado tiempo, en el

curso de la existencia, que es un día de la eternidad. Vieira hace algunos sermones y desaparece del escenario. Pasteur sufre por la Ciencia y termina la misión que lo trajo.

Todos conocen la verdad de la muerte. El indio sabe que abandonará su tribu, como el científico reconoce que no escapará del último día del cuerpo. Todos irán en busca de la patria común, donde el criminal hallará su infierno y el santo identificará el cielo que ha construido con su sacrificio y su esperanza. En ese infinito país, hay valles oscuros de condenados y montañas gloriosas donde respiran los justos. Hay libertad y asfixia, luz y tiniebla, alegría y dolor, reencuentro y separación, recompensa y castigo, júbilo y tormento, nuevas esperanzas y nuevas desilusiones. Nadie ignora que habrá continuidad de luchas, modificación de aspectos, extinción de la oportunidad; sin embargo, en todas partes, pulsán rígidos corazones de piedra, que reclaman irresponsabilidad e indiferencia. Quieren la morfina de los placeres fáciles, con que abrevian la muerte.

De cuando en cuando, rachas de exterminio cruzan la atmósfera planetaria, multiplicando gemidos de angustia e intentando despertar a las almas adormecidas en la carne. Bocas de fuego anteceden al pico de los cuervos hambrientos. Jardines se transforman en osarios. La realidad terrible del odio hace caer las máscaras diplomáticas, a fin de que los agrupamientos humanos se muestren tal como son. Miles de criaturas acuden al Gran Más Allá, reconociendo, una vez más, que el sílex y la bayoneta, la catapulta y la granada son hijos de la ignorancia primitiva en que se hundieron voluntariamente las criaturas de la Tierra hace numerosos milenios.

Continuará el seno de la vida alimentando a la Humanidad sobre millones de tumbas, y abierta de par en par permanecerá la puerta de la muerte, esperando a todos los seres.

Nadie escapará.

HERMANO X

Madres e hijos, jóvenes y viejos, ricos y pobres están de partida, a cualquier momento.

Todos guardan el pasaporte final con que regresan al país del que provienen.

Huéspedes temporales de la carne, vuelven al hogar común, donde cosecharán según lo que hayan sembrado. En el pórtico, entre dos planos, se pone en marcha la aduana de la Justicia, que confiere alas divinas a la conciencia recta para los vuelos hacia las cumbres resplandecientes, y verifica los grilletes pesados elegidos por los delincuentes para hundirse en el precipicio de las sombras.

¡Gran Más Allá!... ¡Gran Más Allá!... ¿Dónde están en la Tierra los hombres que se acuerdan de ti? ¡Sin embargo, en la frente de todos ellos permanece el signo de tu invisible poder!

12 — MADRE

Cuando Jesús resurgió del sepulcro, la negación y la duda imperaban en el círculo de sus compañeros.

¿Volvería Él?, preguntaban perplejos. ¿Sería Señor de la Vida Eterna aquél que se había entregado en la cruz, expirando entre malhechores?

En cambio, María Magdalena, la renovada, va al sepulcro de mañanita. Y, maravillosamente sorprendida, ve al Maestro, arrodillándose a sus pies. Escucha su voz cargada de ternura, contempla su mirada serena y magnánima. Con todo, para que la visión se le hiciese más nítida, fue necesario organizar el cuadro exterior. El jardín emanaba perfumes para la sensibilidad femenina, la sepultura estaba abierta, compeliéndola a razonar. Para que la grabación de las imágenes fuese bien clara, y le hiciese desechar todas las dudas de su imaginación, María creyó al principio que veía al jardinero. Antes de estar segura, la pregunta de la mente precediendo a la consolidación de la fe. Embriagada de júbilo, la convertida de Magdala transmite la buena nueva a los discípulos confundidos. Los ojos sombríos de casi todos vuelven a llenarse de brillo.

Otras mujeres, como Juana de Cusa y María, madre de Santiago, se dirigen ansiosas hacia el mismo lugar, llevando

perfumes y plegarias de gratitud. No ven al Mesías, pero entidades resplandecientes les hablan del Maestro que partió.

Pedro y Juan acuden presurosos, y aún contemplan la piedra removida, el sepulcro vacío, y palpan los lienzos abandonados.

En la reunión de los seguidores se entablan polémicas discretas.

¿Sería? ¿No sería?

Pero Jesús, el Amigo Fiel, se muestra en el camino de Emaús a los aprendices, que reconocen su presencia en el partir del pan y, después, se aparece a los once cooperadores en un salón de Jerusalén. Las puertas permanecen cerradas y, no obstante, el Señor se para junto a ellos, plenamente materializado. Los discípulos están deslumbrados, pero la mirada del Mesías es melancólica. Nos dicen Juan y Marcos que el Maestro les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón. Les exhorta a que lo miren, lo toquen. Tomás llega a consultar las llagas para adquirir la certeza de lo que observa. El Celeste Mensajero se hace oír de todos. Y, más tarde, para que se convenzan los compañeros de su presencia y de la continuidad de su amor, los sigue, en espíritu, en las faenas de la pesca. Simón Pedro registra sus cariñosas recomendaciones, al lanzar las redes, y lo encuentra en las plegarias solitarias de la noche.

En seguida, para que sus viejos amigos se certifiquen de la resurrección, se materializa en un monte, apareciéndose a quinientas personas en Galilea.

En el Pentecostés, a fin de que los hombres reciban el Evangelio del Reino, organiza fenómenos luminosos y lingüísticos, valiéndose de la colaboración de sus compañeros, ante judíos y romanos, partos y medos, griegos y elamitas, cretenses y árabes. El pueblo se maravilla. Los habitantes de Panfilia y de Libia, de Egipto y de Capadocia escuchan la Buena Noticia en el idioma que les es familiar.

Transcurrido cierto tiempo, Jesús decide modificar el ambiente farisaico y busca a Saulo de Tarso para su ministerio; para ello es compelido a materializarse en el camino a Damasco, a plena luz del día. El perseguidor implacable, para convencerse, necesita experimentar la ceguera temporal, tras la claridad sublime; y para que Ananías, el siervo leal, disipe el temor y vaya a socorrer al ex verdugo, es imprescindible que Jesús lo visite en persona, recordándole el obsequio fraternal.

Todos los compañeros, aprendices, seguidores y beneficiarios solicitaron la cooperación de los sentidos físicos para sentir la presencia del Divino Resucitado. Se sirvieron de los ojos mortales, manejaron el tacto, aguzaron los oídos...

Pero hubo alguien que no tuvo necesidad de toques ni asociaciones mentales, voces ni visiones. Fue María, su Divina Madre. Su Hijo Bien Amado vivía eternamente, en el infinito mundo de su corazón. Su mirada lo contemplaba, a través de todas las estrellas del Cielo y encontraba su aliento perfumado en todas las flores de la Tierra. La voz de Él vibraba en su alma y para comprender su supervivencia bastaba penetrar el iluminado santuario de sí misma. Su Hijo — su amor, su vida — ¿podría acaso morir? Y pese a la añoranza angustiada, se consagró a su fe en el reencuentro espiritual, en el plano divino, isin lágrimas, sin sombras y sin muerte!...

Hombres y mujeres del mundo, que tendréis que afrontar, un día, la esfinge del sepulcro, es posible que estéis plenamente olvidados el día inmediato al de vuestra partida camino del Más Allá. Vuestros familiares y amigos, llamados al inmediatismo de la lucha humana, pasarán a desconocerlos, quizá, por completo. Pero si tenéis un corazón de madre pulsando en la Tierra, os regocijaréis, más allá de la oscura frontera de cenizas, iporque ahí viviréis amados y felices para siempre!

13 — ROGATIVA Y ACCIÓN

En las aterciopeladas alas del sueño, llegó el aprendiz al Palacio Resplandeciente de la Gran Esfera. Frente a la luz que lo circundaba, sus vestiduras parecían constituir pesada túnica de fango negro. Jadeante de júbilo, encontró un mensajero que lo aguardaba, atento, en el pórtico. Deslumbrado, se arrodilló y exclamó entre lágrimas:

— Emisario de los Cielos, mi espíritu enlodado en la carne vive prisionero de la angustia sin esperanza. En vano busco la felicidad — imito de los mortales que peregrinan por la Tierra! Sueño con la paz, desde los albores de la existencia, y pese a ello, vivo en la lucha incesante del mal. ¡En torno a mí se extiende la tiniebla impenetrable del sufrimiento!... ¡Detesto el dolor, pero en balde procuro huir de sus grilletes! Me atormento por atender a las obligaciones espirituales que la fe me ha impuesto en los caminos del mundo; pese a ello, me afrenta la adversidad por todas partes. Los hombres no me comprenden, las circunstancias me repelen y, en todas las situaciones, siento el filo agudo de la burla ajena. ¡Me ridiculizan los malos, mientras que los buenos se desentienden de mi suerte! Los ignorantes, perezosos en demasía, menosprecian mi concurso, y los sabios, excesivamente ocupados, no me dispensan consideración. Perseguido por dificultades incontables, me siento encarce-

lado en pesadas cadenas de desesperación. Oigo la sublime invitación del Evangelio de la Luz, pero permanezco sitiado en las sombras por obstáculos y tropiezos de toda especie. Si en un esfuerzo supremo, intento abrazar la verdad, ¡encuentro multitudes de explotadores cínicos y de mentirosos sin conciencia!... En el círculo de mis familiares, el infortunio y la aflicción constituyen la recompensa a mis servicios. Soy, quizá, una pieza útil en la maquinaria doméstica por la expresión económica de mi presencia, con todo, sufro frío y sed ¡porque nadie se acuerda de mi necesidad de confortación!...

En este instante, angustiosos sollozos se escapan de su pecho oprimido. Y como el mentor amigo continuase en silencio, pese a la compasión que se traslucía en su mirada, el peregrino continuó con su llanto:

— ¿Viviré así todo el tiempo de mi permanencia en la carne? ¿No habrá para mí derecho a la paz, a la misericordia? ¿Caminaré como un condenado a tormento infernal, cuando hay tantas manos que bendicen y bocas que sonrían en los caminos humanos? ¿Qué he de hacer para remediar esta situación dolorosa y terrible?

El emisario fijó en él sus ojos muy lúcidos y respondió con serenidad:

— No llores por dificultades imaginarias ni te refieras a ingraticudes inexistentes.

¡Llora por ti mismo, por tu elección individual en el campo de la lucha! El Señor te ha rodeado de dádivas sublimes. Te dio el día radiante de sol y la noche iluminada de estrellas, para que busques la libertad, pero prefieres estar encarcelado en el oscuro abismo de la primitiva animalidad. Fuiste a la carne para vivir en nombre de Él, Divino Donador de las Bendiciones, y a pesar de todo, te empeñas en vivir exclusivamente en nombre de tu viejo egoísmo. ¿Quieres efectivamente la felicidad? Haz la felicidad de los demás.

¿Buscas la paz? Empieza por apaciguar tus propios deseos y por extinguir las pasiones inferiores que vibran en tu ser. ¿Te falta la colaboración ajena? Es que todavía no has cooperado realmente para el bien. Pretendes que los demás se aficien a tus propósitos, despreocupándote de las necesidades ajenas.

A estas alturas, el mendigo terrestre secaba sus ojos, aunque continuaba de rodillas.

Parecía sorprendido, puesto que en vez de consuelo recibía esclarecimiento.

— La precipitación — continuó el mensajero —, como le ocurre a mucha gente, te ha viciado el don de la palabra. Grande es tu elocuencia para expresar la queja, y profunda la sutileza con que disimulas la realidad de tu mundo interior. Aún no has ayudado a los ignorantes, ni has respetado a los sabios. Al contacto con los primeros, es preciso ejercer la bondad y la paciencia, la comprensión y el perdón, y, en la convivencia con los segundos, es necesario no olvidar la humildad y el aprovechamiento, la aplicación y el servicio. Y si lloras en el círculo de la familia, a menudo bebes la hiel de la desesperación, porque, negándote a la comprensión y al cariño fraternal, ofreces recursos materiales a los compañeros en la sangre.

Quizá porque el interpelado revelase extrema perturbación en su rostro, el emisario le ofreció el brazo amigo y terminó:

— ¡Vuelve al servicio terreno, hermano, en nombre de Nuestro Divino Señor! Perdona y auxilia, trabaja y espera, practicando el bien y olvidando el mal.

El peregrino de la Tierra estaba confundido y humillado, pero el mensajero lo amparó, siguiendo sus pasos, en el retorno al cuerpo físico.

Invitado a ello, los acompañé, con emoción.

La mañana soleada se llenaba de cánticos festivos.

Nuestro amigo se despertó, se vistió y, durante el desayuno, una señora simpática le preguntó, humilde:

— Hijo mío, ¿qué diré a los compañeros que piden tu concurso para los tuberculosos desamparados?

— ¡Nada! — gruñó él — estoy harto de la gente mala.

La respetable señora volvió a preguntar:

— ¿Y a los amigos de nuestras actividades espiritualistas?

— ¡Diles que no! No estoy dispuesto a soportar imbecilidades.

— ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!... — exclamó la señora, con inolvidable inflexión de voz.

— ¡Estoy aburrido, madre! ¡No me des consejos! — replicó él agresivamente.

El generoso orientador se dispuso al regreso y me dijo sin resentimiento:

— ¿Has visto? Innumerables amigos encarnados suplican con enternecimiento la protección divina, pero huyen de ella con indiferencia y brutalidad.

Y con serena sonrisa:

— ¡Dejémosles! Hemos intentado ayudarles con la luz de la verdad y del amor, pero prefieren esperar por las tinieblas del dolor y de la muerte.

14 — ASÍ PASA

A la vera del Eurotas, la república de Esparta sentía la extensión de su grandeza. Licurgo, el legislador, había visitado las organizaciones de Egipto y de la India, y se había apropiado de sus gloriosos conocimientos. Habiendo hurta-do, sin embargo, la cultura ajena, no se había detenido en el campo de la sabiduría.

Patriota orgulloso, la convirtió en la base de su castillo de tiranía.

Muy pronto recibían los espartanos determinaciones de vanidoso aislacionismo, bajo la máscara de la legalidad. Se había instalado el socialismo nacional, con menosprecio de todos los valores humanos. El país fue dividido en parcelas de tierra, iguales entre sí, se creó un senado para que apoyase el absolutismo del poder, se instituyó rigurosa disciplina civil y militar, se obligó al pueblo a los almuerzos comunes y se estableció la obligatoriedad de las costumbres.

La política de la república fundó la religión de la raza y de la fuerza. Los recién nacidos que fuesen portadores de cualquier imperfección física, eran sumariamente eliminados. No se interesaba Esparta por cuestiones de dignidad humana. No le importaba la fuente del amor, ni el tesoro de la Ciencia. La cultura del espíritu se relegaba a plano secun-

dario. Exigía guerreros que doblegasen el mundo a sus pies. Extendería su constitución aristocrática a otros pueblos, aniquilaría a los filósofos y a los artistas. Estaba prohibido pensar para obedecer.

Y muy pronto, con sus armaduras victoriosas y relucientes, los espartanos vencían a los mesenios, en dos guerras largas y dolorosas.

Nobles caballeros y sabios patriarcas fueron reducidos a ilotas, en miserable y angustioso cautiverio. Hombres honrados y cultos fueron sometidos sin consideración.

Los amigos de la humanidad eran arrojados al desprecio y a la muerte.

Los descendientes de los dorios, centralizando considerables posibilidades por su política de supremacía y dominación, abrieron calzadas suntuosas y construyeron palacios soberbios.

Ante la impulsividad de sus ejércitos, todo el Peloponeso caía bajo su poderosa influencia. Atenas, que amaba la Ciencia y la Cultura, las artes y el trabajo pacífico, fue compelida a la sumisión, pasando a obedecer al ignominioso consejo de los Treinta Tiranos, que le había impuesto la victoria de Lisandro.

Aparentemente, la fuerza espartana había derrotado al derecho ateniense. El puño bélico aplastaba a la razón. Clasificados con la categoría de mendigos, los viejos maestros de la inteligencia contemplaban las paradas militares que brillaban al sol y oían las trompetas guerreras concitando al dominio de su tierra.

Hogares impolutos soportaban el asqueroso acoso de conquistadores sin escrúpulos y, de cuando en cuando, en algún intervalo más largo entre batallas, puñados de bravos morían por la libertad, por prestarle culto fiel hasta la sangre.

Toda la Hélade temblaba bajo las patas de los caballos, y en el admirable santuario de los dioses se arrastraba el fantasma de la persecución y de la muerte.

Esparta había cumplido su ideal de brutalidad y racismo, pero contra su orientación despótica se aúnan las energías constructivas. Y como la defensa sabe fundir la espada en la forja del derecho, surge la resistencia organizada en todas partes. La prepotencia espartana había sembrado odio y rivalidad, ruina y venganza; y no solo los atenienses desbaratan el yugo injusto: otras ciudades disputan su hegemonía. Tebas le arrebató el cetro del poder. En vano el pueblo ambicioso y autócrata de Licurgo intenta reunir las fuerzas que le restan. La pasión militarista había convertido la ciudad en nido belicoso de águilas homicidas.

Escaseaban hogares y sobraban cuarteles. Las leyes se constituían de sentencias absolutas.

Eran escasos los ciudadanos, porque Esparta quería soldados para sus interminables conquistas.

Después de la dominación, las ruinas del cautiverio. Sus generales habían erigido montañas admirables de fuerza, erigiendo colosos de piedra y haciendo milagros de disciplina. Con todo, la grandeza que parecía invulnerable pasó como un sueño. Vencidos por Epaminondas, los espartanos observaron la reconstrucción de Mesenia, Mantinea y Megalópolis, que habían asistido a su ruidoso triunfo. Y, en el transcurso del tiempo, no quedaban de su imperio magnífico sino detestables recuerdos en las ruinas de Acaia. Entre las rotas columnas y los capiteles en abandono, las serpientes hicieron su nido y vinieron aves de mal agüero a piar la desolación del vendaval y de la noche.

Observando las imponentes ruinas de las grandes ciudades europeas, que los fabricantes de guerra arrojaron a la destrucción, tiembla nuestra alma, recordando que el ejemplo de Esparta fue anterior a Jesucristo.

Los nuevos Licurgos idealizaron los Estados Molochs, devoradores de los derechos humanos y de los principios más bellos de la vida, y erigieron nuevas babilonias, absorbentes y tiránicas, donde el alma es siempre un cero a la izquierda del despotismo del poder; pero como ocurre desde hace muchos siglos, la muerte acecha los castillos de la ambición y de la vanidad, erigidos con sarcasmo y, cuando sus torres desafían al cielo, ella convoca las energías de la razón y convierte la soberbia en miseria y lo suntuoso en destrozos.

¡Así pasa la efímera gloria de la opresión y de la tiranía!

Después de la carnicería de las águilas criminales, solo restan en el campo detritos y despojos que la piedad viene a retirar, a fin de que el hombre siga su camino en la construcción del mundo mejor.

15 — RESPUESTA DEL MÁS ALLÁ

Hermana: me valgo del “correo del otro mundo” para contestar a su carta, llena de la sensibilidad de su corazón de mujer.

Me pide usted el concurso de un Espíritu desencarnado para la solución de problemas domésticos en el sector de la educación a los hijitos que el Señor le ha confiado. Me agrada sobremanera su generosidad; pese a ello, amiga mía, la opinión de los muertos, esclarecidos en la realidad que constituye para ellos el nuevo ambiente, será siempre muy distinta del concepto general.

Es cierto que el sepulcro nos proporciona renovar casi todos los preceptos que pautaban nuestras actitudes.

Ahí en el mundo, trajeados con el viejo manto de las fantasías, raros padres logran escapar a la ceguera de la sangre. De orientadores positivos, que deberíamos ser, pasamos a la condición de servidores menos dignos de los hijos que la providencia entrega, por cierto tiempo, a nuestro cariño y cuidado.

En la Europa trabajada por el sufrimiento hay colectividades que ya se acautelan contra los peligros de la inconsciencia en la educación infantil entre mimos y caprichos satisfechos.

Conocemos, por ejemplo, un refrán inglés que recomienda: — “ahorra la vara y entregarás al niño”—. Pero en América, por lo regular, hacemos la vista gorda a los defectos del niño para que el joven nos dé con la vara tan pronto como pueda vestirse sin nosotros. Naturalmente que los británicos no son padres desnaturalizados, ni monstruos que atormenten a los niños en el silencio de la noche, pero han comprendido antes que nosotros, que el amor para educar, no prescinde de la energía; y que la ternura, por más valiosa que sea, no puede dispensar el esclarecimiento.

Dentro del Nuevo Mundo, y principalmente en nuestro País, los niños son unos diminutos y detestables amos del hogar que, poco a poco, se convierten en peligrosos verdugos.

Los llenamos de juguetes inútiles y de cariños perjudiciales, sin la vigilancia necesaria, frente al futuro incierto. Me acuerdo, admirado, del tiempo en que se consideraba héroe al padre que robase un cascabel para satisfacer la impertinencia de un mocoso travieso; y a menudo recuerdo avergonzado la veneración sincera con que veía a ciertas madres insensatas deshacerse en llanto por la imposibilidad de adquirir una gran muñeca para su exigente hijita. La muerte, con todo, me enseñó que todo eso no es más que locura del corazón.

Es necesario despertar la alegría y encender la luz de la felicidad en torno a las almas que recomienzan la lucha humana en cuerpos tiernos y, a menudo, enfermizos. Hubiera sido tiranía doméstica hurtarlas al sol, al jardín, a la Naturaleza. Sería un crimen cerrar su graciosa sonrisa con las regañinas inoportunas, cuando sus ojos ingenuos y confiados nos piden comprensión. Con todo, amiga mía, no cavilamos en proporcionarles alegría constructiva, ni nos preocupamos por su felicidad real. Simplemente se las viciamos.

Empezamos la tarea ingrata acostumbrando su boca a las peores palabras de la jerga y estimulamos sus pequeñas manos a la agresividad risueña. Nos horrorizamos cuando alguien menciona correctivos y trabajo. La palmeta y el taller se destinan a los hijos ajenos. Convertimos el hogar, santuario edificante que la Majestad Divina nos confía en la Tierra, en fortaleza odiosa, dentro de la cual enseñamos el menosprecio hacia los vecinos y la guerra sistemática a los semejantes. Satisfaciéndoles los caprichos, nos disponemos a aplastar aficiones sublimes, hiriendo a nuestros mejores amigos y descendiendo a los profundos abismos del ridículo y de la estupidez. Fieles a sus exigencias fuera de lugar, fallamos en un setenta por cien de nuestras oportunidades de realización espiritual en la existencia terrestre.

Nos hacemos viejos prematuramente, contraemos dolorosas enfermedades del alma y, casi siempre, solo reconocen algo de nuestra renuncia vacía cuando se enfrentan al matrimonio y a la familia directa, en el extenso camino de la vida, dilatando sus obligaciones y trabajos.

Aún ahí, si la piedad no comparece en el cuadro de sus concepciones renovadas, nos convierten en abuelos esclavos y sumisos.

La muerte, no obstante, atrapa nuestra alma en su red infalible, para que nos aconsejemos nuevamente con la verdad. Se nos cae la venda de los ojos y observamos que nuestros supuestos sacrificios no representaban sino amargo engaño de la personalidad egoísta. Nuestras largas vigiliyas y los roces angustiosos eran, únicamente la ineficaz defensa de un mentiroso sistema de protección familiar. Y humillados, vencidos, en vano intentamos el ejercicio tardío de la corrección. Absolutamente desamparados de nuestra lealtad y de nuestra indeseable ternura, los hijos de nuestro amor van rodando, por la vida adelante, aprendiendo en la aspezeza del camino común. Y es que, antes de ser los retoños temporales de nuestra sangre, eran compañeros espirituales

del campo de la vida infinita, y si han vuelto al internado de la reencarnación, se debe a que necesitaban atender al rescate, juntamente con nosotros, adquiriendo más luz en su entendimiento.

No debíamos rodearlos de mimos inútiles, sino de lecciones provechosas, preparándolos cara a las exigencias de la evolución y del perfeccionamiento para la vida eterna.

Siendo así, amiga mía, usa tus recursos educativos compatibles con el temperamento de cada retoño, encaminando sus pasos, desde muy pronto, por la vía del trabajo y del bien, de la verdad y de la comprensión, porque las escuelas públicas o privadas instruyen la inteligencia, pero no pueden responsabilizarse por la edificación del sentimiento.

En cada ciudad del mundo puede haber un Pestalozzi que coopere en la formación del carácter infantil, pero nadie puede sustituir a los padres en la esfera educativa del corazón.

Si usted, no obstante, no cree en mis palabras por ser hijas de la realidad dura e indiscutible, ejercite exclusivamente el cariño y espere por la lección del futuro, sin molestarle con mis consejos, porque yo también, si aún estuviese envuelto en la carne terrestre y si un amigo del “otro mundo” viniese a traerme los avisos que le doy, probablemente no los aceptaría.

16 — EL CASO DEL RICO

Cuentan que el Rico de la Parábola, tras desengañarse en cuanto a los propósitos de volver a la Tierra para anunciar la verdad a sus parientes, atormentado de sed descendió a las regiones más bajas del purgatorio, forradas de fuego devorador.

De algún modo, se había resignado a los tormentos que acosaban su corazón, porque, bien lo reconocía, había hecho por merecerlos. Había despojado a viudas pobrísimas, perseguido a huérfanos desamparados y provocado la quiebra de hombres honrados; había faltado a los más básicos principios de la caridad, practicado la usura y sobornado conciencias frágiles. Siempre decidido a valerse de la fascinación del oro, se había aprovechado de mucha gente no vigilante e inclinada al mal, para ponerla al servicio de la ambición que le era propia. Temeroso del futuro, había ahorrado considerables haberes para sus hijos; los había rodeado de ventajas y facilidades económicas, a costa del angustiado sudor de los humildes, por él convertidos en esclavos sufridores. En suma, había sido cruel y tenía merecido el castigo. Con todo, no se conformaba con la imposibilidad de verse con su familia.

¿Por qué no volver a la Tierra para renovar los conceptos a su mujer y a sus hijos? Su compañera siempre había

sido fiel a sus recomendaciones. Si pudiese hablarle, corregiría todo a tiempo.

Con todo, el Padre Abraham no le había dado la menor esperanza.

Reflexionaba consigo mismo, pesaroso, cuando surgió alguien en medio de las sombras. Al principio no reconocía al recién llegado, pero, tras un abrazo, el visitante exclamó:

— ¿No te acuerdas?

Correspondió emocionadamente. Ahora recordaba. Aquel era Benjamín, hijo de Habacuc, que le había precedido en el sepulcro. Lo asombraba la sorpresa del reencuentro. Benjamín, tanto como él mismo, había sido un usurero, de corazón frío y duro. El manto roto denunciaba su penosa situación y las cenizas que cubrían sus manos, rostro y cabellos daban la impresión de que el mísero emergía del vientre de un cráter.

Terminados los saludos del momento, el Rico humillado le expuso su caso personal. Se conformaba con el purgatorio tenebroso, porque reconocía sus culpas; con todo, le desesperaba la imposibilidad de volver a casa, para relatar la verdad de los hechos.

Pero el otro, tras escucharlo pacientemente, aseguró:

—No vale la pena inquietarse. Yo volví, pero no he conseguido nada.

— ¿Volviste? — inquirió el nuevo condenado, dejando traslucir en su voz un rayo de esperanza.

—Sí.

— ¿Y llegaste a visitar tu casa, tu mujer, tus hijos, tus siervos, tus propiedades, tus tierras, tus jumentos, tus camellos, tus bueyes?

—Sí.

— ¿Visitase el templo?

— Visité.

— ¿Cruzaste otra vez nuestros campos?

— Crucé.

El Rico llegó a olvidar las aflicciones del momento y, contemplando a su interlocutor, admirado, prosiguió:

— Y tus familiares ¿te reconocieron?

El interpelado quedó en silencio. Algunas lágrimas humedecieron sus ojos sombríos.

Instado por el amigo, informó, decepcionado:

— Visité a la familia, me detuve en las propiedades que creía de mi pertenencia, rendí homenaje a los tesoros de nuestra raza, pero nadie me reconoció. Transcurridos algunos días desde la muerte de mi cuerpo, mis hijos se desentendieron entre sí por cuestiones de la herencia que les dejé. Rubén amputó el brazo de Eleazar en una escena de sangre, Esaú maldijo a sus hermanos y se entregó al vino por la falta de trabajo y Simeón enloqueció en el vicio.

Mi esposa, pese a su edad, se enamoró de un rico mercader de alfombras que se apoderó de nuestro dinero y de las preciosidades domésticas que me eran más queridas, conduciéndolas hacia Eades. Mis tierras de Gaza fueron vendidas a cualquier precio a libertos romanos, mis camellos fueron entregados a cambio de escasas monedas, a bellacos negociantes del desierto, mis bueyes fueron sacrificados, mis jumentos dispersados. Algunos de mis siervos fueron apaleados, mientras que otros fueron vendidos en Chipre. Mis propiedades en el campo se sumieron en la maleza, cayendo en el abandono y fueron entregadas a criadores de caballos y de cerdos.

El Rico hizo una mueca de angustia y preguntó:

— Pero tu mujer y tus hijos ¿no te reconocieron?

—Los visité por la noche, para charlar a solas, pero me expulsaron, con desesperación, insistiendo en que yo bajase para siempre a los infiernos. En vano procuré hacerme insinuar entre ellos. No creyeron en mi presencia y se hicieron sordos a mis palabras.

Desencantado, el Rico preguntó:

— ¿No te quejaste aquí? ¿No rogaste el socorro del Padre Abraham?

Volvió el compañero, explicando gravemente:

—Pedí el amparo de los mensajeros de Jehová, pero en nombre de Él, nuestro Eterno Señor, me aclararon que eso era obra mía, que nunca fui verdaderamente esposo de mi mujer ni padre de mis hijos, ni amigo de los cooperadores o de los animales que me servían diariamente. Jamás había auxiliado a los míos en la adquisición de los valores positivos del espíritu inmortal ni había creado en las propiedades de las cuales era mayordomo infiel, el ambiente de amor y armonía, calma y confianza que Jehová, en vano, esperaba de mí. Me había apegado simplemente a la usura, al egoísmo, a la admiración y al culto de mí mismo, ensanchando la vanidad de mi dominación indebida.

Y concluyó, con tristeza:

—Por ello, merecí la ironía de la suerte y la incompreensión de los míos.

El Rico oyó, meditó, consultó sus propias reminiscencias y, elevando los brazos hacia lo alto, exclamó:

— ¡Gloria al Padre Abraham que no permitió mi regreso a la Tierra y me dio la sed angustiosa y el fuego consumidor para que sanen las heridas de mi alma!

Y, resignado, se tendió en la ceniza caliente del purgatorio, esperando el futuro.

17 — LECCIÓN EN JERUSALÉN

Muy significativa la entrada gloriosa de Jesús en Jerusalén, cuya información nos proporciona el texto evangélico. La ciudad lo conocía desde su primera visita al Templo, y mucha gente, al tiempo de su paso por allí, acudía presurosa a escuchar sus predicaciones.

El pueblo judío suspiraba por alguien con autoridad bastante que lo liberase de los opresores. ¿No sería el tiempo para la redención de Israel? La raza elegida experimentaba severas humillaciones. El romano orgulloso oprimía a Palestina con sus brazos tiránicos. Por eso Jesús simbolizaba la renovación, la promesa. ¿Quién había obrado prodigios como los suyos?

Profeta alguno había alcanzado aquellas cumbres. La resurrección de Lázaro, envuelto en fajas en el sepulcro, con signos evidentes de descomposición cadavérica, asombraba a los más ilustres descendientes de Abraham. Ni siquiera Moisés, el legislador inolvidable, había conseguido realización de tal naturaleza.

Y el pueblo, en aquellos días de fiesta tradicional, se dispuso a homenajearlo en toda regla. Recibiría al profeta con demostraciones diferentes. Mostraría a los prebostes del César que Jerusalén no renunciaba a los propósitos de

liberación, celosa de su autonomía, y que ahora, más que nunca, poseía un jefe político a la altura de los acontecimientos.

Jesús, ciertamente, no atendería a las imposiciones de los sacerdotes ni tampoco se doblegaría al soborno, ante las promesas doradas de los áulicos imperiales.

En vista de ello, cuando el Maestro salió de Betania, camino de la ciudad, se apostaron en filas los vecinos, saludándolo festivamente.

Ancianos de barbas encanecidas acompañaban el coro de los jóvenes: —“¡Hosanna al hijo de David!” gritaban las mujeres, entusiasmadas, amparando a los pequeñines que sostenían con gracia las verdes ramas de palmera.

Los discípulos, flanqueando al Maestro, sentían el efímero júbilo provocado por el mentiroso incienso de la multitud. Los fieles galileos, aupados inesperadamente a las cumbres de la popularidad, se inclinaban envanecidos, embriagados por el triunfo.

De espacio a espacio, este o aquel patriarca hacía señales a Pedro, Felipe o Juan, invitándolos a pronunciarse discretamente:

— ¿Cuándo se manifestará el Mesías?

Los interpelados asumían actitud de orgullosa prudencia y respondían casi siempre lo mismo:

—Estamos seguros de que el homenaje de hoy es decisivo y el Mesías nos dará a conocer el plan de nuestras reivindicaciones.

Jesús agradecía con la mirada a los manifestantes de Jerusalén, pero sin embargo mostraba melancólicas sonrisas.

Demostrando comprender la situación, a continuación convocó a los discípulos para una reunión más íntima, en la cual les diría algo muy grave.

Interpelados por algunos amigos, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, informaron en cuanto al anuncio del Maestro. Discutiría las cuestiones del presente y del futuro, y posiblemente sería más claro en las definiciones políticas de la acción renovadora.

Por ese motivo, mientras Cristo y sus compañeros tomaban el refrigerio frugal del cenáculo, una verdadera multitud se apiñaba, discreta, en los aledaños. El pueblo aguardaba informaciones del colegio apostólico, entre la ansiedad y la esperanza.

Terminada la reunión, y mientras Jesús y Simón Pedro se entretenían en confidencias, seis discípulos se fueron, cautelosos, a la vía pública. Su fisonomía denunciaba preocupaciones y desencanto.

Empezaron los comentarios, entre los intelectuales de Jerusalén y los pescadores de Galilea.

— ¿Qué dijo el profeta? — Preguntó el patriarca, jefe de aquel movimiento de curiosidad — ¿Se ha explicado, por fin?

— Sí, aclaró Felipe con benevolencia.

— ¿Y la base del programa de nuestra restauración política y social?

— El Señor nos recomendó que el mayor sea siervo del menor, que todos debemos amarnos los unos a los otros.

— ¿La señal del movimiento? — indagó el anciano de ojos lúcidos.

— Estará justamente en el amor y en el sacrificio de cada uno de nosotros — replicó el apóstol, humilde.

— ¿Se dirigirá inmediatamente al César, fundamentando la necesaria reclamación?

— Nos dijo que confiemos en el Padre y que creamos también en Él, nuestro Maestro y Señor.

— ¿No se hará, entonces, exigencia alguna? — exclamó el patriarca irritado.

— Nos aconsejó que pidiésemos al Cielo lo que fuese necesario y afirmó que seremos atendidos en su nombre — explicó Felipe sin inmutarse.

Los circunstantes se miraban unos a otros, admirados.

— ¿Y nuestra posición?, — rezongó el viejo — ¿no somos el pueblo elegido de la Tierra?

Muy tranquilo, el apóstol le aclaró:

— Dijo el Maestro que no somos del mundo y por eso el mundo nos aborrecerá, hasta que su Reino sea establecido.

Resonaron las primeras carcajadas.

— Pero el profeta — continuó el israelita exigente — ¿no firmó algún documento, ni se refirió a algún compromiso con las autoridades?

— No — respondió Felipe, sincero e ingenuo — únicamente lavó los pies a sus compañeros.

¡Oh! Para los hijos vanidosos de Jerusalén era demasiado. Surgieron risas y protestas.

— ¿No te lo dije, Jafet? — dijo un antiguo fariseo al patriarca. — Todo eso es una farsa.

Un muchacho pedante afianzó, después de una odiosa risotada:

— ¡Muy buena, esta aventura de los pescadores!

Unos minutos más tarde, la calle estaba desierta.

HERMANO X

Desde ese momento, comprendiendo que Jesús cumplía, sobre todo, la Voluntad de Dios, lejos de cualquier disputa con los hombres, la multitud lo abandonó. Los discípulos, reconociendo también que él despreciaba todos los cálculos de probabilidad del triunfo político, se retrajeron, desengañados. Y, desde ese instante, la persecución del Sinedrio se agrandó y el Mesías, solo con su dolor y con su lealtad, experimentó la prisión, el abandono, la injusticia, el azote, la ironía y la crucifixión.

Esa fue una de sus últimas lecciones entre las criaturas, dándonos a conocer que es muy fácil cantar hosannas a Dios, pero muy difícil cumplir Su Divina Voluntad con sacrificio de sí mismo.

18 — ESPÍRITU FARISAICO

En tiempos de Cristo ya era antigua la hipocresía farisaica.

A fuerza de declararse hombres de fe y ambicionando la hegemonía en los círculos religiosos y sociales, los fariseos exhibían insoportable orgullo y repugnante vanidad.

Se sentían únicos, ante la Divinidad.

Pervertidos por el intelectualismo de superficie, colocaban por encima de todo el rigorismo aparente. Eran los inspiradores de todas las medidas de la convención política en Jerusalén.

Sabían manejar con maestría el arma de dos filos, mostrando la lámina de la calumnia en el trato con los adversarios de su misma sangre, y el de la lisonja frente al romano dominador.

Se inmiscuían en los negocios públicos e imponían movimientos de opinión. Elevaban sus ídolos al trono de la autoridad y del poder, incensándolos con el elogio fácil del desvarío verbal y precipitaban, astutos, en el abismo de la antipatía pública, a todos aquellos que no delectasen su cartilla de fingimiento. Exigían los primeros puestos en las sinagogas y reclamaban destaque en las asambleas más sen-

cillas. Sus lujosos mantos recababan la reverencia del pueblo, y cuando penetraban en el Templo, el fasto de su presencia eclipsaba al mismo santuario.

Se dirigían a Jehová, el Altísimo, con palabras poco respetuosas e ingratas. Como si los oídos del prójimo fuesen incapaces de registrar toda su locuacidad sonora y vacía, pronunciaban largas y fastidiosas oraciones ante el altar de la fe, relacionando las supuestas virtudes de que se juzgaban portadores; hacían el inventario verbal de sus buenas obras presumibles y, lejos de pedir el favor de la Divina Misericordia, le exigían las bendiciones que les eran debidas, según la palabrería de sus labios incansables. Ostentando atributos mentirosos, estaban siempre dispuestos a las polémicas mordaces, de las cuales la caridad y el esclarecimiento andaban muy alejados, repeliendo aquellas bocas de falsos abogados de la fe.

Nadie debía tomarles la delantera en los más humildes asuntos. Ante la aproximación de los adventicios se erguían irritados, esparciendo protestas e irradiando cóleras sagradas.

Se constituían en supremas autoridades intelectuales del mundo religioso, y los administradores y jueces eran obligados, antes de actuar en cualquier sector, a la audiencia previa de los supuestos mandatarios de la inspiración divina.

El tiempo ha golpeado sus tradiciones. El aluvión del progreso ha modificado el paisaje y las transformaciones políticas constantes han renovado la vida intelectual del pueblo elegido.

Tempestades de dolor y muerte se han abatido sobre Jerusalén, convirtiéndola en un campo de destrozos. Después de Jesús llegaron las hordas de Tito, que trajeron ruina y destrucción. Luchas internas minaron sus instituciones religiosas. En 637 fue ocupada por los árabes y retomada

por las cruzadas en 1099, y sintió los efectos terribles de las invasiones. El Templo, edificado en la época de Salomón, por artistas fenicios, con admirable suntuosidad arquitectónica, lleno de oro y marfil, reliquias y maderas preciosas, fue destruido por conquistadores fanáticos, sedientos de guerra y dominación.

Despojada de sus riquezas, Jerusalén pasó a lamentarse en los muros de su desolación, clamando la añoranza por sus hijos, dispersos en Oriente y en Occidente como peregrinos sin patria, destinados a llorar siempre la distancia de su lugar natal; pero el espíritu farisaico se estableció en el mundo entero. Persistiendo en la antigua dominación intelectual, disputa la prioridad en todos los servicios de orientación religiosa, viste trajes de todas las regiones y presenta pasaportes de todos los países.

Aún ahora, cuando el Espiritismo cristiano esparce las bendiciones del Consolador Prometido restaurando la fe en los corazones atormentados y sufrientes, los nuevos fariseos se congregan en atrevidos tribunales de la Religión y de la Ciencia, emitiendo sentencias condenatorias. Están completamente redivivos, en otro ropaje carnal y blandiendo otros títulos exteriores para confundir y perturbar.

La revelación es una exclusiva suya. No admiten la intromisión en sus trabajos teológicos inaccesibles. Son los predilectos de la Divinidad, señores absolutos de la creencia, ministros únicos de la gracia celeste. Y contra la oleada renovadora de la vida humana que procede de lo Alto, a través de aquellos que regresan de la tumba comentando las realidades eternas hasta entonces oscuras, vociferan maldiciones, lanzan insultos, esparcen dudas brillantes y oscuros sarcasmos.

Con todo, los servidores sinceros de la Nueva Revelación nos conocen desde hace mucho tiempo. Y por eso caminan valerosos y sin miedo; indiferentes a las pedradas de la incomprensión deliberada y sordos al viejo organillo de la

ironía, saben que los antepasados de sus perseguidores de ahora rodearon al Cristo, pidiéndole beneficios y signos que les diesen ocasión para calumnias crueles, y que, no contentos en la posición de detractores sistemáticos, se constituyeron en autores del proceso injusto contra el Mensajero Divino. Y saben todo esto porque el mundo está informado, desde hace más de diecinueve siglos, de que fue el espíritu farisaico, vanidoso y multiforme, quien condujo al Sublime Bienhechor al madero infamante y que, no respetando ni siquiera la hora angustiada y terrible de su muerte, le escupió en el rostro ensangrentado, añadiendo: “Si tú eres el Rey de los Judíos, sálvate a ti mismo y baja de la cruz.”

19 — CARIDAD

En todos los tiempos, hay ejércitos de criaturas que enseñan la caridad, pero pese a ello, pocas personas la practican verdaderamente.

Torquemada, organizando los servicios de la Inquisición, se decía portador de la divina virtud. Camino de los terribles suplicios, los condenados eran compelidos a dar las gracias a los verdugos.

Muchos de ellos, en plena hoguera o atados al martirio de la rueda, agujoneados por la flagelación de la carne, eran obligados a alabar, con las manos puestas en oración, la bondad de los inquisidores que les ordenaban morir. Esa caridad religiosa era hermana de la caridad filosófica de la Revolución Francesa. La guillotina funcionó en París mucho tiempo, cortando cabezas de hombres y mujeres en nombre de la renovación espiritual de la política administrativa. Se enaltecían verbalmente los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad, se componían himnos de glorificación al Gran Ser y se erigían altares a la Diosa Razón y, para que se hiciera el reajuste de los principios humanitarios del mundo, la cuchilla decepaba la cabeza del prójimo. Los líderes revolucionarios, bellos idealistas quizá, pugnaban en Francia también por la evolución del arte de matar. La horca y el machete eran excesivamente antiguos. Convenía un procedimiento

más rápido, más eficiente. Y, en nombre de la caridad renovadora, se buscó la colaboración de un profesor de anatomía de la Facultad de Medicina de París, el médico José Ignacio Guillotin, que recordó a los políticos el adoptar la cuchilla de decapitar, ya conocida, por cierto, de los italianos. En la base, se colocaría un cesto que recogiese piadosamente la cabeza ensangrentada de los condenados a muerte.

Desde tiempos inmemoriales, se abusa del concepto de virtud en la práctica de innumerables desvaríos. Los emperadores romanos, por ejemplo, determinaban el suplicio de los cristianos en nombre de la caridad política. Y todavía hoy, en nombre de ella y en todos los países, surgen a veces medidas que claman al cielo.

Y por eso la caridad pide, ante todo, comprensión. No basta entregar los bienes al primer mendigo que surge por la puerta, para que eso signifique la posesión de la virtud sublime. Es preciso comprender su necesidad y ampararlo con amor. Desembarazarse de los afligidos ofreciéndoles lo superfluo, es librarse de los necesitados de manera elegante, con absoluta ausencia de iluminación espiritual.

La caridad es mucho más grande que la limosna. Ser caritativo es ser profundamente humano y aquél que niega comprensión al prójimo puede invertir considerables fortunas en el campo de la asistencia social y convertirse en bienhechor de los hambrientos, pero si quiere ser efectivamente útil, tendrá que comenzar, en la primera oportunidad, el aprendizaje del amor cristiano.

Callar a tiempo, disculpar ofensas, comprender la ignorancia de los demás y tolerarla, sufrir con serenidad por la causa del bien común, apartarse de lamentaciones, reconocer la superioridad allí donde esté y aprovechar sus sugerencias, es ejercer el ministerio sagrado de la divina virtud.

Hay mucha gente habilitada para participar en los sufrimientos del vecino, pero raras personas saben compartir

su contentamiento. Frente a los cuerpos mutilados, ante heridas que sangran e infortunios angustiosos, se oyen exclamaciones de piedad, más fingida que verdadera.

Sin embargo, en torno al bienestar de un hombre honrado y trabajador, que ha sacrificado sus mejores años al espíritu de servicio, comúnmente caen las piedras de la calumnia y brotan las zarzas de la envidia, de los celos, del despecho.

“Caridad, caridad, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!” podríamos repetir la frase famosa de Madame Roland, refiriéndose a la libertad, ante la muerte.

Fray Bartolomé de los Mártires, el santo arzobispo de Braga, cierta vez fue visitado por un hidalgo que le pidió la aplicación de los dineros de la Iglesia en la construcción de una nueva y suntuosa basílica destinada a la aristocracia de la vieja ciudad portuguesa.

Tendría capiteles dorados, lujosos altares, torres maravillosas y naves resplandecientes.

El generoso eclesiástico escuchó, en silencio, recordó las filas de necesitados que diariamente llamaban a su puerta, castigados por la desnudez y por el hambre, y pidió tiempo, a fin de estudiar la cuestión.

Continuaba distribuyendo los bienes que venían a sus manos en obras de socorro, ante las necesidades apremiantes de la pobreza que acudía a su corazón y, mensualmente, allá venía el amigo, renovando el petitorio.

Braga necesitaba un templo nuevo y amplio, lleno de arte, belleza y pedrerías.

El prelado rogaba siempre más tiempo para decidir, hasta que un día, decidió ser más claro y después de escuchar pacientemente a la oveja atacada por la manía de grandezas, respondió con serenidad cristiana:

—No sé cómo atender las exigencias de Vuestra Señoría. Cuando el diablo tentó a Nuestro Señor Jesucristo, le pidió que convirtiese las piedras en panes. Obsérvese que era una obra meritoria la que Satanás esperaba del divino poder, pero Vuestra Señoría hace mucho peor que el demonio, pues viene a reclamar siempre que los panes de los pobres se conviertan en piedras.

Tal como el hidalgo de Braga, hay mucha gente sedienta de dominación que no realiza sino obras exclusivas del “yo” en vez de servicios legítimamente beneméritos.

Fuera de la caridad no hay, efectivamente, salvación para los que han perdido la luz. El manto de esa virtud sublime cubre la multitud de los pecados, según la enseñanza evangélica.

Sin embargo, en todas las ocasiones, es necesario mucho discernimiento para que nuestro corazón no convierta los panes de la posibilidad divina en piedras de la vanidad humana.

20 — ESCUCHANDO AL MAESTRO

José de Arimatea, distinguido caballero de Jerusalén, no era un amigo de Jesús en la última hora. Efectivamente, no podía aceptar, de pronto, las verdades evangélicas ni tampoco comprometerse con la nueva doctrina. Ligado a intereses políticos y raciales, continuaba atento a las tradiciones judaicas, si bien observaba cariñosamente el apostolado divino. Sabía orientarse con elegancia y defendía al Nazareno, limando acusaciones gratuitas. Imposible considerar a Jesús como un mistificador. Conocía de cerca sus actos generosos. Había visitado Cafarnaúm y Betsaida, reiteradas veces y, dueño de un corazón bien formado, se compadecía de la suerte de los pobrecillos. En muchas ocasiones, había examinado posibles modificaciones del sistema de trabajo para beneficiar a los trabajadores del campo. Lo afligía observar a los pequeñines desamparados y desnudos, en las chozas humildes de los pescadores. Por eso, la presencia del Mesías Nazareno, en derredor de las aguas, confortaba su espíritu sensible y bondadoso, porque Jesús sabía inspirar confianza y despertar alegría en el ánimo popular. No podía seguirlo en condición de apóstol, pero lo estimaba sinceramente en calidad de amigo fiel.

Admirador animoso, José no resistía la tentación de presentarlo a sus amigos prestigiosos e influyentes. No era

el propósito propagandístico en sentido inferior lo que le animaba en semejantes impulsos. Deseaba, en el fondo, que todos conociesen al Maestro y lo amasen tanto como él mismo.

Jesús, no obstante, si bien no dejaba de atender a los hermanos humildes que le traían los hijos de la necesidad y de la desventura, no podía endosar los entusiasmos de los amigos que le traían los hijos de la fortuna y del poder.

Por ello su valeroso admirador de Jerusalén a menudo advertía con extrañeza el proceder del Maestro, que se retraía con discreción singular. Los sacerdotes del templo y las autoridades farisaicas, invariablemente se sentían honrados con la presencia de romanos ilustres. Pero Jesús era diferente. Guardaba una actitud respetuosa, con admirable ahorro de emociones y palabras, cuando se hallaba en contacto con los poderosos de la Tierra. Él, que se revelaba alegremente a los pequeñines abandonados, se mantenía hondamente reservado antes las autoridades intelectuales y políticas, como si fuertes razones interiores lo obligasen a la vigilancia.

Se cuenta que cierta vez, cuando se acercaba a la orilla del lago en compañía de Simón Pedro, en el radiante crepúsculo de Cafarnaúm, he aquí que se le aparece José de Arimatea, haciéndose acompañar de tres amigos que por la vestimenta denunciaban su condición de áulicos imperiales. El israelita, servicial, se adelantó y, tras saludar cordialmente al Mesías, junto a Simón, le presentó a sus compañeros:

—Este es Pomponio Comodiano, patricio notable, con funciones de asesor en el gabinete del Prefecto de los Pretorianos. Tiene bajo su responsabilidad el interés inmediato de innumerables familias de servidores del Imperio.

Y, como si deseara conmover al Nazareno, continuaba:

—Muchos pequeñuelos dependen de sus providencias y pareceres...

Jesús lo saludó con un gesto amistoso, y José pasó a otro:

—Este es Flavio Graco Acurcio, magistrado admirado y cuidadoso, que se responsabiliza por servicios financieros, desempeñando igualmente funciones de juez penal. Desarrolla un gran trabajo en el sector de la autoridad administrativa, estando obligado a un incesante trabajo, como elevado servidor del bien público.

El Maestro repitió el saludo, y el amigo le presentó al último:

—Este es Quintiliano Agrícola, patricio ilustre, que desempeña las funciones de Legado del Emperador, de paso por la provincia. En otro tiempo, ha prestado relevantes servicios en Aquitania, y ahora se dirige a Roma, donde hará informes verbales de lo que ha observado entre nosotros. Está al frente de importantes responsabilidades referentes al bienestar colectivo.

El Maestro saludó y se mantuvo en respetuoso silencio.

Los romanos, que tanto habían oído hablar de sus prodigios, lo observaban con mirada curiosa y penetrante.

Pasaron algunos minutos, pesadísimos, hasta que Pomponio exclamó, después de alejar una pequeña hoja seca que el viento había depositado en su túnica:

—Es muy diferente de nuestros magos. Es grave y triste...

—Sí — añadió Acurcio —, mi hechicera del Esquilino siente placer cuando yo le dirijo la palabra. Este, en cambio, no justifica su renombre.

—En la Puerta de Ostia — adujo Agrícola, pedante y sarcástico — tenemos nuestro adivino, que nos ofrece revelaciones y signos. Es un mago admirable. Nos hace predicciones absolutamente exactas y conoce todos los acontecimientos de nuestra casa, aunque se mantenga a gran dis-

tancia. No hace mucho, descubrió el paradero de las joyas de Obdulia, que algunos esclavos ladrones habían depositado en los acueductos.

Se ponía en movimiento la opinión dura y franca de los romanos dominadores, cuando José de Arimatea, deseando una explicación por parte del Mesías, lo interpeló en tono afable:

— ¿No tendrá el Maestro algún signo para nuestros amigos?

Jesús fijó en los visitantes su muy lúcida mirada y contestó: — Ellos ya han recibido el signo de la confianza del Padre, que les ha conferido durante algún tiempo los cargos que ocupan.

Admirados con la inesperada respuesta, los patricios multiplicaron las preguntas.

Querían demostraciones sobrenaturales, deseaban maravillas.

Pero el Maestro, después de escucharlos con sublime serenidad, elevó la voz, que ellos no osaron interrumpir, y dijo:

— Romanos, en verdad hay hechiceros que hacen prodigios y magos que distraen los ocios de los hombres indiferentes al destino de su propia alma. Yo, en cambio, no os traigo entretenimientos pasajeros sino la solución de intereses eternos del Espíritu que nunca muere. Para diversiones y placeres inútiles, tenéis vuestros circos llenos de danzarinas y gladiadores. Si a pesar de todo deseáis la Revelación Viva de que soy portador, examinad primeramente hasta dónde os comprometeréis con el César, a fin de poder servir efectivamente a Dios.

En seguida, hizo una larga pausa, que los circunstantes no interrumpieron, y concluyó:

—En verdad, sin embargo, os afirmo que si cumplís desde ahora los deberes referentes a los títulos con que os presentáis, sirviendo conscientemente a la justicia y atendiendo a los intereses del bien público, con fiel comprensión de las graves responsabilidades que habéis asumido, estaréis con el Padre desde hoy, y el Padre estará con vosotros.

Los presentes se miraron entre sí, asombrados. Y cuando retomaron la palabra, el Mesías Nazareno ya se había despedido de José de Arimatea y atravesaba las aguas del gran lago, en compañía de Pedro, en busca de la otra orilla.

21 — PROTECCIÓN Y REALIDAD

Practicando la protección caritativa, Uriel, entidad angélica, había transportado a Levindo a una colonia celestial, llena de flores abiertas y bonanzosos vientos, donde almas laboriosas descansaban de la lucha humana y trabajaban por la conquista del porvenir en la esfera superior.

Levindo no había cometido crímenes que impactasen la opinión de los hombres; sin embargo, había extraído de la existencia terrestre todos los provechos y ventajas susceptibles de favorecer las pasiones inferiores. Había estropeado en su juventud los mejores años del cuerpo, perseverando en los placeres menos dignos en todo el curso de la edad madura y, además, en su vejez prematura, se empeñaba en parecer un joven de la época, travieso y conquistador.

La dolencia en el hígado lo había retenido en el lecho durante meses; a pesar de todo, no atendía el enfermo a sus invitaciones a la meditación y, lejos de tratar convenientemente la enfermedad, luchó desesperado contra su influencia invisible, bombardeándola con venenos químicos de variadas clases. Se dolía y quejaba, lloriqueando. Quería algún tiempo más en la Tierra para solucionar algunos negocios, decía entre lágrimas. Tenía que liquidar ciertos problemas que su confianza en el propio cuerpo había aplazado indefinidamente, pero el organismo exhausto no satisfacía sus

demandas. Las células cansadas enviaban a la mente un enérgico ultimátum, exigiendo independencia. Habían servido sin cesar a un tirano que no les daba tregua, durante muchos años de trabajo en común.

En balde recurrió a medicinas y tratamientos.

Angustiado, Levindo recibió la visita de la muerte una noche oscura y lluviosa, en que el vendaval rozaba su ventana, como lamentoso sollozo. Tuvo miedo, experimentó el inenarrable pavor a lo desconocido y gritó estentóreamente. Pero sus gritos resonaban en otras dimensiones y no alcanzaban ahora los oídos familiares. La esposa lloraba copiosamente, besando las manos de su cuerpo yerto, mostrándose, sin embargo, absolutamente insensible a sus abrazos de náufrago, que se debatían en un mar pesado de sombras.

Alguien, no obstante, velaba por él con generosidad fraternal. Era Uriel, el amigo invisible.

Lo recogió con ternura y le cerró los párpados en un sueño tranquilo. ¿Qué no puede hacer en el Universo el magnetismo divino del amor? Uriel amaba a su compañero y, por ello, podía protegerlo, envolviéndolo en los efluvios de su alma rica de luz.

El bienhechor le dio asimismo una hamaca, donde Levindo gozó un bendito sueño de largas horas.

Habiendo despertado, contempló al amigo que lo amparaba en silencio. El pobre compañero, recientemente desencarnado, acribilló al mensajero espiritual con preguntas y amonestaciones.

¿Cómo estaban su mujer y sus hijos? La Providencia debía recambiarla al mundo, con bastantes posibilidades de resolver sus intereses. A decir verdad, podría haber sido más previsor. Pero ¿cómo lo iba a saber? ¿Y la casa? ¿Y la organización comercial que le había costado incesantes disgustos? ¿Estarían según sus deseos?

Uriel lo confortó, con palabras de esperanza y amor, intentando tranquilizarlo.

En seguida, haciendo uso de la autoridad de que podía disponer, lo condujo a encantadora ciudad espiritual, acogedora y feliz, pequeño cielo donde se congregaban espíritus libertos de las pasiones inferiores, camino de sublime purificación.

El dedicado bienhechor lo presentó a sus compañeros. Todos creyeron tratarse de alguien a la altura de la luminosa expresión de aquel paraíso de comprensión. Sin embargo, después de los primeros saludos, Levindo se revelaba de modo deprimente, preguntando entre lágrimas sobre situaciones, personas y cosas que habían quedado lejos, en la lucha material.

A un amigo del nuevo ambiente, que se identificaba por el nombre de Almeida, preguntó por un antiguo deudor, que se hacía conocer en el campo terrestre por el mismo nombre, añadiendo que la deuda del infeliz encarnado ascendía a más de cien mil cruceiros. El interpelado contestó sonriendo:

— ¿Quién sabe? Es posible que esté en el cuadro de mis antiguos familiares. ¡Somos tantos Almeidas! Pero nada puedo adelantarte ahora. ¡Dejé la sangre terrena hace muchos años!...

Probablemente, Levindo desearía recobrar el dinero, aunque fuese otra la moneda en circulación.

Por más que Uriel le aconsejase serenidad y sentido práctico en la nueva situación, él continuaba en estado de grave exaltación pasional.

Las brisas cariciosas y el divino cielo inflamado de oro y azul brillante, las flores matizadas de luz y las torres resplandecientes no lograban modificar su mente enamorada de las sensaciones más groseras de la Tierra. Si los amigos le recomendaban oración, contestaba desesperado:

— ¿Cómo entregarme a la plegaria? No puedo.

No sé cómo están mi mujer, mis hijos, mis negocios. ¿Cómo habrán utilizado mis títulos bancarios? ¿Y el inventario de mis bienes? ¿Habrán hecho las partijas con justicia?

Y con el rostro en las manos crispadas, se deshacía en llanto.

Cualquier conversación fraternal acababa en crisis angustiosas.

Uriel se esforzaba en vano, hasta que un día, el gran orientador de la comunidad espiritual lo llamó delicadamente, hablándole con franqueza:

—Uriel, ¿amas bastante a Levindo?

—Sí.

— ¿Sabes, no obstante, que la protección afectuosa solo puede dar resultados benéficos cuando el protegido comprende el beneficio y desea recibirlo?

—Lo sé.

—Entonces, escucha: podría él permanecer aquí en nuestro rincón celeste, pero la mente de ese infeliz aún está en el infierno, que se esfuerza por conservar indefinidamente después de la muerte del cuerpo. No intentes violentar las leyes evolutivas.

El bienhechor inclinó la cabeza como signo de asentimiento y permaneció silencioso, mientras Levindo era llamado para otras providencias.

Advertido por el gran orientador, contestó llorando que necesitaba regresar, que la familia humana lo necesitaba, que los negocios debían estar parados, esperándole, que era preciso llamar a los antiguos deudores a rendir cuentas. De cualquier modo, deseaba partir.

HERMANO X

El dirigente de la ciudad entregó a Uriel una llave y le recomendó:

—Ábrele la puerta y déjalo ir a buscar lo que le pertenece.

En ese mismo día, lleno de esperanza, Levindo se precipitó en el purgatorio terrible, donde la convivencia con los demonios del mal habría de curarle la ceguera mediante el sufrimiento correctivo.

22 — EL SABIO JUEZ

—Salomón, el sabio Rey de los israelitas, desde la célebre decisión entre las dos madres que se disputaban el mismo hijo, en el comienzo de su reinado, se había convertido en un juez famoso, aparte de soberano generoso y magnificente. Lo reverenciaban todas las tribus judaicas, bendiciendo su nombre y respetando su poder. Por eso, aparte de sus pesadas atribuciones administrativas, se veía obligado a atender a mil y una cuestiones de los súbditos, que se aprovechaban de su sabiduría para casos de la vida particular.

Así empezó la historia el simpático anciano del plano superior que nos visitaba, a propósito de ciertas preocupaciones que nos ataban a la Tierra. Terminada la larga pausa, durante la cual mantuvo sobre nuestros ojos los suyos muy lúcidos, el viejecito continuó:

—Siendo así apareció en el reino una cuestión extraña. La familia de Natán, hijo de Belazel, muerto hacía mucho tiempo, recibió algunos papiros, en los cuales se leían mensajes amistosos, firmados por él, por mediación de una pitonisa de Jope, especializada en relaciones con los espíritus de los muertos. Natán, que ya no pertenecía al mundo de los hombres de carne, tenía el cuidado de no interferir en cualquier asunto propiamente humano, para no invadir la esfera de acción de los viejos amigos que debían caminar por sí,

aprendiendo con la propia experiencia. Comentaba las realidades espirituales, refiriéndose de manera velada a las situaciones y cosas del nuevo país donde había sido llamado a vivir.

Sin embargo, unos antiguos compañeros suyos se mostraron absolutamente hostiles. Imposible que Natán, patriarca respetable y amante de la ley, volviese del otro mundo escribiendo a sus seres queridos.

Se iniciaron discusiones en tono discreto. Negociantes de cabras y carneros llevaron el asunto desde Jerusalén hasta Arabia y desde Arabia a Fenicia.

En vista de las grandes dudas surgidas, se encaminó el problema al esclarecido criterio de Salomón. Los descendientes de Natán exigían el pronunciamiento de la Justicia en sentencia irrefutable.

El rey examinó el caso y esclareció que necesitaba tiempo para decidir. Se sentía asombrado. Había resuelto ya muchos procesos de herencias y partijas, en los cuales los muertos comparecían como ausentes en definitiva y sin representantes legales, pero nunca se le había presentado un problema para cuya solución debiese considerar derechos y obligaciones de aquellos que habían atravesado el horizonte sombrío de la muerte. Por ello, estudió y meditó días y noches, ponderando sobre la reclamación presentada. ¿Podría, de hecho, emitir un laudo declaratorio? ¿Cómo decidir una pendencia en que había partes interesadas en el otro mundo? ¿Sería razonable considerar únicamente el derecho de los súbditos vivos? ¿Y los súbditos que habían partido a la muerte, confiados en la Justicia del reino? El muerto, ciertamente, había dado el contenido de los papiros a la pitonisa de Jope, sin coacción alguna y por su espontánea voluntad. ¿Sería delito obsequiar a alguien? ¿Cómo impedir en el mundo el sagrado derecho de dar? Extinguir el intercambio de la amistad entre las almas sería lo mismo que interrumpir el curso de las bendiciones divinas. Jehová, el Magná-

nimo Señor, ¿no daba a su pueblo misericordia y salud, fortaleza y esperanza todos los días?

Muchos áulicos de palacio le exigieron persecuciones a la pitonisa, porque había cometido la falta de recibir las dádivas de un amigo muerto. Otros vinieron a rogar para que el rey, poderoso y sabio, en vez de una declaración, emitiese sentencia condenatoria. Los supuestos mensajes, según la ley del Pueblo Elegido, no serían más que un miserable embuste.

Pero Salomón sabía que, pese a la severa prohibición del Deuteronomio, que vedaba el comercio con los muertos, Saúl, antecesor de David, su padre, había ido a consultar a una pitonisa en Endor, antes de la batalla de Gelboé, de la cual había recibido preciosas verdades por parte del Espíritu de Samuel. Por tanto, en recto juicio, a nadie podía condenar.

Corría el tiempo sobre la cuestión, cuando el pueblo, sabiendo que la Justicia abriría los tribunales para oír a los muertos antes de sus decisiones, empezó a pedir audiencias al rey, suplicándole su intervención en casos privados. La viuda de Caleb, hijo de Jefté, rogaba que el esposo fallecido viniese a rehacer el testamento, excluyendo a los sobrinos de la vieja propiedad. Eliezer, hijo de Josué, el cojo, quería que el Espíritu de su padre repartiese de nuevo los camellos de que su hermano Natanael se había apropiado indebidamente. Jeroboán, viejo patriarca de la tribu de Isacar, pidió que el gran juez oyese a su mujer, ya fallecida, en relación a los legados que pretendía dejar a sus ocho hijos. Efraín, hijo de Matatías, el mercader de jumentos, deseaba que el alma de su abuelo regresase del Más Allá para aclarar la situación de su progenitor desheredado por la codicia de los familiares. E incluso Zarifa, mujer de Jeremías, hijo de Heber, vino a suplicar una información del otro mundo sobre quién podría ser el padre de Ruth, la pequeñuela abandonada a su puerta.

Salomón, incesantemente y durante más de treinta días, concedió audiencias y recibió los más extraños ruegos, acabando por comprender que la Justicia Humana estaba organizada para los seres humanos vivientes y que, en modo alguno debía invadir los extensos y misteriosos dominios de la Muerte, so pena de complicar todas las cuestiones de la vida incrementando angustias y tormentos en la Humanidad.

Por ello, con gran sorpresa de sus inquietos súbditos, devolvió los papiros a los descendientes de Natán, aclarando que la justicia era un templo sagrado y no podía constituirse en órgano de consultas sin interés fundamental para la vida de los hombres.

Calló el anciano, pero nosotros, que habíamos escuchado su historia, atentos a su palabra llena de luz, indagamos involuntariamente:

—Al fin, ¿qué dijo el rey a los sabios de su reino? En el fondo ¿cuál era realmente su opinión?

El ancianito sonrió con inteligencia y acentuó:

—Salomón aclaró a los áulicos y aduladores de su palacio que respetaba a Jehová y practicaba el culto a la recta conciencia; que su sabiduría no era bastante para descortinar el misterio del país de los muertos; que si algún Espíritu volviese desde la tumba a comunicarse con las personas terrestres, nadie debería preocuparse por su nombre, y sí por la sustancia de sus palabras, y si el comunicante enseñaba el bien, debía ser considerado emisario de los Cielos y escuchado con atención; y si transmitía el mal, debía ser interpretado como mensajero del Infierno y olvidado para siempre.

23 — ADVERTENCIA FRATERNA

¡Amigo mío! Me pides una noticia del país donde ahora vivo, no al modo de turista desocupado, sino como aprendiz atento de los misterios de la vida.

Es casi imposible satisfacerte la curiosidad.

Ante el cariño con que haces tú petición, recuerdo a los amigos que iban a Europa saboreando expectativas y novedades. Nos abrazábamos en la partida, cuando el muelle rebosaba de miradas ansiosas, y después recibíamos por el correo marítimo las tarjetas postales de nostalgias y afecto. Si pasaban por Italia, tenían el cuidado de seleccionar postales preciosas. Nos enviaban acuarelas del Vaticano o fotografías encantadoras donde figurasen las palomas de San Marcos. De Francia, nos mandaban bellos grabados alusivos a los monumentos históricos, relacionando museos y castillos, plazas y jardines. De Suiza, nos remitían invariablemente los deliciosos y blancos paisajes de la nieve. No podíamos gozar de su compañía en la contemplación de la Torre de Pisa o del Lago de cómo; no obstante, para comprenderlos teníamos igualmente nuestras torres, museos, pájaros y lagos. Al regreso, nos abrazábamos nuevamente, escuchando sus narraciones, encantados y felices. Volvían siempre tomados de profunda admiración y llenos de proyectos grandiosos. Algunos llegaban a intentar mentalmente la

transformación inmediata de la Candelaria en un templo análogo a la Abadía de Westminster, a fin de recordar su paso por Londres; otros idealizaban nuevas calles para su barrio, idénticas a las grandes arterias que se comunican con el Arco del Triunfo, en París. Pero poco a poco se olvidaban del primer asombro y se reajustaban al café humilde, al tranvía accesible y a los edificios menos suntuosos.

En cambio entre nosotros, amigo mío, la distancia y las condiciones no se igualan a las que separan Lisboa de Río de Janeiro. Es muy diferente la situación. Expresándome con franqueza, ni siquiera dispongo de recursos para decirte la lejanía en que me encuentro. Los astrónomos tendrán medios para alinear números, proporcionando informaciones de las medidas macrocósmicas, y los bacteriólogos disponen de aparatos con que demuestran las actividades del plano infinitesimal. Pero el hombre desencarnado aún no puede contar ante vosotros con la precisa facilidad de expresión.

Nos movemos en el sublime Universo que somos nosotros mismos, y las sorpresas son tantas y de tal tamaño que, en rigor, no tenemos por ahora el vocabulario imprescindible para moldear verbalmente las informaciones deseables. Tengo solamente ideas que envío a tu mente generosa por el telégrafo mediúmnic. Y debiendo, para hacerme comprender, aprovechar los pensamientos y concepciones que posees, es casi inútil que yo te describa mi nuevo campo residencial... Tu sentimiento amigo quizá comprendiese algunos conceptos nuevos, relativos a la vida eterna del espíritu inmortal, pero tu razonamiento me cerraría la puerta. La razón, de hecho, es una luz en la conciencia humana, pero a menudo se convierte en un Cerebro feroz, que ejerce terrible control sobre el corazón.

Pese a ello, sé que tu interés por mis noticias se prende, sobre todo, a tu propia situación. Reconoces que tu destino será igual al mío y que, quizá, no tarde el instante en que

deberás subirte a aquel mismo vehículo, incensado de flores, que transportó mis despojos para el pasaporte debido para la misteriosa y bella región que hoy me sirve de morada.

Por eso tomo la libertad de sugerirte que busques un derrotero para el viaje, antes de buscar cualquier emoción del noticiero.

Tu necesidad fundamental, por el momento, no es la de informarte en cuanto a las revelaciones de aquí, sino la de prepararte convenientemente para venir.

Reduce tus equipajes de naturaleza terrestre. Este es mi consejo inicial. Cuando abandoné la orilla desde la cual tú me escribes, tripulé yo solo el salvavidas que la Providencia me arrojó por misericordia, y me rodeé de algunos pequeños tesoros que deseaba conservar a cualquier precio. Sin esfuerzo me había separado de ciertos patrimonios materiales que mantenía como valiosos triunfos, pero algunas joyas y recuerdos quedarían, por fin, para enriquecimiento de mi corazón. Pese a todo, fui compelido a abandonarlas también, a fin de llegar aquí convaleciente y esperanzado. Incluso los más ligeros anillos que yo guardaba en mis dedos, fui obligado a arrojarlos a las aguas pesadas del olvido, para sobrevivir.

Dices que los espíritus desencarnados predicán demasiado la virtud y que se refieren, probablemente en exceso, a la caridad, a la fe y al amor cristiano, y por eso deseas noticias de aquí más precisas y concretas.

Sin embargo, ¿de qué sirve hablar de un país que vosotros no comprendéis por ahora y al cual todos los hombres irán destinados de manera fatal, sin prepararlos para el gran viaje? ¿No sería más lógico inducirlos a pensar en los cuidados del presente, para que el futuro les sea favorable? De ese modo, no puedo, respondiendo a tu pregunta, dejar

HERMANO X

de recordar las mismas imágenes de mis compañeros que ya se encuentran igualmente “en este lado”.

Haz el bien cuanto te sea posible; mantén la rectitud de la conciencia y ríndele culto diario.

Sobre todo, si deseas un aviso más exacto, desamarra el corazón, cortando las ligaduras que lo sujetan a la esfera de las pasiones inferiores, antes de que suene para ti el toque de partir.

No te descuides. Traza tu derrotero y síguelo. No pierdas tu tiempo rogando orientaciones en ese sentido, porque todos nosotros tenemos el patrón de Cristo. Atiende a la preparación indispensable, por cuanto, dentro de algunas semanas, posiblemente, estarás también entre nosotros, sin coraje para proporcionar noticias a nadie.

24 — EN EL ESTUDIO DE LA FE

De cuando en cuando surgen movimientos de opinión, reclamando demostraciones mediúmnicas en público, definitivas y sorprendentes.

Las almas de los muertos deberían comparecer, según la expectativa de mucha gente, ante asambleas compactas, ofreciendo pálpitos a ociosos o personificando los magos de todos los tiempos. Cuando no pudiesen hacer escamoteos o provocar carcajadas entre la asistencia, estarían obligadas a representar nuevos dramas en el reencuentro con los familiares en situaciones patéticas o dolorosas, arrancando lágrimas a los cocodrilos de la indiferencia.

Y, apresurados, son muchos los curiosos que exigen el espectáculo. Algunos, más habladores, recuerdan a Tomás, el discípulo investigador, y explanan la necesidad de negar sistemáticamente; sin embargo, para el gran número de los que se juzgan con derecho a aparecer como apóstoles inquiridores, no hay un solo desencarnado, consciente de las propias obligaciones, con bastante audacia para intentar la personificación de Jesucristo, en copia grotesca e injustificable.

Los pobres amigos de la inquietud destructiva se dicen buscadores de la fe. La exigen exasperados. Desean creer en

la victoria de la vida sobre la muerte, quieren asegurarse de la supervivencia, pero no encuentran las pruebas que solicitan. En el gran afán de las reclamaciones fuera de lugar, acusan a personas honradas y respetables. Los médiums, en el concepto suyo, no son más que embusteros y los cooperadores de la causa de las verdades espiritualistas son simplemente papanatas que han tragado el “timo”. Acostumbrados al culto externo de las religiones amigas de la letra, que no les piden sino algunas limosnas los sábados y algunas oraciones labiales los domingos, consideran que bastaría un gran espectáculo con Espíritus materializados, a fin de sentirse señores absolutos de la Revelación Divina. Y por eso, cuando encuentran pretexto para alguna experiencia aislada, en que la oportunidad de la adquisición de fe les baña el corazón como fuente cristalina, se agarran a la superficie de los acontecimientos y de las cosas apasionadamente. Se rodean de balanzas y termómetros, de trenas y aparatos eléctricos, observando al médium, como si fuese un pequeño dios, de cuya boca, convertida en cornucopia de las maravillas, aguardan supremas revelaciones de la verdad. Pero los médiums, no obstante la delicadeza y complejidad de la tarea que han recibido, son instrumentos humanos y relativos de una verdad igualmente relativa, porque la muerte del cuerpo no es la postrera conquista de la sabiduría.

Desengañados en su expectativa injusta, los pioneros de la investigación se retiran desalentados y confundidos por sí mismos. Para ellos, en esas circunstancias, los sensitivos no satisfacen y los hombres de fe son personas fanatizadas e imbéciles.

Pese a todo, esas viejas directrices de los estudiantes inquietos no son más que una observación incompleta, originaria de antiguas y ridículas cristalizaciones de la insensatez.

¿Cómo resolver problemas espirituales sin disposiciones espirituales? ¿Cómo exigir a los demás la solución de enigmas que nos atañen a nosotros? ¿Podría un médium erigir en el corazón ajeno el edificio de la fe viva, si él mismo es un trabajador que necesita atender a las cuestiones que le son propias? Experiencias mediúmnicas, factores recibidos de la esfera superior, solo pueden proporcionar convicciones a los aprendices, en este o aquel campo de las actividades prácticas.

La fe, la paz, el ideal, la confianza, la liberación, la sabiduría, constituyen obras individuales de cada cual. Nadie poseerá la felicidad si no la edifica dentro de sí mismo.

Naturalmente que en nuestras palabras humildes y sin pretensiones no va ninguna crítica destructiva a la metapsíquica moderna.

En los mercados siempre habrá, en obediencia a imperativos naturales que gobiernan la existencia humana, quien pese, examine y seleccione los productos alimenticios, teniendo en cuenta la higiene y la salud pública; pero hemos de convenir en que si los contables y los inspectores no se aprovechan, para su propia alimentación, de los artículos que observan, probablemente se morirán de hambre.

Así también ocurre en los asuntos de la creencia. En su campo de acción es indispensable establecer el servicio de análisis y ponderación, porque es de ley que la cizaña se desarrolle al lado del trigo hasta que venga la siega. Sin embargo, consultar la fenomenología, examinar la superficie de los hechos, verificar la existencia de lo inhabitual, conocer la grandeza de la enseñanza y menospreciarla con la indiferencia, no constituyen la solución legítima para el problema del alma.

En el estudio de la fe, por tanto, no bastará organizar demostraciones públicas de mediumnidad, ni abrir espectá-

culos a la curiosidad indiscreta de los negadores sistemáticos.

Quienes se propongan la realización interior para el bien, deben, ante todo, mejorarse.

Búsquense con alma y corazón las verdades de Dios y las verdades de Dios responderán.

Los romanos que conquistaron la Bretaña, al bajar de las galeras, las quemaron en la playa, significando el coraje con que solos se enfrentarían a los peligros de la tierra desconocida.

Quienes no destruyan las naos del prejuicio, de la opinión pretendidamente infalible y de la crítica precipitada, frente al nuevo continente de sabiduría que el Espiritismo descortina ante el hombre, a fin de luchar con sus propios recursos por la adquisición de los valores eternos, sin comunicación con el plano inferior del cual proceden, difícilmente podrá alcanzar la sublime victoria de la conquista de sí mismos.

25 — LA PALABRA DEL MUERTO

Cuando Saúl notó el peso de las tremendas responsabilidades en el campo de la autoridad y del poder, se acordó inmediatamente de Samuel, el gran juez que le había precedido en la dirección de los israelitas. Aunque el noble varón había sido arrebatado al mundo de la muerte, el rey sabía que los muertos pueden volver, haciéndose oír. Interrogando a los áulicos de su séquito, supo que en Endor había una pitonisa que quizá pudiese satisfacer sus propósitos.

No vaciló y se dirigió a ella. Y cuando la intermediaria cayó en trance, tras amonestarlo en cuanto al anonimato a que se había recogido, he aquí que Samuel surge ante sus ojos asombrados.

No es un fantasma quien lo visita, trayendo vestigios de la sepultura. Es el verdadero Samuel, materializado a plena luz, quien le extiende las manos acogedoras. No exhibe las insignias de juez, y su mirada, otrora severa y autoritaria, se mantiene impregnada de humildad infinita.

Amplia capa resguarda su cuerpo, y mientras recompone su figura a fin de charlar tranquilamente, Saúl cae arrodillado, en llanto convulsivo.

—Oh, santo Juez de Israel — pregunta el rey, emocionado y confundido — ¿dónde están tus insignias de Enviado

de Jehová? ¿Por qué vuelves del sepulcro, pobre y simple, como cualquier mortal?

Samuel lo contempló tristemente, y contestó:

— ¡Saúl, que el Eterno te bendiga y te conceda paz! No me preguntes por las posesiones y los honores efímeros. Mi toga de lino de juzgador y mi espada de guerrero han quedado para siempre en el sepulcro de Ramá. El hombre que ejerce la Justicia no debe aguardar, ante el Supremo, prerrogativas diferentes que los que felicitan a los ministros del Señor, en cualquier trabajo provechoso... Pero ¡escucha! ¿Qué te induce a traerme del sepulcro? ¿Por cuáles razones interrumpes mi trabajo en el reino de los muertos?

Saúl enjugó las lágrimas abundantes y dijo:

—Oh, Gran Juez, ¡aconséjame! ¡Estamos en vísperas de grandes batallas y tengo el corazón lleno de malos presagios!... Me siento inquieto, dubitativo... ¡Dime qué piensas, concédeme tus directrices sabias y justas!

El Espíritu de Samuel lo contempló, melancólicamente, y volvió a preguntar:

— ¿Qué deseas que te diga?

— ¡La verdad! — dijo el rey jadeante.

La entidad sonrió y observó:

—Entre los hombres que viven en la carne y los que han revivido, fuera de ella, al sublime influjo de la muerte, la verdad es siempre terrible. ¿Podrás, acaso, soportarla?

Respondió Saúl afirmativamente.

El Espíritu materializado se adelantó hacia él, acarició su cabeza y dijo, conmovido:

—Vuelve entonces al pueblo de Israel, desarma nuestro ejército y di a la nación que nuestro orgullo racial es un error nefasto y profundo, frente a la muerte, inevitable para

todos. Notifica a las doce tribus que nuestras guerras y atritos con los vecinos son malditas ilusiones que agravan nuestras responsabilidades, ante el Dios Altísimo. Hazles saber que la muerte me ha enseñado, a mí, último juez de los israelitas, las más extrañas revelaciones. El Señor Supremo no está en nuestra área de sustancia perecedera del mundo, que no es más que mero símbolo, aunque respetable... ¿Dónde habremos ido a buscar tanta osadía como para considerarnos privilegiados del Eterno? ¿Qué espíritus satánicos penetraron en nuestros hogares, para que odiemos el trabajo pacífico, entregándonos al monstruo de la guerra, que extiende el hambre, la peste y la desolación?

Es verdad que nuestros antepasados han sufrido mucho en las persecuciones de Babilonia y en el cautiverio de Egipto, pero también es innegable que nunca hemos sabido valorar los favores y las gracias de Jehová, el Padre Magnífico. Reajustando ahora mis conocimientos por las imposiciones del sepulcro, yo mismo, que cultivaba la Justicia y suponía servir al Señor, comprendo cuánto me he alejado de las voces espirituales que nos inducen al escrupuloso cumplimiento de la Ley. Hoy me veo forzado a socorrer a nuestros armadores y flecheros, guerrilleros y pajes de armas, que lloran y sufren junto a mí y a quienes he ayudado en la matanza. Regresa pues, Saúl, mientras es tiempo, y enseña a los nuestros la realidad dura y angustiada. Explícales que los filisteos también son hijos del Altísimo y que, en vez de odiarnos, es imprescindible que nos amemos los unos a los otros, ayudándonos recíprocamente como hermanos. Los hogares de Jerusalén no son mejores que los de Ascalán. ¡Ve y enseña a nuestro pueblo una vida nueva! ¡Haz que los instrumentos destructores y de exterminio se empleen en el trabajo pacífico y bendito en el suelo de la Tierra!

Saúl sollozaba, de rodillas. ¿Cómo aceptar aquellos consejos inesperados y humillantes? No se sentía con la fuerza necesaria para retroceder. Buscaba orientación para la victoria en la batalla, ¿y el juez inolvidable de Israel re-

gresaba del misterioso reino de la muerte para inducirlo a la sumisión? El Espíritu de Samuel comprendió su lucha interior y dijo, cariñoso:

—Acuérdate del tiempo en que, humildemente, reunías jumentas en el campo, en la pobre condición de descendiente de la tribu de Benjamín, y no te extrañen mis palabras.

Recuerda que cuando el Señor desea conocer las conquistas de un alma, le da la autoridad y la fortuna, el gobierno y el trono para la terrible experiencia. Atiende a Dios y domínate. Ejecuta la Voluntad del Señor y olvídate, para que puedas de hecho triunfar, por su Divina Misericordia.

Se hizo entonces pesado silencio. Como Saúl llorase, el mensajero, deseando terminar la entrevista, preguntó:

— ¿Desistirás de la carnicería? ¿Te reconciliarás con tus enemigos? ¿Enseñarás al pueblo la humildad, el servicio y la concordia?

El rey de Israel hizo un esfuerzo supremo y contestó:

— ¡Es imposible! ¡No puedo!

El Espíritu lo contempló con profunda tristeza y añadió:

— ¿Cómo pides, entonces, consejos a la luz de la sabiduría, si prefieres la prisión en las tinieblas de la ignorancia? El Señor te envía por mi boca las verdades de hoy, pero si persistes en desatenderlo, rasgará el reino que guardas en las manos y entregará a otro la autoridad. Y si no das oídos a la Divina Palabra, y ejecutas los siniestros propósitos de tu ira, sufrirá Israel contigo las consecuencias de tu rebeldía, caerás ante los golpes del adversario; y mañana mismo serás recogido por la muerte, juntamente con tus hijos, ¡y vendrás a aprender con nosotros que nadie confundirá al Eterno Poder!

Volvió Samuel a su condición en el plano invisible y Saúl cayó desmayado de espanto, mientras la pitonisa despertaba para socorrerlo.

Y tal como le ocurre a mucha gente que ruega la orientación de los Espíritus desencarnados, Saúl despreció las advertencias que había oído y atendió a los caprichos condenables de su corazón; pero al siguiente día también, estaba con sus hijos en el camino sombrío del sepulcro, a fin de aprender con la muerte las sagradas lecciones de la vida.

26 — EN LA EDIFICACIÓN

Los ociosos de todos los tiempos siempre han encontrado infinitos recursos para escapar al círculo de las obligaciones que les incumben. Por lo regular están quejosos y desalentados. Para ellos, los mejores cargos están ya cubiertos en el templo de servicio en que trabajan; las mayores realizaciones ya se han llevado a cabo; las estaciones del año traen variaciones decisivas que los impelen a la permanencia en el hogar; las relaciones sociales son grilletes que los encadenan a las largas conversaciones, los menores síntomas de enfermedad constituyen pretexto para dilatadas teorías sobre diagnósticos diversos. Están rodeados de obstáculos y no hacen absolutamente nada. Gastan fortunas para que nadie les moleste y si alguien les pide cuentas de esta o de aquella edificación, explican que no han tenido suerte, esa suerte por ellos convertida en un genio ciego que distribuye los favores divinos, a diestra y siniestra.

Así ocurre igualmente en el campo de las realizaciones de orden espiritual. Es incontable el número de las personas que se acercan a las fuentes espíritas, afirmándose deseosas de iluminación. Quieren las bendiciones de la esfera superior, desean adquisiciones mediúmnicas, pretenden participar en los servicios de auxilio. No obstante, en todos los cometidos del progreso legítimo, el problema de la cons-

trucción no se reduce a la palabra. Es necesario disponer de material efectivo para la concretización de los propósitos elevados. La casa requiere piedra y cal. La vía férrea pide raíles adecuados. La factoría exige la correspondiente maquinaria. Si en la vida física, hay necesidad de un aprovechamiento de recursos vivos y sustanciales, ¿cómo dispensar la buena voluntad y los valores del hombre en las edificaciones del espíritu?

Innumerables corazones se dirigen a nosotros suplicando auxilio, pero ¿cómo proporcionarles el socorro fraterno? Esperan a que las almas desencarnadas tomen la iniciativa, y se sustraen a toda clase de responsabilidades y preocupaciones.

Sin embargo ¿qué movimiento doctrinario sería ese en el cual los amigos experimentados, so pretexto de protección y socorro, instituyesen el régimen de la irresponsabilidad y de la pereza sistemática?

¿Estarían los muertos tan desocupados, sin recibir de la vida más obligación que esa de convertir la gran universalidad de la existencia humana en simple parvulario?

Bondadosos amigos nuestros acuden a las reuniones del Espiritismo y aguardan fenómenos apabullantes. Intentan consolidar la fe y se dicen necesitados de paz interior; y esperan las manifestaciones maravillosas de los desencarnados como si todas sus edificaciones interiores dependiesen de eso. A veces reciben lo que piden, pero permanecen en la postura del espectador que se asombró en el circo, observando las acrobacias del atleta que danzaba en una cuerda floja, a quince metros de altura, o contemplando, boquiabierto, el mago que traga fuego.

Terminado el espectáculo, vuelve a su casa, a fin de atender a las obligaciones pertinentes de la familia y a la rutina de la lucha redentora. Lo mismo ocurre en las observaciones espirituales. Terminada la inyección de emotivi-

dad, el estudiante, el creyente y el investigador regresan al campo habitual, donde los deberes de cada día aguardan su testimonio de amor y comprensión.

De ahí esa necesidad de renovación del pensamiento que pregonan los desencarnados esclarecidos.

Muchos compañeros se acercan a nuestro plano y piden cualidades de cooperación, olvidando sin embargo que ellos mismos las tienen. Únicamente necesitan desarrollarlas, con educación y provecho. Pero ese desarrollo no puede ser una realización desde el exterior hacia el interior. No son los Espíritus los que desarrollan a los médiums, sino éstos los que afinan sus facultades receptivas, ampliando sus posibilidades de colaboración y revalorizándolas por el estudio constante y por su aplicación a las obras de la verdad y del bien.

¿Qué decir de una persona que aspira al título de médico, detestando a los enfermos? ¿Cómo apreciar al orador pedante que desea cooperar en los servicios de la sabiduría, manteniéndose en los círculos oscuros de la ignorancia? Otros se proponen recibir la luz brillante de las cumbres, aunque recelan del camino. Temen las piedras, las zarzas y las serpientes probables, quizá ocultas en las varias regiones que separan el valle de la montaña. Obligarlos a ayudar al enfermo, a deletrear el alfabeto y a huir de las tentaciones, no es compatible con la ley de vida y libertad que nos gobierna.

El propio Jesús, según la venerable lección del Evangelista, permanece a la puerta y llama. Si alguien le abre, Él entrará con las bendiciones divinas. Él, el Maestro, trae la sabiduría, el amor, la luz y la revelación, pero no tiene la llave, que pertenece al aprendiz, hijo de Dios y heredero de la vida eterna, como Él mismo. Podría, efectivamente, violentar la habitación y destruir el impedimento. Fue el Cristo, Señor y Organizador del Planeta, quien proporcionó al usufructuario del mundo la materia prima para la edificación

temporal en que se mantiene, pero, Administrador Conciencioso y Justo, sabe que por encima de todo permanece la autoridad del Padre, y espera, en los casos de rebeldía y endurecimiento, que el Dador Universal se manifieste.

Y a veces la orden suprema es de bombardeo demoleedor. Entonces no hay necesidad de llave para la apertura. Los impactos directos del sufrimiento modifican la habitación, únicamente con la desagradable circunstancia de que el dueño queda por mucho tiempo prisionero de la perturbación y del dolor, antes de retomar la oportunidad de nueva construcción.

27 — IDENTIFICACIÓN DEL ESPÍRITU

—Corría el año de 1581, cuando un caso extraño ocurrió en Sevilla — nos contó el Espíritu del Padre Diego Ortigosa, en agradable tertulia fraternal.

—Había desencarnado un médico obsequioso y amigo de los pobres, D. Juárez Costanera y Salcedo — continuó con su gracia de narrador inteligente — cuando, algunos meses más tarde, apareció una joven que se decía asistida por el alma del galeno, indicando medicación a la pobreza desamparada. Su casa humilde y tosca se llenó de hambrientos de salud, y el médico desencarnado los atendía de buena gana, orientando el tratamiento de aquellas criaturas enfermas y desdichadas. La doncella, convertida en intermediaria, ya no volvió a encontrar tiempo para cuidar de sí misma. Las horas disponibles eran escasas para atender a las personas enfermas y abatidas de su ciudad y alrededores. Poco a poco, el fenómeno se hacía conocido a distancia y gran número de peregrinos llamaban a su puerta. Venían de lejos y querían recobrar la salud, la paz, la esperanza.

Corría el interesante trabajo regularmente, pero los familiares de Costanera y Salcedo no vieron con buenos ojos

el movimiento popular en torno a la memoria de su patriarca desencarnado.

La joven Cecilia Antequera, que servía de médium entre el muerto voluntarioso y las criaturas angustiadas, llevaba una vida sencilla, atendiendo a las necesidades de los demás y a sus propios deberes en familia, pero fue denunciada a la Inquisición como hechicera.

Su encarcelamiento no se hizo esperar. La acusada invocó los principios de la caridad a que servía, recurrió al nombre de Dios, dedicados amigos intercedieron por ella junto a los verdugos, pero la pobrecita fue retenida, incomunicada, sometida a interminables interrogatorios. A la par de los beneficiarios, que pedían su absolución, surgieron señoras fanatizadas y caballeros inconscientes, que afirmaban haberla visto entregándose a nocturnos sortilegios en la vía pública, o explotando la buena fe ajena como ladrona vulgar, y terminando las acusaciones gratuitas con la petición de condena formal e inmediata. Algunos llegaban a rogar que le fuese dada la bendición de la hoguera o la gracia de ser descuartizada viva en un auto de fe, en nombre de la caridad de la Iglesia.

Y de nada valieron los buenos oficios de los protectores prestigiosos.

El padre Gaspar Alfonso Costanera y Salcedo, primo del muerto, tenía interés en la persecución y, por eso, hizo lo imposible por retener a la joven en la celda inmunda. Prometía una verificación personal. Quería asegurarse. Muchos santos de la Iglesia habían visto y oído a las almas de los muertos. Y añadía, pedante, que estos hechos eran conocidos desde los patriarcas hebreos, no obstante la prohibición de Moisés, que se había manifestado contrario al intercambio con los muertos. No obstante, a su modo de ver, aquella mujer debía ser una bruja mentirosa y repugnante. Su primo Juárez estaba en el Cielo, gozando la compañía de los ángeles y no volvería a confabular con mortales desprecia-

bles. Para ello había recibido misas en cantidad y solemnes exequias. ¿Qué motivo, se preguntaba, llevaría a un médico a enamorarse de los enfermos más allá del sepulcro? Los Santos y Santas habían visto almas glorificadas en beatitud celeste, pero aquella endemoniada tenía el tupé de afirmar que su ilustre pariente continuaba interesándose por la medicina después de la muerte.

¿No sería locura? Preguntaban los amigos de la acusada. Y, si fuese, ¿no sería justo exculpar a la demente?

El Padre locuaz, no obstante, contestaba irritado e insistía en la prueba final.

En efecto, tras largos días de expectativa, Cecilia Antequera, abatida y enferma, mostrando en sus muñecas y brazos los signos de terribles flagelaciones, fue conducida a una sala amplísima, donde se reunían algunos jueces eclesiásticos bajo la presidencia del Inquisidor Mayor.

La pobre médium, bajo miradas sarcásticas, rogó en silencio a Dios la visita del médico desencarnado. ¿No sería razonable que el Espíritu diese prueba de su supervivencia? ¿Habría de quedar ella desamparada frente a los verdugos?

He aquí que D. Juárez, el muerto, se aproxima.

La médium se transfigura. Observando su palidez y sus alteraciones fisionómicas, el padre Gaspar atiende a una señal del Inquisidor Mayor y pregunta, conteniendo la emoción:

— ¿Estamos en presencia del demonio?

La entidad sonrió, sirviéndose de los labios de Cecilia, y contestó:

— Estáis en presencia del Espíritu.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó el clérigo.

— No tengo nombre — replicó el desencarnado — el Espíritu es universal.

Y continuó el diálogo:

— ¿Confiesas que ya has muerto?

— Sí, ya he perdido mi cuerpo físico.

— ¿Tienes una patria?

— La tengo.

— ¿Cuál?

— El mundo entero.

— ¿Has dejado alguna familia en la Tierra?

— La he dejado.

— ¿Cómo se llama esa familia?

Antes de su respuesta, los inquisidores denotaban gran aflicción, pero D. Juárez respondió sin vacilar:

— Se llama Humanidad.

— ¿Vienes del infierno o del purgatorio?

— No os importa.

— ¿Tienes alguna recomendación que hacer a las personas del mundo carnal?

— No debo acordarme de lo que me toca olvidar para el bien común.

— ¿Reconoces la autoridad de la Iglesia?

— Reconozco la eterna autoridad de Jesucristo.

— ¡Oh! ¡Oh!... — exclamaron los circunstantes.

— Finalmente, ¿cuál es tu profesión de fe, tu propósito?
— preguntó el padre Gaspar, exasperado.

D. Juárez, el muerto, contestó sin titubear:

— Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a mí mismo, cultivar la verdad, hacer el bien y colaborar en la fraternidad universal.

En ese instante, se levantaron todos, con gran indignación. El Inquisidor mayor recomendó se recluyese a la endemoniada, hasta ulterior deliberación, explicando a los sevillanos que nada había quedado aclarado y que el asunto no era más que una farsa condenable y odiosa.

El narrador hizo una pausa más larga, pero uno de los amigos presentes, interpretando nuestro interés, preguntó:

—Y la médium, ¿qué ocurrió con ella?

— ¿Aún lo preguntáis? — Dijo el padre Ortigosa, en tono significativo — Como la Inquisición no podía castigar al Espíritu, quemó a la intermediaria, en solemnísimos auto de fe.

Seguidamente sonrió con bondad y concluyó:

—Cecilia de Antequera, sin embargo, después de entregar el cuerpo a las cenizas, se unió al Espíritu de D. Juárez en servicio mucho más elevado y proficuo a las criaturas humanas, encontrando en el sacrificio su mejor realización, y además se convirtió en dedicada amiga de todos sus acusadores y verdugos, a los cuales siempre recibía, caritativamente, en los primeros peldaños del pasadizo sombrío del sepulcro.

28 — DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN

Nos ha contado un amigo que, después de la resurrección de Cristo, hubo un gran movimiento popular en Jerusalén.

El suceso corría de boca en boca. Sacerdotes y patriarcas, negociantes y pastores, zapateros y tejedores discutían el acontecimiento.

En algunas sinagogas se hicieron oír inflamados oradores, denunciando la “invasión de Galilea”.

—Imaginad — exclamaba uno de ellos desde la tribuna, ante las tablas de la ley — imaginad que la mujer más importante del grupo, la que se encargó del llamado mensaje de resurrección, es una criatura que ha estado poseída por siete demonios. En Magdala todos la conocen. Su nombre anda arrastrado por el suelo. ¿Cómo aceptar un acontecimiento espiritual por medio de una persona de ese jaez? Los galileos son bellacos e impostores. Naturalmente, cansados de la pesca, que les rinde pocos recursos, se lanzan en Jerusalén a una aventura de imprevisibles consecuencias. Es indispensable reajustar impresiones. Moisés, el más grande

de todos los profetas, el salvador de nuestro pueblo, murió en el monte Nebo, contemplando la Tierra Prometida sin poder entrar en ella... ¿Por qué un hijo de carpintero, que no fue un doctor de la ley, alcanzaría semejante glorificación? ¿Acaso no fue castigado en la cruz como un vulgar malhechor? Si los grandes profetas de la raza, sepultados en túmulos honrosos, no se hacen ver en los cielos ¿cómo esperar la divina demostración de un hombre común, crucificado entre ladrones en calidad de embustero y mistificador? La argumentación era siempre ardiente y apasionada.

En la sinagoga donde se congregaban los judíos de Batanea, otro orador tomaba la palabra y criticaba, acerbamente:

—¿A dónde llegaremos con la ilusión del regreso de los muertos? Estamos seguramente informados de que el caso del carpintero nazareno no es más que un embuste de mal gusto.

Soldados y gente del pueblo vieron a los pescadores galileos robar del sepulcro el cuerpo, pasada la medianoche.

A continuación, como es de suponer, mandaron a cierta descalificada mujer que empezase la farsa en el jardín.

Y, cerrando los puños, bramaba:

—¡Pero los criminales pagarán! ¡Serán perseguidos y exterminados! ¡Sufrirán el suplicio de los traidores en el atrio del Templo! Solo lamentamos que José de Arimatea, ilustre hombre del Sinedrio, esté implicado en ese despreciable asunto. Desgraciadamente, el sepulcro execrable está en terreno de su pertenencia.

Si no fuese por eso, iniciaríamos hoy mismo la lapidación de todos los culpables. ¡Lucharemos contra la mentira, castigaremos a cuantos insultan nuestras tradiciones venerables, honraremos la ley de Israel!

Y las opiniones surgían por todas partes, como fuegos encendidos.

Los discípulos, para recibir las visitas espirituales del Maestro y anotar sus sugerencias, se reunían secretamente, a puerta cerrada. A veces escuchaban las chuscadas y las burlas que venían de fuera; otras, notaban las pedradas sobre el tejado, circunstancias que les obligaban a continuos traslados. No fijaban el punto de reunión. A veces se encontraban en casa de parientes de Felipe, otras se agrupaban en la choza de una vieja tía de Zebedeo, el padre de Juan y de Santiago. En un medio tan lleno de intrigas y vanidades, era necesario ocultar la alegría de que se sentían poseídos, cultivando la verdad al calor de la esperanza en tiempos mejores.

Simón Pedro y los demás volvieron a Galilea, para “vender el campo y seguir al Maestro”, como decían en la intimidad. Estaban tomados de santo fervor. La resurrección había llenado su alma de energías sublimes hasta entonces desconocidas. ¿Qué no harían por el Maestro resucitado? Irían al fin del mundo a enseñar la Buena Nueva, vencerían tinieblas y espinas, le pertenecerían a Él para siempre. Reorganizaron, pues, las actividades materiales y regresaron a Jerusalén, a fin de dar comienzo a la nueva misión.

Instalados en la ciudad gracias a la generosa acogida de algunos amigos que ofrecieron a Simón Pedro el edificio destinado al inicio de la obra, se consolidó el movimiento de evangelización.

Los aprendices, después de Pentecostés, habían cobrado nuevos ánimos. Sus reuniones íntimas continuaban regularmente y las asambleas de carácter público se llevaban a cabo sin impedimento.

Colas interminables de pobres e infelices, procedentes de los “valles de los inmundos”, llamaban a sus puertas, recibiendo cariñosa atención; y ese espíritu de servicio a los

hijos del desamparo les conquistó, poco a poco, valiosos títulos de respetabilidad, reduciéndose en cierto modo el número de los escarnecedores, compelidos entonces a estar en silencio, al menos hasta que las autoridades favoreciesen nuevas persecuciones.

Pese a ello, continuaba el problema de la resurrección. ¿Habría vuelto el Cristo? ¿No habría vuelto?

Continuaban los debates de la opinión pública cuando algunas personas respetables pidieron al Sinedrio designar una comisión de tres hombres versados en la ley, para solucionar la cuestión junto a los discípulos. Efectuarían un interrogatorio y exigirían pruebas cabales.

Aplazada la ocasión, hubo un revuelo general. Se agravaron las divergencias y se dieron los más extraños pareceres. Por eso, en dado momento, gran masa popular se reunía ante la modesta casa donde los apóstoles galileos atendían a los sufrientes y enseñaban la nueva doctrina.

Los tres notables varones, todos afiliados al fariseísmo intransigente, entraron en la humilde vivienda con extrema petulancia.

Y Simón Pedro, humilde, sencillo y digno, salió a recibirlos.

Efectuado el preámbulo de las presentaciones, empezó la indagatoria verbal, observada por dos escribas del Templo.

Jacob, hijo de Beersheva, el jefe del trío, empezó a interrogar:

—¿Es verdad que Jesús, el Nazareno, ha resucitado?

—Es verdad — confirmó Pedro, en voz firme.

—¿Quién lo ha testimoniado?

—Nosotros, que lo vimos varias veces, después de la muerte.

—¿Lo podéis probar?—

—Sí, con nuestra dignidad personal, en la afirmación de lo que hemos presenciado.

—Eso no basta — dijo rudamente Jacob con gran irritación. — Exigimos que el resucitado se nos aparezca.

Pedro sonrió y replicó:

—El inferior no puede ordenar al superior. Somos simples subordinados del Maestro, al servicio de su infinita bondad.

—Pero ¿no podéis probar el fenómeno de la resurrección?

—La fe, la confianza, la certidumbre, son atributos intransferibles del alma — contestó el apóstol con humildad. — Somos trabajadores terrestres y estamos lejos de alcanzar el trato con los ángeles.

Los tres fariseos se miraron entre sí con expresión de ira, y Jacob exclamó, atronador:

—¿Qué recurso nos sugieres, entonces, miserable pecador? ¿Cómo solucionar el problema que habéis traído al espíritu del pueblo?

Simón Pedro, dando muestras de gran tolerancia evangélica, mantuvo su imperturbable serenidad y respondió:

—No conozco más que un recurso: mueran ustedes como ha muerto el Maestro y vayan a buscarlo en el otro mundo a fin de escuchar sus explicaciones. No sé si tienen dignidad espiritual suficiente para merecer el encuentro divino, pero sin duda es el único medio que puedo sugerir.

Los notables del Sinedrio se callaron con enorme estupefacción.

HERMANO X

En el silencio de la sala empezaron a resonar los gemidos de los tuberculosos y dementes que esperaban allí. Alguien llamaba a Pedro con angustia.

El amoroso pescador contempló sin miedo a sus interlocutores y rogó:

—Con permiso. Tengo más que hacer.

Volvió la comisión sin resultado alguno, y la discusión sigue desde hace casi veinte siglos...

29 — ESPÍRITU DESENCARNADO

El Espíritu de García Maciel se aproximaba al “otro mundo”, tomado de infinito temor.

Al fin y al cabo, no era la muerte otro monstruo legendario que desafiaba la pobreza humana.

Se había hecho Hércules mentalmente, para sentirse desagraviado ante la serpiente desconocida, pero ahora deseaba hacerse gusano. A lo lejos le acechaba otro paisaje. Ante sus ojos extasiados se desdoblaban maravillas de naturaleza divina, que jamás había podido concebir en la jaula de huesos. Y se daba cuenta ciertamente de que su antigua organización fisiológica no era más que una jaula, si bien de esencia divina, porque, observando la amplitud de los nuevos cielos y la belleza de los nuevos caminos, llegaba a la conclusión de haber atravesado la existencia humana en la condición de fiera. Recordaba los tiempos de rebelión interior, los desequilibrios emocionales de que era víctima constante, y sentía vergüenza. En el fondo, creía no haber vivido a la luz de los valores espirituales y sí a modo de un león, provisionalmente guindado a la forma humana. Los gritos de vanidad herida, los ataques de orgullo humillado con que tantas veces había escandalizado a amigos y enemigos, ¿no eran atributos del gran animal del desierto?

Por eso fue que García Maciel, hombre sufriente que había desempeñado atribuciones de escriba moderno entre las criaturas, lloró copiosamente, avergonzado y abatido.

Había emborronado muchas páginas y gastado inmensa cantidad de fosfato y papel, informando al público. Con todo, ¿cómo no se había acordado de escribir ensalzando la vida victoriosa? Había preferido la consulta incesante a los archivos y el descenso al pasado remoto. Se había entusiasmado con los cuentos de dioses y ninfas, se había perdido en las divagaciones de los filósofos y había sumergido su mente en los documentos antiguos, como rata de libros viejos, para a continuación poner en fila las referencias preciosas, pero... ¿y la realidad eterna? A decir verdad, no le había merecido mayor atención. Había fijado el instante, pincelado el cuadro del momento, se había absorbido en el inmediatez, pero había olvidado el espíritu inmortal y la grandeza del Universo Divino. Había admitido, en sus tiempos de pan difícil, que descifrar los misterios del alma era función del sacerdote, pero la revelación lo enfrentaba allí, después del sepulcro, a él que no había sido ministro de ninguna organización y que se había afiliado siempre a la congregación de los desilusionados y escépticos.

Lo bañaban los rayos de la luz misericordiosa y sublime de las bendiciones de Dios.

Se demoró García algún tiempo en jornada activa, antes de alcanzar las primeras puertas.

A su lado, otros seguían, recelosos y angustiados. Nadie podría franquear la frontera sin limpiar los pies y mudar las sandalias.

Después del inesperado esfuerzo y de la larga expectativa, entró, humilde. A pesar de todo, la autoridad espiritual que presidía en el pórtico lo recibió con cariño y bondad. No lo trataba como si fuese un león, del cual él se sentía pariente cercano. Lo acogía como a un niño necesitado de socorro,

de esos que se pierden en la calle, no por falta de asistencia, sino por el congénito apego a vagabundear.

Saludos y agradecimientos.

—Ahora, amigo mío — dijo el amable portero — te encuentras en el umbral de maravilloso y divino santuario. Es preciso, no obstante, que esperes durante mucho tiempo para la entrada definitiva.

Si bien puedes entrar al atrio, descansar y rehacerte.

Semejante concesión significaba una bendición. Las perspectivas eran magníficas. Caminos brillantes se dibujaban a sus pies recordando el paraíso bíblico, iluminados por abanicos de luz y tapizados de flores resplandecientes. Para el recién llegado, el atrio, en sí mismo, ya significaba el cielo. A pesar de todo, García retrocedió. ¿Y los amados? Había dejado en el purgatorio terrestre los afectos más dulces. El encargado de la recepción comprendió su angustia y preguntó:

—¿Qué sientes?

—Mi bienhechor — dijo el novato, tembloroso — ¿y los bienes de mi alma, que han quedado en la Tierra?

—Que ciertamente sean tuyos, aquí solo constan los bienes que has traído. En cuanto a los que has dejado en la esfera carnal, constituían un préstamo a largo plazo.

Decepcionado, García tornó:

—¿Y la esposa, los hijos, los amigos?

—Todo el amor que has atesorado — aclaró el interlocutor — te servirá a ti mismo. ¡Bienaventurado aquel que ama sin aguardar retribución! Cuando el matrimonio es de almas, la unión continúa, independientemente de la distancia y del cuerpo físico; cuando los hijos comprenden a los padres y los aman, la muerte no extingue los lazos que los identifican, y cuando los amigos estiman las cualidades es-

pirituales, la separación temporal no anula la confianza fraternal. Sin embargo, si esos fundamentos no predominaban en tus vínculos, todos los títulos de la sangre y de la convención representan, de hecho, el pasado muerto, extinguiéndose con la postrera palada de tierra con que cubrieron tus despojos.

García experimentó el frío terrible de quien por primera vez se encuentra con la verdad.

—¡Oh! ¡Cómo deseaba olvidar todo! — exclamó.

—Pero todavía no mereces la bendición del olvido constructivo — adujo el portero, afablemente —, antes es necesario que vuelvas al mundo, a fin de borrar ciertos garabatos de tu estilográfica.

Prestaste a los hombres muchas informaciones fuera de lugar y se hace indispensable sustituirlas por esclarecimientos legítimos. De cuando en cuando volverás aquí para reponer fuerzas; si bien solo después de completar la obra entrarás en el templo sublime, donde los redimidos olvidan todo mal.

García agradeció y se recogió al reposo.

A la vuelta de cierto tiempo, se presentó en forma al orientador y solicitó el programa de servicio.

—Regresarás en espíritu al campo antiguo — explicó el bienhechor — y enseñarás el bien y la verdad, luchando contra el terror a la muerte y glorificando la alegría de la vida. Pero escucha: abstente de toda preocupación personal, incluso del nombre que te ha servido entre las criaturas.

Recuerda que el santuario te hará conocer más tarde el nombre que te reserva el Señor, en el libro de la vida eterna.

Pero García, que tanto se envanecía en otro tiempo ante las propias páginas... preguntó, desconcertado:

—¿Cómo me identificaré entre los hombres?

El portero hizo un gesto expresivo e informó:

—No te preocupes. Para ellos, por más que te esfuerces serás siempre “alma del otro mundo” o “Espíritu desencarnado”.

El antiguo escritor volvió a la Tierra, pero no se conformó. Quería hacerse visto, oído, conocido, identificado y usó su nombre, ampliamente, como el industrial que ama la marca de su fábrica.

Al poco tiempo, sin embargo, era tal la perturbación en torno a su memoria, que el pobre amigo quedó confundido y desanimado en profundo silencio.

El trabajo, no obstante, esperaba su buena voluntad y García regresó a la oficina bendita del esclarecimiento y de la fe, con el alma nuevamente vuelta hacia la Misericordia divina.

Sin embargo, al hacerse sentir entre los viejos compañeros de lucha, si alguien preguntaba su identidad respondía invariablemente:

—No, amigos, yo no soy García Maciel. Yo soy “alma del otro mundo”, “Espíritu desencarnado”...

30 — INTERCAMBIO

Cada criatura tiene compañías espirituales que influyen en su vida.

Afirmaban los antiguos: “dime con quién andas y te diré quién eres”. Actualmente, con los nuevos conocimientos que se brindan a los hombres, podríamos decir: “dime lo que haces y te diré con quién andas”.

Hay compañeros invisibles de todas las expresiones.

Presentemente, ante las realizaciones espíritas, únicamente los médiums confesos son considerados personas de trato habitual con la espiritualidad. Sin embargo, la verdad es que nadie escapa a la regla. En el hogar, en el trabajo, con las luces del día y en las sombras de la noche, actúan los muertos sobre los vivos, como los vivos actúan sobre los muertos.

No obstante, donde más patente se hace la técnica de la inspiración es precisamente en el círculo de los que escriben. Por eso mismo está más que falta de razón la crítica desfavorable de escritores y periodistas ante los fenómenos de las manifestaciones “post-mortem”. La extrañeza de los que se dedican a las bellas letras juzgándose señores absolutos del arte de la expresión, es síntoma de presunción o necedad. Desde Grecia tenemos en el mundo la historia de las

nueve hijas invisibles de Júpiter, que presidían las artes liberales orientando sus realizaciones. Y hombre alguno que se consagre al altar del pensamiento desconoce la imperiosa necesidad de absorber las inspiraciones que le rodean.

La profesión de las letras es la que ofrece mayores oportunidades de observación en tal sentido. La elaboración de las ideas para los milagros del verbo fecundo no dispensa las creaciones espontáneas, a que los sembradores de la belleza inmortal lanzan el soplo de los sentimientos divinos. Toda alma, en el campo de la meditación, es un jardín de posibilidades infinitas para la siembra espiritual.

El propio Cristo, de cuando en cuando, se retiraba a la soledad de sí mismo, con el propósito de escuchar al Padre, en el Gran Silencio.

Los discípulos, atormentados por las persecuciones y fustigados por el suplicio, se concentraban en sí mismos, abstrayéndose del exterior y buscando la palabra del Maestro en la esfera silenciosa del corazón. Simón Pedro se aleja del tumulto de Jerusalén en el santuario de la plegaria y oye su voz, sirviéndose del oído de la conciencia en el éxito del apostolado sublime.

Magdalena lo reencuentra, para sostener el espíritu vacilante. Pablo de Tarso es llamado por Él, en la carretera de Damasco, dedicándole para siempre su corazón valeroso. Ananías, el discípulo humilde, recibe sus advertencias hacia el bien.

Sin embargo, no hace falta recurrir exclusivamente a la vida de los fieles seguidores de Jesús. La existencia de todas las criaturas está repleta de influencias de naturaleza invisible.

Alighieri no hizo obra de pura imaginación al escribir la "Divina Comedia". Amigos intangibles de la Tierra arrebatan su alma, ofreciéndole informaciones de las esferas espirituales inmediatas al mundo sombrío, pese a que el

poeta condiciona las visiones a su época, a su medio y a sus estados psíquicos. Tasso se siente tomado de influencias extrañas, al graficar la “Jerusalén Liberada”. Milton, ciego y olvidado por sus contemporáneos que lo adulaban en tiempos de Cromwell, siente rayos divinos de inspiración en la tinieblas en que se hundan sus ojos, y transmite a su esposa e hijas su famoso “Paraíso Perdido”. Nuestro Bilac se sentía tocado de misteriosas fuerzas en la composición de sus versos más bellos.

Cruz e Souza, el poeta negro, nos habla de las puertas doradas y los sagrarios de lirio de su mundo interior.

Sin embargo, no siempre las compañías invisibles son las mejores, no obstante la inteligencia con que asisten a sus tutelados. Lord Byron confesaba experimentar la mente ocupada por pensamientos grandiosos que no le pertenecían, y afirmaba que “era preciso vaciar el cerebro o perder la razón”. Pese a todo, los caminos en que perseveró no fueron los más deseables. Camilo Castelo Branco, después de aprovechar los favores de los amigos desencarnados que lo seguían cooperando en sus creaciones mentales y desarrollándolas, proporcionándole imágenes y sugerencias para sus libros llenos de lances dramáticos, se suicida, rebelándose ante la ceguera y la vejez. Albino Forjaz de Sampaio, literato de talento brillante, está de acuerdo en atender al genio diabólico que le inspiró las “Palabras Cínicas”, libro demolidor del carácter y enemigo de la juventud. Antero de Quental, tras escribir poemas de inspiración verdaderamente sublime, se deja atrapar por las sugerencias odiosas de aquellos que le susurran la idea de la muerte voluntaria, compeliéndolo a defraudar la confianza divina.

No hay pensamiento sin orígenes, como no hay ríos sin fuentes.

Los dos mundos, el de los muertos y el de los vivos, se entremezclan a todo instante. Los Espíritus encarnados nos influyen en las esferas de la acción, cada vez que escapan

momentánea e imperfectamente del cuerpo, mientras que los desencarnados actúan sobre ellos, cada vez que sus pensamientos se dirigen a personas, situaciones y cosas de la vida carnal.

Es imposible evitar la convivencia o el conflicto entre las inteligencias individuales en los dos planos.

Y ese intercambio se anuncia cada vez más intenso, solo que verificándose con mucha discreción y vigilancia por parte de los desencarnados esclarecidos, que han de mantener gran cuidado en la identificación de sí mismos, ante sus inquietos y precipitados amigos del mundo, quienes, en el campo de ignorancia en que todavía se mantienen, rodeados de extraña defensiva, promueven a simples fantasmas a los hermanos que se han mudado de casa debido a las exigencias de la muerte.

31 — CON FRANQUEZA DE HERMA- NO

Preguntas de qué modo iniciar un trabajo eficiente en Río, en favor de la confortadora doctrina que los Espíritus Consoladores siembran en la Tierra.

Francamente, tu pregunta denuncia mucha despreocupación por el grandioso movimiento que los espíritas sinceros desarrollan en los más diversos ángulos del Brasil, mayormente en la Capital de la República.

Aclaras que deseas hacer una obra que sea conforme a tus programas de acción, dando expansión a tus propósitos y deseos, fundamentándola en los principios que te parecen excelentes. Sin embargo, después de la muerte, amigo mío, cuando de hecho nos desvencijamos de las ilusiones mayores, es muy difícil creer en los posesivos singulares. Me hablas de “tus puntos de vista”, pero ¿supones por ventura que todos están pensando del mismo modo que tú? ¿Deseas matricularte en la escuela de esgrima o te propones el servicio de la fraternidad universal?

Las luchas más odiosas de la Tierra son las que se entablan en nombre de la religión. Los judíos que tramaron la

crucifixión de Jesús procedieron en calidad de fanáticos infelices, pero los guerreros de las Cruzadas, que ya conocían la plataforma del Cristianismo basada en el amor a Dios y al prójimo, fueron conquistadores crueles que masacraban multitudes, disputando algunos palmos de terreno en nombre de Aquél que no tenía una piedra en que reposar la cabeza.

Me refiero a esto considerando los términos de tu solicitud. Pretendes manejar el dardo, a fin de corregir y compeler, golpear y azotar. Aseguras que organizarás un emprendimiento de amplias proporciones, que hable muy fuerte de tus intenciones regeneradoras en el capítulo del adoc-trinamiento. No obstante, amigo mío, la verdadera obra de Jesús no es esa.

¿Has pensado en auxiliar, antes de criticar? ¿Has analizado a personas y situaciones con espíritu fraternal?

Te refieres muchas veces al Cristo en tus palabras, pero ¿has meditado bastante sobre las de Cristo? No te declares sin programas de trabajo, no digas que te faltan directrices. Como discípulo fervoroso de la verdad que afirmas ser, ¿habrás olvidado las enseñanzas del Maestro?

“¡Amaos los unos a los otros, como yo os amé!”

“Quien quiera ser el mayor en el Reino de los Cielos sea servidor de todos!”

“¡Brille vuestra luz ante los hombres!”

¿No estarán contenidos en esas tres únicas enunciaciones amplísimos proyectos de realización espiritual? Medita, pues, antes de asumir las graves responsabilidades en que pretendes envolverte.

Río de Janeiro posee beneméritas organizaciones doctrinarias aguardando cooperadores dedicados y eficientes. Como ves, el problema no es el de crear nuevas estructuras de asociación, sino el de ejecutar con fidelidad la planifica-

ción llevada a efecto. La inteligencia ya ha hecho el dibujo preciso; ahora, es imprescindible que el corazón realice su obra.

En tu interior quizá extrañes lo que afirmo... No fui ahí en el mundo, un compañero de fatigas, en el gran servicio que el Espiritismo cristiano desarrolla en el Brasil; sin embargo, cerrada la vista oscura del cuerpo, no me ausenté de la cultura espiritualista, ni de la realización espiritual necesaria. Y si tú pides sugerencias a los desencarnados, debes relevar las respuestas admisibles.

Lo que he aprendido, sobre todo, después de la muerte, es que en las esferas inmediatas a la existencia humana, las entidades desencarnadas son casi siempre tan bienintencionadas y tan perfectas como los hombres. La evolución es la obra paciente de los siglos, y algunos días de experiencia como los que se verifican en la carne desde la cuna risueña hasta el sepulcro sombrío, no bastan para la iluminación efectiva del alma. Vivís rodeados de personas desencarnadas llenas de deseos inferiores, aunque nacidos de las buenas intenciones, dedicadas a disputas de toda clase. Abre una casa destinada a exclusivo movimiento verbal de adoctrinamiento combativo y no faltará el concurso de las inteligencias invisibles discutidoras, adictas a las interminables polémicas, como el súper-civilizado que se ha envenenado en el consumo del opio o como el mestizo ignorante que se ha acostumbrado al aguardiente.

Si de veras deseas servir a la obra de Cristo, ve a cooperar con los hermanos valerosos que pelean en el gran mar de las fundaciones ya existentes, ayudándoles con espíritu de amor. No comparezcas ante ellos con la hoguera de los críticos: en todas partes encontrarías una invitación para ejercer tan terrible oficio. Acércate con la sincera disposición de servir cristianamente. Ama a los compañeros y ayúdalos. No pierdas tiempo en disputas vanas. Preocúpate de cumplir la Voluntad del Señor dentro de ti mismo. Como

último recurso, ocupa la tribuna en tu ministerio, pero antes de hacerlo reparte el valor de los bienes imperecederos del alma.

No muy lejos de tu hogar hay leprosos y dementes, tuberculosos y ancianos sedientos de afecto, niños y jóvenes desamparados. No atiendas al modo en cómo aceptan las interpretaciones religiosas. Preocúpate por las posibilidades de edificación, simplemente. La práctica del bien aún es la mayor escuela de perfección individual, porque conjuga en sus cursos la experiencia y la virtud, el raciocinio y el sentimiento.

No vuelvas a decir que te faltan guiones. Acalla los pruritos del cerebro, a fin de escuchar al corazón.

Acuérdate de Jesús y colabora con los amigos. Consideramos que el Espiritismo necesita, ahora más que nunca, a quienes edifiquen en sus propias vidas el Reino Cristiano que enseñan a los demás...

Es probable que no aceptes mi opinión y fundes una nueva organización separatista, consagrada a las divergencias religiosas. Es natural. Eres humano, como todavía lo soy yo, pero me consuela la certidumbre de que un día tú llegarás también a las mismas verdades a que yo he llegado.

32 — EN BUSCA DE LA VERDAD

Muy extraña la reclamación de los compañeros de la Tierra en el capítulo de la verdad. Invariablemente ruegan que les digamos la realidad pura. La exigen como niños tercos, enamorados de un capricho cualquiera. Entre tanto, como si fuese bagatela lo que piden, solicitan manifestaciones casi burlescas, reduciéndonos a la categoría de simples profesionales de la prestidigitación.

Determinado caballero oculta el pañuelo en el último cajón de la cómoda de pino y aguarda nuestro pronunciamiento. Debemos aclarar la naturaleza del objeto, la calidad del material con que ha sido fabricado, el mueble en que se ha puesto, con todas las especificaciones. Si logramos la hazaña creará en la sobrevivencia. Cierta señora, por ejemplo, reclama una demostración diferente. Tenía una joya de alto precio y estima, y la ha perdido de puertas adentro, en su propio hogar. Solo ha echado una ligera mirada a los ángulos de la vivienda, pero asegura que ha buscado minuciosamente por todos los rincones de la casa. Tras haber sospechado con liviandad, solicita a los hermanos invisibles que digan el nombre de la persona que le ha sustraído la reliquia; y cuando el amigo espiritual se demora en el esclarecimiento, por obediencia al código de las buenas maneras y

justificando su abstención por lo escabroso del asunto, la consultante lo interroga, intentando ayudar:

—¿No ha sido Antonio, el hijo de la vecina de enfrente?

A veces la entidad espiritual se retrasa en explicaciones tan delicadas, pero la criatura insiste, inquiriendo nuevamente:

—¿No habría sido la visitante que estuvo con nosotros la tarde del jueves?

Imagínese, sin embargo, la sorpresa del Espíritu Benevolente y Sabio, ante las inesperadas interrogaciones. ¿Vencería tan grandes obstáculos vibratorios, descendería de zona tan elevada, solo para de jugar a la cabra ciega o para descubrir los objetos perdidos de damas perezosas o malévolas?

Otros se creen que, por el hecho de haber abandonado el envoltorio físico, sabemos todo lo que se relaciona con la vida y con la muerte. Planifican experimentos divertidos, en los cuales el mensajero invisible debe leer el fragmento tal, de la hoja tantos, en un libro oculto entre cientos de otros volúmenes, alusivos a variados temas. Si el compañero desencarnado es capaz de satisfacerlos, admiten la visita de la verdad, que para ellos se reduce a un puñado de demostraciones pequeñas.

Lógicamente, todo eso es posible. Encontrar objetos en abandono y llevar a cabo experimentos telepáticos constituyen ocupaciones agradables para muchas entidades que rodean la inteligencia humana, como causan enorme placer a los jóvenes recaderos ciertas intimidades domésticas que el visitante educado tendría por groseras y ridículas indiscreciones.

Se podrá objetar, quizá, que existen en ambos planos personas que se consagran a esa clase de investigaciones con objetivos científicos. La moderna psicometría, por ejemplo, exige ciertas demostraciones, que ayudan a los

menos convictos; sin embargo, en ese sector casi siempre la realización se lleva a efecto por el propio sensitivo, que se ausenta temporalmente del cuerpo denso, revelando capacidades trascendentales del alma encarnada.

Los Espíritus Bienhechores no pueden utilizar semejantes expresiones fenoménicas so pretexto de ejecutar el servicio edificante y eterno de la verdad.

—A título de ser verdadero, no puedo interferir en el descubrimiento del anillo de madama — me explicaba un compañero que había sido invitado a un trabajo de tal naturaleza — porque si consigo encontrarlo, mañana me dará la incumbencia de encontrarle el bolso que ha olvidado en la sala de la costurera, la semana próxima me encargará localizarle la empleada que se ha escapado con el panadero y, el mes que viene irá con la mente inquieta a donde yo esté en ocupaciones más excelsas, a fin de que vaya en busca de su esposo perdido en la embriaguez, en noches de placeres más largos. Y si no descubro el bolso, si no encuentro a la criada y no restituyo al hogar a su marido, como hice en el caso del anillo, me cubrirá, quizá, de acusaciones fuera de lugar, no dudará en ofender la honorabilidad del médium que nos sirvió caritativamente a ambos, y es probable que se convierta, por eso, en detractora gratuita de la propia doctrina, tan venerable para nosotros como fuente de consuelo y esperanza del mundo.

No podemos abaratar nuestras manifestaciones, so pena de faltar al respeto a las funciones de nuestro propio ministerio.

Otro amigo nuestro, bondadoso facultativo desencarnado, me aseveraba hace tiempo:

—La mayoría de los enfermos terrestres nos ruega diagnósticos infalibles y esclarecimientos exactos, reclamando ser informados con realidad absoluta, alegando que nosotros, los Espíritus exonerados de la carne, debemos ser rigu-

rosamente verdaderos. Sin embargo, ¿cómo demostrarles a ellos, autores de sus propios desastres, que han destruido el hígado con las irritaciones inconsecuentes, que han envenenado el estómago en los excesos de la mesa, que han arruinado la sangre en aventuras condenables, que han contraído infecciones peligrosas por medio de la precipitación o de la lasitud? Si les mostramos el cuadro de responsabilidades en que se han envuelto, en los procesos patológicos, quizá no consigan permanecer en el cuerpo sino algunas horas, después de nuestras declaraciones. Con todo, recordando nuestro tránsito por la carne, estamos obligados, no a mentir, pero sí a callar por su propio bien, aguardando el tiempo. Sirviéndonos de la serenidad, conseguimos salvar algunos patrimonios y preservar algunas fuerzas que aún prestan a nuestros amigos del mundo valiosos servicios.

Según hemos observado, pues, la verdad, incluso para aquellos que ya se han mudado a la región invisible de la Tierra, es sagrada revelación de Dios, en el plano de nuestros intereses eternos, que nadie debe menospreciar en el campo de la vida.

—¿Qué es la verdad? — pregunta presuntuosamente Pilatos a Jesús.

El Maestro, sin embargo, le contestó con sublime silencio. ¿Qué expresión de la verdad podría darse a los hombres en aquella hora angustiosa de Jerusalén, en que la mentira dominaba a los judíos y romanos empeñados en el proceso de la cruz? ¿Cómo llenar de miel el vaso desbordante de vinagre?

El conocimiento supremo, siendo divina revelación, no es un bien transmisible. Todos los hijos de Dios, en la Tierra o fuera de la Tierra, están buscando adquirirla. Nadie, por tanto, reclame a los amigos desencarnados demostraciones que les solucionen ese problema de integración con la luz divina. La verdad no constituye edificación que se levante por informaciones ajenas en el camino de la vida. Es reali-

HERMANO X

zación eterna que incumbe a cada criatura consolidar poco a poco, dentro de sí misma, utilizando la propia conciencia.

33 — DEFINIENDO RUMBOS

Afirmas, amigo mío, que desearías colaborar en los trabajos del Espiritismo Cristiano, seducido por la belleza de la doctrina consoladora, pero añades que la complejidad del asunto acobarda tu corazón.

Encontré — dices aterrado — las más extrañas manifestaciones, desde el médium que se encuadró en el Evangelio cual sacerdote, al profeta grosero que maneja el puñal en ritos misteriosos, haciendo cabriolas en el suelo como el viejo capoeira carioca. Hay grupos que se dicen orientados por Espíritus de filósofos y otros que se afirman dirigidos por el caboclo Manasés, o por Pai Mateus, antiguo esclavo de remota provincia del Brasil imperial. En ciertas casas se enseña a cultivar la plegaria improvisada, con los valores espontáneos del corazón; en otras, se preconiza la repetición de determinado número de “padrenuestros”. En algunos lugares el adoctrinamiento es sereno, como la charla en casa de personas educadas en el código de las buenas maneras; en otros, en cambio, se escuchan alborotos y griteríos.

¿No admites mi perplejidad? ¿No tendré razones para alejarme?

Y tú, de hecho, te has retirado y permaneces al margen.

Sin embargo, contestando con lealtad a tu pregunta, te aseguro que te falta razón. Como ocurre con mucha gente, has advertido la extensión del trabajo y has preferido la poltrona cómoda de tu casa. Estimas por demás “tu mundo” para arrojarte al concurso educativo. Lo cierto es que tu mente ya no alberga duda alguna en lo referente a la vida eterna. La sobrevivencia del hombre tras la muerte del cuerpo físico es para ti problema liquidado. Y cuando te encuentras en el café de la avenida, junto a amigos malgastadores del tiempo, o en los salones elegantes, al lado de señoras distinguidas, cuentas con gracia tus experiencias en el campo vasto y acogedor del Espiritismo fenoménico. De cuando en cuando rompes la punta del cigarrillo en el cenicero de adorno, y prosigues con el anecdotario brillante. Cuentas las ocurrencias con fraseología de efecto, y mientras caballeros y damas inteligentes se refieren a René Sudre y a Charles Richet, tú concluyes aseverando que de hecho te ha sido imposible seguir con el examen del asunto, en virtud de las contradicciones y exotismos existentes. Es digna de nota la circunstancia de jamás aludir al punto de partida de tus indagaciones. Se te ha olvidado que has buscado la convivencia de los compañeros humildes del grupo espírita cristiano, cuanto te has visto acosado por terribles angustias y frente a los sufrimientos indecibles del alma sin fe. Has recibido nuevo material de pensamiento para tu cerebro vacío y has adquirido esperanzas para el corazón desalentado, pero después de reconfortado has olvidado a los bienhechores de la víspera, y multiplicas referencias acres e irónicas.

Pudiésemos, en cambio, pedirte algo y no nos acordaríamos de la flor de la gratitud, rarísima en el suelo arenoso del planeta. Recordaríamos únicamente, ante tu razonamiento de hombre culto, la necesidad de comprensión y conocimiento.

Relacionas complejidades y obstáculos, dificultades y divergencias, pero ¿acaso estás buscando la “doctrina del

plato precocinado”? ¿Dónde se encuentra la Ciencia que haya nacido completa de las manos de sus iniciadores? El Espiritismo, como taller de sabiduría y amor, perfeccionamiento e iluminación, es instituto mundial de trabajo incesante, en el cual no hay escenario para espectadores ociosos.

Te refieres a los “indianismos” y “africanismos” de innumerables manifestaciones de la fenomenología, pero ¿te has parado a pensar maduramente en la expresión moral de esos acontecimientos? ¿Has leído el historial de nuestra evolución colectiva?

¿Quién ha recibido, en la tierra generosa de Santa Cruz, a los europeos agotados por luchas sangrientas, abriéndoles caminos nuevos para su realización espiritual, convirtiéndose en esclavo sufridor de los conquistadores inteligentes? ¿No fue acaso el indio? Tú, que has condenado el ataque italiano a Abisinia, en el siglo XX, reconociendo que los hijos de Addis Abeba son igualmente hijos de Dios como los romanos ilustres, ¿también admitirás que Dios no existía en el siglo XVI y que los pueblos simples de América no eran dignos del amparo celestial? ¿Desconoces lo que hizo Pizarro, el tirano español, con los americanos ingenuos que en él confiaban? ¿Y los africanos? ¿Quiénes los arrebataron de su tierra nativa como rebaños de animales, a fin de aprovecharse de sus fuertes brazos en las construcciones del Mundo Nuevo? ¿Quiénes los asesinaron, poco a poco, en buques infectos, y vendieron a los que resistieron a la muerte a los crueles señores del feudalismo rural? ¿Y eres precisamente tú, amigo mío, lector asiduo de la Historia, quien admira con falsa ingenuidad las manifestaciones de nuestros hermanos, todavía encarcelados en lo rudimentario de la forma? Entre tanto, Padre Mateus y Madre Ambrosia, a quienes te refieres con tanto sarcasmo, fueron pajes cariñosos de tus bisabuelos, hurtaron la leche a sus propios hijitos para que tus antepasados viviesen, y lloraron en las cabañas de esclavos, en secreto, cuando tus remotos parientes pros-

tituyeron a sus hijas, vendiéndolas a continuación, fría y ferozmente, a los tiranos del cautiverio.

¿No consideras que todos nosotros, espíritus de inteligencia requintada, pero de sentimiento galvanizado en el mal, seamos deudores antiguos de esas almas virtuosas y nobles, si bien a menudo cristalizadas en viejos hábitos que les retrasan el progreso intelectual?

¿Quién estará más equivocado ante Dios? ¿Ellas, que retrasaron su cerebro, o nosotros, que hemos endurecido el corazón?

La muerte no es un baño milagroso de sabiduría, lo repetiremos una vez más y siempre. Somos tal como éramos, tendiendo hacia lo mejor, porque la evolución no da saltos como el trapecista suspendido en el aire por un hilo de alambre.

El Espiritismo es tan complejo, como cualquier servicio de educación. Y si encontramos numerosas entidades de africanos e indígenas en nuestro ministerio espiritual, será porque el Señor nos llama al pago de la enorme deuda para con aquellos que nos sirvieron a todos en estos últimos cuatro siglos, en la tierra bendita y generosa del Brasil.

Como ves, la nueva doctrina consoladora pide colaboradores de conciencia bien formada y no críticos de razonamiento brillante.

Si con sinceridad deseas trabajar, busca tu lugar en el taller del servicio educativo y ayuda en la obra colectiva del bien, convicto de que Jesús inspira a todos los cooperadores de buena voluntad. Pero si no quieres, haz lo posible por callarte, siéntate en tu poltrona y espera al futuro.

34 — COMO AÑADIDURA

Te sorprendió mi respuesta sincera y sin pretensiones sobre las complejidades del Espiritismo, frente a las manifestaciones de las inteligencias menos desarrolladas, en los servicios fenoménicos, y me preguntas, inquieto:

—¿Pero tú apruebas el empleo del aguardiente y del tabaco por entidades desencarnadas? ¿Elogias el modo de hablar de los manifestantes a que me referí? ¿No consideras esa tolerancia como un peligro para el sistema doctrinario?

Parece, amigo mío, que a pesar de todo no has penetrado la esencia de mis palabras.

No puedo aprobar el consumo de drogas envilecedoras ni por parte de los desencarnados, ni por ti, que no desdénas venenosos anestésicos adquiridos con material elegante. No puedo elogiar el error deliberado, como nadie puede, en su sana conciencia, alabar los desequilibrios voluntarios. En cuanto a tu tercera pregunta, consideramos que el sistema doctrinario nada tiene que ver con las manifestaciones del individuo. El Estado, representando el conjunto de las leyes que rigen un País, ¿será responsable por los fenómenos infantiles, dentro de los cuales el patriota del futuro no sabe sino balbucir algunos rudimentos del lenguaje? ¿Conde-

nará, por ventura, al niño que no puede deletrearle los códigos, o providenciará servicios eficientes de educación?

Desde 1583, época en que, según Rio Branco, se firmó el primer contrato para la introducción de esclavos africanos en el Brasil, nos hemos rodeado de ellos, valiéndonos de su cooperación heroica. Pensábamos antiguamente que bastaría la muerte del traficante o del comprador para que el problema quedase liquidado con la remesa de las almas para el cielo o para el infierno. Sin embargo, amigo mío, no es así. Hemos adquirido débitos individuales y colectivos.

A contar desde 1758, cuando el animoso sacerdote Manuel Ribeiro da Rocha osó escribir contra la vergüenza de la esclavitud, autorizadas voces se levantaron bajo la luz del Crucero contra el doloroso comercio de hombres libres. En 1789 la abolición ya constituía uno de los apartados del programa político de la Conjunción Mineira. En 1810, el príncipe D. Juan hizo lo posible por golpear el ignominioso movimiento, sensibilizado por las injusticias que presenciaba diariamente en Rio, disponiendo providencias para la extinción gradual del cautiverio que culminaron con la ratificación del tratado concluido en Viena, entre Portugal e Inglaterra, mediante el cual la Nación Portuguesa se proponía cesar con todo el tráfico en la costa africana. Más tarde, D. Pedro I, en la Convención de Noviembre de 1826, firmaba un nuevo acuerdo con la Gran Bretaña, según el cual el gobierno del Brasil se comprometía a prohibir toda clase de comercio de esclavos en la Costa de África. Sin embargo no abandonamos el movimiento odioso y se cuenta que muchos buques ingleses, después de la Convención, se situaban en las cercanías de Angola y Mozambique, expulsando nuestras embarcaciones negreras.

De nada valieron exhortaciones de estadistas y pensadores del Brasil o del extranjero. Cristo nos enviaba su Divina Inspiración por medio de los caracteres más nobles del Gobierno, pero continuábamos en el movimiento criminal,

atendiendo a caprichos crueles. No nos contentábamos con gastar nuestro oro en la aventura siniestra. Hoy sé que muchos franceses ilustres, incluso algunos de los precursores intelectuales de los denominados “derechos del hombre”, prestaban capitales, con excelente expresión lucrativa, a los negociantes de vidas humanas, alimentando el condenable comercio.

¿Te parece que nuestra terquedad habría de quedar impune?

Nuestra actitud colectiva implica un débito moral de vasta expresión.

Objetarás, seguramente, que no hemos sido el único País en esclavizar a los hijos de otras tierras y responderemos que no somos el único País en pagar tributos de esa naturaleza. Desde mucho antes del Imperio Romano, que perdió la hegemonía política en virtud del instinto de dominación, todas las naciones de la Tierra saldan sus compromisos morales según los débitos contraídos.

Me preguntas además cómo interpretar a las entidades reconocidamente perversas, que comparecen a menudo en el círculo de manifestaciones de los antiguos esclavos desencarnados en suelo brasileño. Conforme a la lógica, creemos que son criaturas tan detestables e infelices como las entidades de los blancos reconocidamente pervertidos, que se convierten por veces en monstruosos demonios, persiguiendo y obsediendo a las inteligencias débiles y a las mentes vacilantes.

Para terminar con tus indagaciones, exclamas e interrogas:

—¡Oh! Comprendo la responsabilidad, pero ¿cómo extinguir el mal?

Sí, nuestras responsabilidades morales en ese sector de la evolución colectiva son bastante graves y no podemos desdeñarlas.

Volviendo a las primeras afirmativas de estas humildes consideraciones suplementarias, tomamos la libertad de personificar al “Estado” en el sistema doctrinario del Espiritismo cristiano, clasificando las manifestaciones diversas del Espiritismo fenoménico como “zonas educativas”.

¿Te parece que la Abolición terminó el 13 de mayo de 1888? La gran resolución de la Princesa Admirable alcanzó a los “esclavos físicos”, pero aquí continúa el servicio de liberación de los “cautivos espirituales”. José do Patrocínio y Luis Gama, Antonio Bento y Castro Alves, André Rebouças y Joaquim Nabuco prosiguen en la jornada redentora. La Princesa Isabel no considera que el movimiento esté terminado y también continúa sirviendo a la gran causa, desatando los grilletes de la ignorancia y encendiendo nuevas luces en la esfera a que llegarás en un futuro cercano.

Observo que en tu pregunta postrera muestras deseos de recibir una ruta de servicios. A propósito, te comunico que he llevado tus consideraciones e indagaciones al conocimiento de uno de los Espíritus más bellos que hayan militado en la campaña abolicionista del Brasil, y esa criatura generosa me dio la respuesta sabia, que te transmito sin omitir una sola palabra: — Di a nuestros compañeros del Espiritismo cristiano en el Brasil que ellos han recibido de Jesús un sagrado depósito, como es el de asociar el Evangelio de la Redención a las conquistas científicas, filosóficas y religiosas de la Humanidad. Insiste para que aprovechen la gloriosa oportunidad en obras de amor. ¡Que ellos nos ayuden en el benemérito servicio de educación y liberación de aquellos a quienes tanto debemos! Pero ¡escucha! Avísales para que no se acerquen a nuestros bienhechores humildes como catedráticos orgullosos y envanecidos sino como hermanos verdaderamente interesados en el bien. Y sobre todo, diles que también nosotros estamos empeñados en la misma lucha por la iluminación espiritual, pero que al enseñar a Padre Mateus y Madre Ambrosia las lecciones acerca de las leyes de Kepler, de los movimientos de Brown y de las

LÁZARO REDIVIVO

ondas de Marconi, aprendemos con ellos, a nuestra vez, las lecciones de humildad, dedicación y renuncia en que ya se han diplomado hace mucho, negándose a sí mismos, tomando su cruz y siguiendo a Nuestro Señor Jesucristo.

35 — SE RETIRÓ, A SOLAS

Cuando Jesús se hacía acompañar por la multitud, en la mañana rutilante, reflexionaba consigo mismo:

Había enseñado las lecciones básicas del Reino de Dios a los hijos de Galilea, que lo seguían en aquel instante divino... ¡Todos estaban ahora enterados del amor que debía explayarse sobre las nociones de la ley antigua! ¿Qué no podría Él hacer de aquellos hombres y mujeres bien informados? Podría, en fin, extenderse en más amplias consideraciones, relativas al camino de retorno de la criatura a los brazos del Padre. Dilataría los esclarecimientos del amor universal, conduciría el alma del pueblo hacia la comprensión suprema. Descifraría para los hijos de los hombres los enigmas dolorosos que afligen el corazón. Para ello, no obstante, era indispensable que comprendiesen y amasen el espíritu... ¡Cuántas pequeñas luchas en vano! ¡Cuántos disgustos innecesarios! La multitud, a veces, asumía actitudes extrañas y contradictorias.

Frente a los prepositos de Tiberio que la visitaban, aplaudía delirantemente; sin embargo, cuando se alejaban los emisarios del César, manchaba los labios con palabras torpes y gastaba tiempo en la sembradura de odios y divergencias sin fin... Si aparecía algún enviado del Sinedrio, en las ciudades que orillaban el lago, alababa el pueblo la ley

antigua y abrazaba al mensajero de las autoridades de Jerusalén. Bastaba, sin embargo, que el visitante volviese la espalda, para que la opinión general hiriese la honorabilidad de los sacerdotes, perdiéndose en excesos verbales de toda clase... ¡Oh! ¡Sí — pensaba — todo el problema del mundo era la necesidad de amor y realización fraternal!

Aspiró el aire puro y contempló los árboles frondosos, donde las aves del cielo situaban sus nidos. Algo distante, el lago era un espejo inmenso y cristalino, reflejando la luz solar. Barcas rudas transportaban a pescadores felices, embriagados de alegría, en la mañana clara y suave. Y en torno a las aguas deslumbrantemente iluminadas, se elevaban voces de mujeres y niños, que cantaban en los huertos embalsamados por el embriagador perfume de la Naturaleza.

Agradecía al Padre aquellas bendiciones maravillosas de luz y vida y continuaba meditando.

—¿Por qué tamaña ceguera espiritual en los seres humanos? ¿No veían, acaso, la condición paradisiaca del mundo? ¿Por qué se hurtaban al concierto de gracias de la mañana? ¿Cómo no se unían todos al himno de paz y de gratitud que emanaba de todas las cosas? ¡Ah! Toda aquella multitud que lo seguía tenía necesidad de amor, a fin de que la vida se le hiciese más bella. Les enseñaría a conceder a cada situación el justo valor. ¿Quién era el César, sino un trabajador de la Providencia, sujeto a las vicisitudes terrestres como otro hombre cualquiera? ¿No merecería comprensión fraternal el emperador de los romanos, responsable por millones de criaturas? Esposado a las obligaciones sociales y políticas, atento a la superficialidad de las cosas, ¿no era razonable que se equivocase mucho, mereciendo por eso mismo más compasión? ¿Y los jefes del Sinedrio? ¿No estaban agobiados por las orgullosas tradiciones de la raza? ¿Podrían, acaso, razonar sensatamente si permanecían fascinados por el autoritarismo del mundo?

¡Oh!, reflexionaba el Maestro — ¡Cuán infeliz no sería el dominador romano, que se creía efectivamente rey para siempre, distraído de la dura lección de la muerte! ¡Cuán desventurado no sería el Sumo Sacerdote, que suponía poder sustituir al propio Dios!... ¡Sí, Jesús enseñaría a sus seguidores la sublime sabiduría del entendimiento fraternal!

Tomado de confiada expectativa, se volvió el Mesías hacia el pueblo, dando a entender que esperaba las manifestaciones verbales de los amigos, y la multitud se acercó a Él más intensamente.

Algunos apóstoles caminaban al frente de los vecinos, en animada conversación.

—Rabí — exclamó el patriarca Matan, habitante de Cafarnaúm —, estamos cansados de soportar injusticias. Es tiempo de que tomemos el gobierno, la libertad y la autonomía. Los romanos son pecadores disolutos a camino del basurero. ¡Estamos hartos! ¡Hay que tomar el poder!

Jesús escuchó en silencio, y, antes de que pudiese decir nada, Raquel, esposa de Jeconías, protestó ásperamente:

—Rabí, no podemos tolerar a los administradores sin conciencia. Mi marido y mis hijos son miserablemente remunerados en los servicios de cada día. A menudo no tenemos lo necesario para vivir como viven otros.

Los hijos de Ana, nuestra vecina, adulan a los funcionarios romanos ¡y por ese motivo, andan confortados y bien dispuestos!...

—¡A la revolución! ¡A la revolución! — clamaba Esdras, un judío de presumibles cuarenta años, que se acercó poco respetuosamente, como adepto apasionado, concitando al líder prudente a manifestarse.

—Rabí — suplicaba un anciano de barbas encanecidas — conozco a los prepósitos del César y a los infames servi-

dores del Tetrarca. Si no modificamos la dirección del gobierno, pasaremos hambre y privaciones...

Escuchaba el Señor, profundamente compadecido. Verificaba, con infinita amargura, que nadie deseaba el Reino de Dios, del que se había constituido en portador.

Durante largas horas los miembros de la multitud reprimaron al emperador romano, atacaron a patricios ilustres que nunca habían visto de cerca, condenaron a los sacerdotes del Templo, calumniaron a autoridades ausentes, dañaron reputaciones, invadieron asuntos que no les incumbían, acusaron a compañeros y criticaron agriamente las condiciones de la vida y los elementos atmosféricos...

Por fin, cuando ya mucho tiempo se había escurrido, algunos discípulos vinieron a anunciarle el hambre que castigaba a hombres, mujeres y niños. Andrés y Felipe comentaron acaloradamente la situación. Jesús los miró de modo significativo, y respondió, melancólico:

—¡Ya lo creo! ¡Hace muchas horas no hacen otra cosa sino murmurar inútilmente!

Seguidamente, explayó la mirada por los centenares de personas que lo acompañaban, y dijo conmovido:

—Tengo para todos el Pan del Cielo, pero están excesivamente preocupados con el estómago para comprenderme.

Y tomado de profunda piedad, ante la multitud ignorante, se valió de los pequeños panes de que disponía, los bendijo y los multiplicó, saciando el hambre de la muchedumbre afligida.

Mientras los discípulos recogían las sobras abundantes, muchos galileos tocaban el vientre con la mano derecha y afirmaban:

—¡Ahora sí, estamos satisfechos!

HERMANO X

Los contempló el Maestro en silencio, con angustiada tristeza y, tras algunos minutos, entregó el pueblo a los discípulos y, según la narración evangélica, “volvió a retirarse, a solas, para el monte”.

36 — EN LA LUCHA CONTRA LA MUERTE

Años enteros gastó Pasteur en la preparación de la vacuna contra la rabia. El gran sabio observaba a los habitantes del campo y de las ciudades caer víctimas de la hidrofobia y, aliando la perseverancia al trabajo, venció el flagelo, convirtiéndose en bienhechor de la Humanidad. Edison luchó contra la vieja iluminación a gas, a fin de expulsar efectivamente las sombras nocturnas. Sudó, se esforzó, sufrió decepciones y desengaños; frecuentemente conoció la inminencia del naufragio de sus ideales.

Pese a todo, terminó la batalla, logrando la lámpara incandescente, que transformó las ciudades terrestres en paraísos de luz.

La historia de las grandes misiones de benemerencia en el mundo está repleta de sufrimientos y desilusiones. No raramente se tortura a los misioneros, cuando no se les puede consumir por el fuego. Sin embargo, donde la conquista evolutiva se vuelve más difícil y dolorosa, es justamente en el sector de la renovación interior, espiritual. La vanidad humana ha hecho de la religión un terreno prohibido, donde toda expresión progresista se efectúa al precio de

redobladas angustias. La Ciencia y la Filosofía sin duda tienen sus mártires. Con todo, en sus escuelas hay siempre lugar para los trabajos de perfeccionamiento y renovación. Sus bienhechores a menudo son objeto de críticas acerbas, que casi siempre no son más que ironías verbales, o sufren el ostracismo en la clase a que pertenecen; pero en el campo religioso los movimientos de persecución se caracterizan por condenable insania.

No fuese la perfección judicial del mundo, no tuviésemos la sociología inspirando a tribunales y jueces en la vanguardia del Derecho, y quizá continuase la matanza religiosa, resultante de los procesos inquisitoriales. Basta que el estudioso de la verdad aviste un ínfimo detalle del mapa de la vida eterna, para que miles de sacerdotes y autoridades supuestamente infalibles se conviertan en los instrumentos para su maldición.

Hace falta mucho coraje moral para no sucumbir bajo los golpes de la guerra sistemática, movida desde la sombra.

Para no referirnos fastidiosamente a los innumerables mártires de la fe que cayeron en las persecuciones de todas las épocas, recordemos tan solo a Giordano Bruno. El eminente filósofo italiano, estaba familiarizado con el pensamiento de Pitágoras y Plotino desde la niñez, asombrando a los clérigos del convento de los dominicos, a donde se había recogido en la preparación de su ministerio de renovación religiosa, al despreciar las resoluciones de los concilios, cristalizadas en dogmas envilecedores, para enseñar el camino de la nueva era. Por todos los salones y universidades, tribunas y plazas públicas, afirma Bruno que el Universo es ilimitado, que la Tierra no es el centro de la vida, sino humilde dependencia en el concierto glorioso de los mundos que rolan, innumerables, en el plano universal. Aclara que el Sol no es un cuerpo errante entre las nubes, con la simple función de iluminar la superficie planetaria, sino la gigantesca sede de globos diversos, que reciben su poderoso

influjo renovador. Explica que la vida es infinita y se encarna con infinitas formas en todas partes. Exalta la grandeza de la existencia puesta al servicio del bien y de la verdad, glorificando en todo la universalidad divina. Pero los sacerdotes de la convención establecida no toleran al héroe, y el día 17 de febrero de 1600 su cuerpo quedó reducido a cenizas en Roma, en una hoguera encendida por el sectarismo intransigente. Asegura uno de sus historiadores que las llamas que destruyeron su cuerpo fueron las primeras señales de la aurora de los tiempos modernos.

No obstante, no nos referimos a eso como quien pretende empezar nuevos movimientos de discusión. Para dificultar el acceso de las almas a la Fuente de la Revelación Divina bastan las polémicas insidiosas de los hombres, despreocupados de la responsabilidad que asumen por lo que dicen.

Únicamente reafirmamos, desde el plano espiritual, nuestra plataforma de servicio en la lucha contra la muerte.

En los más remotos rincones del globo surgen rayos divinos de la luz inmortal, dentro de la espesa noche de la ignorancia, destruyendo las antiguas murallas de incompreensión que ponen cerco a la inteligencia de las criaturas. El sacerdocio organizado, no obstante, no tolera nuestras manifestaciones tendentes a efectuar la renovación religiosa del mundo. Y como no puede sustraernos ahora la libertad que respiramos en otras dimensiones, instituye la represalia fría y silenciosa contra nuestros compañeros más animosos que todavía visten la túnica de carne en las actividades terrenas. El Santo Oficio ha desaparecido, pero restan la ironía y el ridículo, la animosidad gratuita y la guerra sin declaración.

Pese a todo ello, no obstante, continuaremos en nuestra obra de liberación de la mente humana.

Nuestros adversarios del sectarismo religioso recuerdan el nombre del Cristo, amparándose en él para mantener las posiciones políticas y sociales que retienen, so pretexto de salvaguardar el prestigio de la religión. Suscitan escándalos, reclaman represiones, movilizan contra nosotros los órganos del poder temporal. Pero ¿cómo instituir oposición a la realidad de la vida eterna, si la verdad es el terreno legal del Universo? En nombre de Jesús recurren a la injuria y a la condenación, pero olvidan que el Maestro, aparte de las lecciones del pesebre, del Templo, del Tabor, del Getsemaní y del Gólgota, nos ha dejado también la enseñanza del Sepulcro Vacío.

Que ellos, los sacerdotes cristalizados en las afirmativas dogmáticas, prosigan en su ministerio de conductores; cosecharán siempre el bien cada vez que atiendan al servicio de la iluminación colectiva, en obediencia a los deberes que les incumben. En cuanto a nosotros, los desencarnados, continuaremos con la campaña del Sepulcro Vacío. ¡Que ellos busquen de veras honrar la vida, porque nosotros, despreciando todos los obstáculos, venceremos en la gigantesca lucha contra la muerte.

37 — A LOS ESPÍRITAS

La importancia de la difusión del Espiritismo evangélico se destaca sobre manera en todos los campos de la actividad común.

No obstante el progreso científico de los tiempos modernos, los cementerios diariamente reciben vastísimas contribuciones, y en la retaguardia de los sepulcros se amontonan los hogares vacíos y las cunas abandonadas.

No solo la guerra devasta los jardines familiares. La espada de la muerte visita los agrupamientos humanos hace muchos milenios, desde la tribu dominadora que se sentía señora de la montaña y del río más cercanos a su aldea. La tuberculosis, por ejemplo, devora miles de existencias por año. La lepra y el cáncer consumen vidas incontables. Y la vieja segadora de cuerpos, exigente renovadora de las formas, detentando el maravilloso poder de la ubicuidad, se presenta en las populosas ciudades y en los villorrios anónimos, y tanto acecha los barrios de lujo como los suburbios infelices de donde la higiene se ha evadido en virtud de las reiteradas invasiones de la miseria.

Habla el médico de la necesidad del suero y de la vitamina que restauran las células cansadas. El sociólogo recomienda medidas que atiendan a la colectividad. El econo-

mista pide el aprovechamiento del suelo y determina la consulta a los mercados internos y externos. El político reclama garantías a la organización del partido. El banquero examina el cambio atentamente. El geógrafo se preocupa por la exactitud de la estadística. El jurista se bate por la aplicación de las normas legales. El comerciante pide caminos nuevos y se empeña por la libre competencia en la oferta y la demanda. El industrial requiere máquinas. Con todo, si es cierto que los hombres usan diariamente el cerebro y el corazón, las manos y los pies en el campo de la actividad práctica, la muerte igualmente los arrebatara todos los días. En el cuadro de las convenciones respetables, en cambio, no hay noticia de los que se consagran a los intereses de la criatura en ese particular.

Los especialistas en temas de espiritualidad, en rigor, serían los sacerdotes, pero esos, incorporados a las grandes plataformas rituales y económicas, envían a algunos amigos para el cielo de la ociosidad y al noventa y nueve por ciento de los difuntos para el infierno de los padecimientos sin fin. Semejante disparate, no obstante, no resuelve el problema del dolor. Los hospitales siguen llenos de “enfermos de diagnóstico difícil”, portadores de nervios debilitados por el sufrimiento; los templos continúan repletos de miradas ansiosas que interrogan con desesperación, y los manicomios están atiborrados, a la vista del incremento de los enfermos mentales que han perdido el último rayo de esperanza.

Todos los días madres afligidas y novias angustiadas acuden a los científicos, indagando sobre los que han partido camino del Misterio; pero éstos responden invariablemente con el clásico “más allá, nada”. Consultados respecto del asunto, los filósofos dicen “¿quién lo sabe?” Y los sacerdotes, llamados a cuentas, informan de que “nadie ha vuelto”.

Es natural que el desaliento asfixie a las almas. Los expositores de la Ciencia no se acuerdan de la ley de renova-

ción incesante y no se fijan siquiera en la humilde oruga, que se convierte en mariposa. Los estudiosos de la Filosofía estiman la danza macabra de las hipótesis por encima del paso firme en el conocimiento positivo, alimentando viejas ideas, desde los antecesores de Sócrates; y, a menudo, tras devorar todos los libros y terminar todas las observaciones posibles, acaban dudando de si ellos mismos existen. Los curas mecanizan las obligaciones del culto externo y son extraños a cualquier investigación trascendente, olvidando que Jesús regresó del sepulcro para esclarecer a los discípulos y confortarlos, y si ellos, que son técnicos del servicio religioso, olvidan la Resurrección del Maestro, ¿qué aprecio podrían dar al regreso de pobres diablos como nosotros, que hemos vuelto de la noche de la muerte, intentando despertar a los amigos que no se acautelan ante el gran viaje del Más Allá?

La indiferencia, sin embargo, jamás ha solucionado problemas del destino y del ser. Y la incomprensión del trance final continúa torturando corazones sensibles.

Decía Conan Doyle después de treinta años, reconocer que la cuestión con la cual tanto había bromeado no se reducía únicamente al estudio de una fuerza misteriosa, sino que implicaba el derrumbar de las murallas entre ambos mundos, constituyendo el mensaje directo del Más Allá para el género humano en la época de su más viva aflicción.

Sin embargo, los hombres de coraje moral idéntico al del gran escritor inglés son todavía muy raros. Se hace muy difícil no encontrar a alguno que no haya tenido experiencia individual en la esfera de la inmortalidad del alma. Pese a ello, casi todos los llamados a testimonio ceden frente al demonio del miedo. No quieren perder los laureles y las consideraciones del día que pasa.

Por eso el esfuerzo de los espíritas sinceros es profundamente respetable y sagrado.

Afortunadamente para ellos, no tienen altares externos, ni garantías materiales. Venciendo dificultades y tropiezos, altivos frente a la ironía del materialismo cómodo de nuestra época, siguen, animosos, como servidores dispersos de una vanguardia heroica que la vulgaridad no ve ni comprende. Llegan desde todas las regiones, surgen de todos los campos sociales, actúan en los más diversos idiomas y erigen, poco a poco, el monumento de la vida eterna, venciendo al postrer enemigo de la Humanidad.

¡Sacerdotes de la realización positiva, adoradores activos del Maestro Presente, el futuro hablará de vuestro servicio generoso, que hoy se desarrolla en la oscuridad y el silencio! Hay un Comandante Invisible que os orienta en el largo camino por recorrer... Es Aquél que volvió triunfante de la muerte, hace casi dos mil años, ante el mundo asombrado en Jerusalén.

Afirma un proverbio turco que hay tres cosas a que los hombres no logran escapar — la mirada de Dios, el grito de la Conciencia y el golpe de la Muerte. Si vuestros sacrificios no bastasen, si la tempestad de las pasiones sofocase temporalmente la sembradura sublime de vuestro esfuerzo, ¡mantened el optimismo y la esperanza, porque esos tres poderes ocultos hablarán por vosotros, allá por donde fueris!

38 — CUESTIÓN DE PRUEBAS

En reciente campaña de propaganda del Espiritismo, se abrió extraña efervescencia en el campamento materialista, que se creyó en la obligación de defender las murallas de la sombra y de la muerte.

Porque hombres dignos y respetables se ponían al lado de los humildes, convirtiéndose en abogados de la razón y de la lógica, los pequeños vándalos del ateísmo salieron a la palestra, improvisando conceptos apresurados a favor del negativismo renitente.

En la vida de las abejas laboriosas se verifican acontecimientos semejantes. De cuando en cuando la colmena sufre la amenaza de invasores crueles, que se caracterizan por la inutilidad y por el vampirismo. Si los centinelas no funcionan y no hay bastante acervo de cera para aislar a los detritos en la región del olvido, es probable que se pierda irremediablemente la cosecha de miel. Pero afortunadamente las obreras trabajan afanosamente, tocadas de amor y fidelidad al deber, y los insectos perturbadores pasan como la nube de langosta, abandonando la colmena liberada.

Las instituciones espíritas de los tiempos modernos, a la manera de las iglesias apostólicas primitivas, sufren el asedio de la incomprensión sistemática, mediante acusacio-

nes gratuitas de toda clase. Y los espíritas de hoy, como sucedía con los seguidores de Jesús en el pasado, según aquellos que rezan por la cartilla del convencionalismo son los responsables de todos los males. ¡No obstante, lo que más asombró en la referida campaña fue la multiplicidad de las invitaciones extrañas, dirigidas por hombres inteligentes a las almas de los “muertos”!

Porque algunos poetas y escritores desencarnados de Portugal y del Brasil se acordaron de los amigos, escribiéndoles algunas páginas de gratitud y añoranza, algunos vivos de la Tierra acostumbrados a razonar con juegos de palabras reaccionaron fervorosamente, lanzando retos a los Espíritus del “otro mundo”, como los caballeros medievales, que atrevidamente arrojaban el guante en desafío. Pero los desencarnados escucharon y sonrieron impasibles porque, de hecho, no se sentían en la posición de contables. No habían sustraído dinero, ni contravenido las leyes vigentes; no habían escrito palabras torpes, ni robado secretos a los magnates de la industria; no habían traído inventos destructivos ni instituyeron odios políticos y raciales. En suma, no llegaron siquiera a pedir a los amigos que creyesen en sus palabras sinceras y fraternales.

Pero los defensores de la negación sistemática se han aliado de modo sorprendente a los devotos del “déjalo como está” de los credos sectarios, y se produjo el estallido de las cóleras sagradas.

Ni la ira de Júpiter en el Olimpo, entre los dioses, sería tan desvariada, porque Júpiter se enfurecía en una época en que el mundo no iba más allá del bosque y del mar. Los compañeros materialistas, en cambio, se encolerizan contra nosotros cuando ya la medicina moviliza los más eficientes recursos contra las dolencias del hígado, y cuando sabios eminentes se congregan para solucionar trascendentes cuestiones del sufrimiento humano. Como no les era posible destruir el trabajo realizado por los sembradores del bien en

el silencio del anonimato constructivo, dirigieron extrañas súplicas a los espíritus desencarnados para que les trajesen las pruebas de la sobrevivencia. No querían respirar la veneración debida a un templo: reclamaban el picadero. Sin embargo, ahora, cuando la economía dirigida acostumbra a quemar trigo y los parques de diversiones perfeccionan los entretenimientos, es imposible repetir la exigencia de “pan y circo” de los alegres y despreocupados romanos del tiempo de Juvenal... Hubo quien pidiese el regreso de Schubert para que el gran compositor terminase su Sinfonía Inacabada. Reclamaban otros la presencia del matrimonio Curie para demostraciones radiológicas, incrementadas con los conocimientos adquiridos allende el sepulcro.

Aparecieron personas llamando a Leonardo da Vinci para que les pintase la fe en el centro del cráneo, y un escritor respetable, de alma noble y corazón generoso, apareció inexplicablemente en la arena, proponiéndose presentar complicado problema de matemáticas a las almas del “otro mundo”. Hiparco y Ptolomeo regresarían reverentes, atendiendo a cuestiones de trigonometría, y Diofanto, el matemático griego, vendría presuroso a solucionar nuevos enigmas algébricos, asombrando a sus semejantes del siglo XX. Mientras tanto, los médiums serían ascendidos automáticamente a enciclopedia humana.

Ninguna realización en ese particular, pese a todo, resolvería el problema de la fe viva. Muchos Espíritus desencarnados han venido y han satisfecho extraños caprichos de los investigadores exigentes, pero siempre quedaba lugar para la desconfianza destructiva. Se invoca la telepatía en las más diversas ocasiones, para justificar todos los casos, y si la telepatía no llega, surgen teorías apresuradas que dejan a los materialistas “como antes, en el cuartel de Abrantes”.

Hace más de medio siglo que se esfuerzan los Espíritus de los “muertos” por iluminar el camino de los vivos en lo referente a las certidumbres consoladoras de la vida impe-

recedera. La creencia, sin embargo, tal como el fruto, tiene su época de maduración necesaria. Los hombres de buen sentido que mueren antes de los demás comprenden la extensión de las debilidades que caracterizan a sus hermanos de humanidad. Saben que no se puede pedir determinados testimonios o ciertas ecuaciones intelectuales a los menores de espíritu, que constituyen vastísimas huestes en el campo evolutivo. Conocen igualmente, a los gigantes de la inteligencia, que afrontan las verdades eternas con el estilete del sarcasmo, sin desconocer las responsabilidades que asumen, si bien vacilantes entre las consideraciones exteriores y las imposiciones de la conciencia. Los desencarnados esclarecidos, en cambio, no pueden dudar ante el cuadro divino de las realidades eternas y continúan prefiriendo el silencio con el trabajo edificante en la elevación general. No pueden, en obediencia a los principios de orden divino que rigen sus actividades y relaciones, volver a la camaradería inferior, comentando vulgaridades y bromas de mal gusto, para satisfacer al caprichoso criterio de los antiguos compañeros atollados en las viejas fantasías. No disponen de tiempo para solucionar rompecabezas en atención a exigencias fuera de lugar, sin ningún valor esencial en la adquisición de la fe. Pero... ¿quién sabe? Quizá puedan ser útiles, más tarde, a sus amigos, en horas de extremo interés para el espíritu, en la solución de problemas de importancia fundamental para ellos, en el campo infinito de la vida eterna.

39 — SERVICIO DE INVESTIGACIÓN

El investigador policial, a propósito de problemas intrincados, es siempre alguien que debe educar los ojos para identificar el mal. En los crímenes oscuros, en los hurtos misteriosos, se echa al campo en busca de los verdaderos culpables. A veces se socorre de la injusticia, hasta que el delincuente aparezca a la luz meridiana, confesando la propia falta. Sus esfuerzos casi siempre son dignos de alabanza; pese a ello, como la justicia del mundo en muchas ocasiones está simbolizada por una diosa ciega, la ternura fraternal no es característica de sus funciones. Es lógico reconocer que la sociedad humana no puede prescindir de su concurso. El “hombre-lobo” aún predomina entre las criaturas, deprestando y asaltando, arruinando y destruyendo.

Siendo así, comprendemos cuán imprescindible es la fiscalización en el instituto del orden social. El investigador, no obstante, a título de ejercer fielmente la misión que se le ha conferido, alardea de alejarse de la piedad. Es preciso arrancar confesiones, corregir el mal, rectificar el desvío y borrar de una vez la posibilidad de nuevos crímenes. Son atribuciones ingratas, pero naturales y humanas, ante los desequilibrios provocados por la perversidad deliberada.

En sana conciencia, el profesional de la seguridad pública no puede ser criticado, siempre que no trate de es-

tancar la sangre derramando más sangre, ni de reprimir la violencia impulsiva con la violencia organizada. El médico también hace amputaciones difíciles y dolorosas y aplica el hierro candente a las heridas de mal carácter. Y las llagas sociales exigen ánimo fuerte a los cirujanos de la policía técnica. No se puede curar los golpes hondos de la maldad voluntaria con perfume de rosas sin espinas. A menudo es indispensable cortar y hacer daño, aislar y cauterizar.

Ese es un sector de benemerencia de la criminología. Nos referimos a minucias psicológicas del investigador, para demostrar la elevación de su tarea en la zona que le es propia, valiéndonos, además, de la enseñanza para algunas observaciones en el servicio de la espiritualidad superior.

¿Cuántas veces los compañeros de lucha improvisan investigaciones, so pretexto de caridad?

Se reúnen forzosamente en torno a médiums, como detectives sagaces en busca de la pretendida maldad. No criticamos en ellos la observación constructiva, sino que lamentamos las pésimas condiciones de espíritu con que recurren a la experimentación.

¿No sería más útil aplazar la tentativa? ¿Y no será más prudente, en el capítulo de las amabilidades, que los amigos de la doctrina y los médiums de buena intención se abstengan de colaborar en esos intentos prematuros?

Es un error acudir a los desencarnados esclarecidos a la luz de la Revelación Divina manteniendo en el corazón propósitos únicamente comprensibles en los investigadores policiales, que se han de valerse forzosamente de ellos en el trato con los criminales contumaces.

Todos los que organizan sesiones mediúmnicas con el objetivo de satisfacer a los cazadores de delincuentes, no se acautelan contra los peligros a que se exponen, porque en el plano invisible también hay entidades perversas, que no pierden ocasión de participar en condenables aventuras; y el

trabajo de los Espíritus Superiores en tales ocasiones se reduce, casi, a preservar a los investigadores tiránicos de la influencia de peligrosos malhechores desencarnados, que responden a las preocupaciones de orden inferior que los asaltan.

La reunión mediúmnica es asimismo una visita de las almas encarnadas al plano espiritual.

Los compañeros terrestres se elevan por medio del pensamiento, a fin de que nos encontremos en “algún lugar”. Si el cooperador humano cuenta con excelentes relaciones en la esfera invisible, recibiendo de ellas contribuciones efectivas de socorro e iluminación, ¿cómo someter a sus bienhechores lejanos a la investigación por parte de personas, que si bien son respetables por el trabajo que llevan a cabo en la Tierra, están absolutamente faltas de preparación en cuanto a las responsabilidades del Espíritu? ¿Entregaría el hombre de bien, al primer desconocido que visitase su casa, las intimidades del santuario doméstico, so pretexto de dar ejemplo de caridad evangélica? ¿Cómo olvidar evidentes deberes en la seguridad del bien, si el propio Cristo recomendó a sus seguidores que no arrojasen sus perlas así como así?

Es posible que muchos amigos nuestros todavía encarnados, obedeciendo a impulsos de excesiva afectividad, arrojen a cualquier aventurero adornado de títulos externos las joyas de la confianza y del optimismo que les fueron regaladas por las inteligencias que habitan el Plano Divino. Pero nosotros, de ojos abiertos y vigilantes, ante el campo infinito de la Vida, no podemos hacer lo mismo.

La caridad es la virtud sublime que salva, mejora, enaltece y perfecciona, pero la imprudencia, disimulada por palabras lisonjeras, no le puede arrebatarse la aureola fulgurante.

Es razonable que los estudiantes del Espiritismo evangélico no desprecien el análisis constructivo. Es imposible vivir a ciegas en un terreno tan claro, donde la libertad para discernir, como diosa de la razón victoriosa, no permite la soberanía de las tinieblas interiores. Pero que nadie convierta un ambiente de legítima fraternidad en gabinete policial, donde los Espíritus Elevados deben comparecer como delincuentes sumisos. Búsquese la compañía de esos Bienhechores con el espíritu de alegría, serenidad y amor con que se buscan los afectos generosos y dignos de la Tierra. Los que no puedan proceder así, aplacen el cometido, aunque estén ante la insistencia apresurada de sus mejores amigos, porque el pensamiento del hombre, donde quiera que se encuentre, emite rayos de atracción buscando receptores adecuados, y quienes se reúnen buscando malhecho

40 — EL JURADO NEGATIVO

El espíritu de Rodrigo Oberón, antiguo hombre de letras en la Tierra, fue llamado a un jurado familiar, constituido por aficionados y colegas que con él habían intimado en la lucha material.

El desencarnado había dado noticias de sí mismo después de la muerte, y el hecho había alborotado el antiguo campo doméstico provocando la extrañeza general. Con todo, ante las consecuencias morales que la sorpresa implicaba, los viejos camaradas del muerto repelieron la buena nueva enérgicamente. Pero Oberón no se intimidó y, como habitase ahora el país de la verdad, continuó escribiendo, dirigiéndose, ya no a los hermanos de otro tiempo, sino a los compañeros de buena voluntad que la nueva tarea le había dado a conocer, enriqueciendo su corazón. No obstante, ante su insistencia, sus amigos reclamaron su presencia en reunión más íntima a la que el médium, acusado de embustero y mistificador, compareció acobardado, encorsetado en justas inhibiciones. No obstante, era tan grande el buen deseo de Rodrigo, que los óbices naturales fueron vencidos y él consiguió manifestarse ante la asamblea de hermanos del lejano pasado, ahora convertidos en simples investigadores.

Pronto advirtió que nadie en la sala recibía la visita con la espontaneidad que sería de desear. Todos los presentes

hacían gala de una actitud de vigilancia. Algunos abrían desmesuradamente los ojos, otros afinaban el oído, al objeto intensificar la severidad de la crítica.

Oberón, sin embargo, equivocado en sus mejores y más bellos propósitos, dio rienda suelta a la emotividad que bañaba su alma y llorando de júbilo, dentro de los conocimientos dilatados que la muerte le había otorgado, saludó, conmovido:

—¡Amigos míos, que la paz de Dios esté con nosotros!

Admirados, los asistentes se miraron entre sí. Uno de ellos rompió la estupefacción y comentó en voz alta:

—¡Oh! ¿Qué significa esto? Rodrigo Oberón era un ateo inteligente, no hablaría ahora de Dios.

Antes de que las opiniones contradictorias se hiciesen oír con más calor, evidenciando menosprecio ante la preciosa oportunidad, Rodrigo aseveró, paciente:

—Amigos, la muerte nos modifica. Es imposible insistir en la negación sistemática frente a las afirmaciones de la vida victoriosa.

Y pasó a relatar consoladoras reminiscencias, refiriéndose a acontecimientos y fechas inolvidables. Sin embargo, mientras el desencarnado se extendía en sublimes emociones, los presentes acentuaban la frialdad del primer instante de observación. En una ligera pausa de Oberón, uno de ellos comentó atrevidamente:

—Esto no constituye prueba. El médium conoce la biografía del muerto. Y sonriendo, irónico, añadía:

—¿Quién la ignoraría, por ventura?

Notando que no se hacía conocer por el pasado que recordaba ante los indagadores intransigentes, Rodrigo pasó a hablar del nuevo plano de existencia, describiendo su belleza divina. Pero la asamblea lo escuchó impasible y uno de

los antiguos compañeros exclamó, en la primera pausa del narrador:

—¡Todo mentiras! Donde no observamos el desvarío de un cerebro demente, se ve la mistificación criminal. ¡La descripción es puramente fantástica!

Fijando los menudos ojos en sus colegas, tan rígidos de sentimiento como él, indagaba sarcástico:

—¿No habrá ya bastante ficción en el mundo?

El Espíritu permanecía angustiado. Estudiaba apresuradamente un medio de continuar en la defensa afectuosa de la verdad, cuando un amigo se acercó y le dirigió cierta pregunta indiscreta, alusiva a la familia consanguínea. Él sabía que si bien la muerte lo conservaba sin cambio espiritual, no ocurría lo mismo en el ambiente doméstico. La separación en la esfera terrena había determinado modificaciones apreciables en su casa. Herido en lo más profundo del alma por la crueldad de la demanda, respondió tímidamente:

—No me obliguéis, por piedad, a opinar en situaciones que debo olvidar. ¡No me corresponde el derecho de interferir en las respetables decisiones de aquellos que me fueron amados en el mundo! ¡No puedo, no puedo!...

Pese a todo, insensible a su sufrimiento, uno de los investigadores consideró:

—¿No veis? Estamos presenciando un caso de cárcel o de casa de salud. Cuando se busca la identificación del muerto, el Espíritu retrocede...

A estas palabras siguieron carcajadas sonoras.

Rodrigo no desanimó.

Reuniendo los recursos verbales, se refirió, profundamente emocionado, a los vínculos sublimes de la ternura y de la comprensión en las viejas alegrías de la camaradería

terrestre; pero al terminar, alguien gritó sin el menor respeto:

—¡Simples banalidades! ¡Acabemos la farsa! ¡El diablo no tiene familia!

Oberón intentó explicarse aún, comentando con humildad su posición difícil en el momento y relatando las sorpresas que aguardan al hombre más allá del sepulcro.

Pero antes de que acabase uno de los asistentes le cortó la palabra, injuriando su presencia:

—¡Vete, Satán imbécil! Un escritor mediocre no cometería los errores de psicología y lenguaje que tu audacia atribuye a nuestro amigo muerto. ¡Sabremos vengar su memoria, castigaremos a los culpables de este acto burlesco, en que un demente, haciéndose pasar por médium, desempeña el papel de histrión criminal, presumido e inconsciente!

El Espíritu calló, y después de orar en silencio, ahogado en abundantes lágrimas, se despidió con voz pausada:

—¡Adiós amigos! Nunca más, mientras permanezcáis en la carne, oiréis a Rodrigo Oberón en jurados familiares. A pesar de todo, ya que no me recibís en el cielo del entendimiento, yo iré a encontraros en el infierno de la incompreensión en la primera oportunidad. Rechazáis ahora el amigo que la vida os devuelve, pero la muerte os esperará a todos, encaminándoos al diablo que invocáis. ¡Hasta la vista!

Y bajo fuerte impresión, se disolvió la pequeña asamblea para que los viejos camaradas del muerto siguiesen marchando, por sí mismos, al encuentro de la verdad, lastimando sus propios pies, en el vasto camino de la experiencia.

41 — ADIVINACIONES

Amigo mío: tú aún perteneces al número de aquellos que consideran adivinadores a los Espíritus desencarnados, y preguntas por qué motivo no pulverizamos las afirmativas de los detractores gratuitos y apresurados del Espiritismo Cristiano. Supones, siguiendo la corriente a mucha gente, que somos nuevas ediciones del viejo Tiresias, precursor de la “buena dicha”, y que a la manera de los cristianos deslenguados debemos estar al día con todos los secretos del prójimo, a fin de, por ese fácil procedimiento, darte a conocer nuestras actividades espirituales de modo concreto e incuestionable.

No obstante, puedes creer que la lógica no autoriza semejantes suposiciones. Si el Espiritismo tuviese por abogados tan solo a los magos de la revelación barata, la gran doctrina jamás pasaría de ser un movimiento anecdótico, en el cual la opinión y el boato se encargarían de interceptar la luz divina. Las sesiones quedarían reducidas a espectáculos caseros, con la supervisión de unos payasos sin cuerpo físico, y los asistentes volverían a la posición psíquica de los niños curiosos que frecuentan las salas de magia atendiendo únicamente a la varita del mago.

¿Crees que la Providencia Divina permitiría el regreso de los muertos únicamente para eso? El fenómeno trascen-

dente de la comunicación con el plano espiritual ¿estaría circunscrito a meras demostraciones telepáticas?

Para muchos, la finalidad de nuestro intercambio consiste en convencer sin esfuerzo a los corazones más endurecidos. Los padres muertos impondrían convicciones a los hijos, adivinándoles las intenciones y anulando su libre albedrío, en la esfera de las realizaciones materiales. Los esposos fallecidos continuarían al frente de la casa, satisfaciendo los caprichos de la compañera, por más disparatados que fuesen. Entre tanto, la muerte es llave de emancipación para cuantos esperan la libertad constructiva. Y aquí, en el “otro mundo”, somos naturalmente compelidos a inmediato reajuste del cuadro de opiniones personales. Las afirmaciones quijotescas de los adversarios de la verdad no bastan para modificar una sola tilde en las leyes universales, y sus arremetidas injuriosas contra los servidores fieles de la causa del bien no son más que bulla infantil, en torno a las sublimes fuentes de la Nueva Revelación. Por cierto, es razonable que digan insultos y necedades, atendiendo a los impulsos de la boca no educada. Ignoran la grandeza del verbo creador y, a veces, no son más que enanos espirituales disfrazados de gigantes físicos.

Nosotros, en cambio, que hemos atravesado la experiencia del sepulcro, no podemos caer al mismo nivel. Es indispensable examinar los problemas graves de la vida, penetrar el conocimiento del destino y del dolor, amparar la comprensión de eternidad naciente en el mundo, y no sería lícito perder las horas en atender servicios de adivinación barata.

Aparte de eso, hay que ponderar las deplorables consecuencias de las informaciones prematuras.

Te referirás, naturalmente, a los bellos servicios de la psicometría en la divulgación de la doctrina consoladora. Sí, es cierto. No juzgues, sin embargo, que esos trabajos se efectúan sin el control de las inteligencias esclarecidas de

nuestra esfera de acción. Y no solo los desencarnados necesitan disciplina en sus donaciones verbales: también los médiums deben refrenar el deseo de adelantar ilaciones de lo que observan en silencio, porque en asuntos de espiritualidad, toda prudencia se hace imprescindible.

En algún lugar he leído la historia de un vidente moderno que pasaba por ser maravillosamente verdadero. Cierta vez fue visitado por un hombre que le pedía socorro para las aflicciones psíquicas. El cliente, inquieto, traía consigo un cuadro doloroso. En la existencia pasada había sido homicida, y en su campo mental, pese a la bendición del olvido en el renacimiento físico, se estampaba aún la escena lamentable del pasado delictuoso. Desde la infancia, debido al rescate que debería llevar a efecto, era atormentado por pesadillas y tentaciones que parecían no tener fin.

Los médicos lo daban por víctima de perturbaciones congénitas, y como no le solucionaban la cuestión angustiosa, recurrió al sensitivo, sediento de paz interior. El médium, sirviéndose de su facultad de penetración en otros dominios vibratorios y presumiendo de la franqueza que le era característica, puso en marcha el caudal de apreciaciones propias y le habló abiertamente de lo que veía. Sin espíritu de caridad constructiva, concluyó el vidente locuaz que el cuadro significaba asesinato en futuro cercano, aseverando que el consultante mataría a un hombre. Se retiró el enfermo del alma en condiciones terribles. Sugestionado por el médium imprudente, pasó a vivir mucho más del pasado criminal, reconstituyendo instintivamente las ideas siniestras de otra época. Debería matar a alguien y se preparó para el horrible acontecimiento. Corrieron los años. Uno, dos, tres, cuatro... El enfermo procuró eliminar a diversos parientes y amigos sin resultado. Había perdido el contacto con el trabajo saludable.

La idea fija del crimen lo enardecía. No dormía, se alimentaba mal y se había convertido en peligroso alienado

fuera del manicomio. Su situación seguía siendo angustiosa cuando, cierta noche, encontró un hombre que meditaba en un puente solitario. ¿No habría llegado el momento?, pensó. ¿No le correspondía asesinar a un hombre? Perturbado, afligido, se precipitó sobre el desconocido y lo apuñaló. Algunos instantes más y se aclaraba la identidad del muerto. El asesinado era el vidente, proveedor del pensamiento inicial del crimen. La idea, pequeña e insignificante al principio, se había desarrollado, crecido y actuado contra su propio creador.

¿Comprendes entonces la responsabilidad de aquellos que sacan conclusiones precipitadas o que adelantan informaciones prematuras? Responderemos por todas las imágenes mentales que lleguemos a crear en los cerebros ajenos.

Natural, por tanto, nuestro retraimiento en materia de pareceres inoportunos y novedades sensacionales. La obra evolutiva de cada uno de nosotros pide tiempo y experiencia.

Si deseas cooperar en las filas del Espiritismo Cristiano, instrúyete en el conocimiento de la verdad y edificate en la práctica del bien, absteniéndote de exigir el concurso de tus amigos desencarnados, en el campo de las revelaciones fáciles. Divulga allí donde vives y trabajas el mensaje de la buena voluntad y la colaboración evangélica que la fe y el esfuerzo propio han grabado en tu corazón. En cuanto a los detractores y perseguidores vulgares, no les concedas el aprecio que andan lejos de merecer. Entrégalos a la luz bienaventurada de la conciencia, porque el sufrimiento y la muerte se encargarán de transformarlos en el momento oportuno.

42 — FILOSOFÍA DE LA DUDA

No siempre los enemigos declarados de la fe son los destructores de la edificación espiritual. Los materialistas confesos son a veces excelentes personas, de corazón blando y cabeza dura.

Sintiéndose alejados de la práctica religiosa, casi siempre experimentan sincero placer en el servicio a los semejantes, absolutamente desinteresados de la remuneración divina. Su increencia resulta mucho más de la imposibilidad espiritual que de la mala voluntad calculada. Y como no se puede exigir fruto al naranjo tierno, hay que dejarlos en el ateísmo provisional, al sol y a la lluvia de las experiencias que hacen y deshacen cosas y situaciones, para que el hombre descubra la propia grandeza.

Los caracteres verdaderamente peligrosos para los servicios edificantes de la fe son aquellos que reciben sus bendiciones, absorben sus luces y recogen sus beneficios, pero se declaran contra ella al siguiente día, empuñando las armas de la inteligencia con que precipitan en el abismo de la duda la mente frágil de los compañeros que piden que les den la mano.

Los sacerdotes del Sinedrio que provocaron la crucifixión de Cristo permanecían en la rigidez de principios ca-

racterística de su trabajo y jamás ocultaron el desagrado que la lección de Jesús les causaba; sin embargo los soldados pagados para declarar que la resurrección no era más que un embuste grosero, aseverando, a modo de observadores súper inteligentes, que los discípulos habían hurtado el cuerpo del Maestro durante las sombras de la noche, esos sí, ocasionaron graves disturbios, junto al Evangelio naciente. Es innegable que semejantes perturbadores no afectan a la verdad eterna en su esencia divina. Las permanentes discusiones de los astrónomos sobre las manchas en el Sol no impiden que el astro glorioso continúe iluminando y sustentando el Planeta. Los enredos teológicos de la Tierra nunca disminuyeron la misericordia de Dios. Pese a todo, en la esfera de las realizaciones humanas, la ausencia de la colaboración de los favorecidos por la inteligencia retrasa, en cierto modo, las construcciones sublimes de la fe viva para la concordia y felicidad de un mundo mejor. Es justo, por tanto, que indiquemos la zona neurálgica del trabajo, procurando despertar a los compañeros de cerebro desarrollado y corazón atrofiado. Desde los primeros días del Consolador, traído a la Tierra con el Espiritismo Cristiano, ellos ponen cerco a la esfera del servicio digno de la restauración evangélica, lanzando las arenas movedizas de la duda en el terreno destinado a convicciones sanas.

Cooperando en el ministerio sublime de Allan Kardec, los Espíritus sabios y benevolentes organizaron con el inolvidable misionero la codificación de la doctrina consoladora, encaminada al espíritu sufriente de la Humanidad. Sin embargo, Charles Richet, no obstante los títulos ennoblecedores que adornan su personalidad, hace la revisión de las enseñanzas espíritas, creando la Metapsíquica para evidenciar la supremacía de la duda.

William Barrett, miembro de la Real Academia de Inglaterra, después de ser favorecido por las luces del plano superior, proclama que la emoción nerviosa es la fuente de los acontecimientos supra-normales y que aún está lejos el

tiempo en que se pueda demostrar la sobrevivencia del ser humano más allá de la muerte por medio de las manifestaciones mediúmnicas. Ochorowicz, favorecido por elevadas inteligencias desencarnadas, acompaña el gigantesco esfuerzo de los amigos espirituales, que le facultan notables demostraciones; pese a ello, a continuación del prestigioso servicio de las entidades invisibles, declara que la levitación es producto de la mecánica biopsíquica, de cuyos centros emanan, según su teoría, los rayos rígidos que mueven los cuerpos sin contacto.

Experimentadores diversos, tras recibir favores brillantes del mundo invisible, proponen que la palabra “materialización” sea sustituida por el término “ectoplasma”, para significar que el fenómeno no implica intervención de las inteligencias extrañas y sí el mero desdoblamiento del cuerpo físico en condiciones desconocidas para la energía nerviosa.

Posee la Ciencia infinitos recursos terminológicos para incentivar la duda en las almas. Y cuando surgen investigadores concienzudos y sinceros, que no temen las consecuencias de su lealtad a la sabiduría, se extienden las definiciones sarcásticas y les llueven las pedradas. Hasta hoy aparecen personas interesadas en presentar a William Crookes y a César Lombroso en la categoría de papanatas, a quienes los médiums sustrajeron las facultades de observación ante la vida. Incluso en el Brasil, hombres de vasta cultura y proyección social, como Bittencourt Sampaio y Bezerra de Menezes, fueron tachados de pardillos y locos, el primero porque permutó la política engañosa de los hombres por la divina política del Evangelio y el segundo porque cambió los intereses financieros de los médicos, altamente remunerados, por los intereses eternos del Espíritu.

Es muy difícil vencer al dragón de la vanidad humana que monta guardia a nuestro patrimonio intelectual.

Aunque hombres respetables y bienintencionados como Richet vengan a la zona del esclarecimiento, colaborando con éxito en la intensificación de la cultura moderna, surge siempre una brecha, aquí o allá, por donde el monstruo asoma las garras, revelando la deficiencia de nuestra edificación personal.

Esas maravillosas inteligencias filiadas a la duda sistemática, continuarán perjudicando el desarrollo de los gérmenes de la fe y aplazando indefinidamente las realizaciones de un mundo espiritualizado; no obstante, pasarán también en el campo infinito de la vida, dando lugar a científicos más fuertes y sin miedo. Que nadie se perturbe ante esos hombres admirables por su raciocinio, porque ellos van discutiendo, dudando y muriendo y los Espíritus benevolentes y sabios continuarán construyendo, sin desánimo y sin inquietud, la Tierra mejor del mañana.

43 — DESMONTANDO ACUSACIONES

En las ruidosas campañas contra el Espiritismo, no raro surgen aquellos que acusan a los desencarnados de varios modos.

¿Por qué motivo los Espíritus no descubren los secretos ocultos de la Naturaleza, atenuando las dificultades que rodean la existencia del hombre? ¿Por qué no escriben libros técnicos avanzados, solucionando los problemas de la Ciencia y de la Industria? ¿Cómo no ofrecen recursos para la cura de la malatía o del cáncer? Regresando a las escalas más bajas en el pentagrama de las preguntas puramente intelectuales, encontramos criaturas preguntándonos por qué no indicamos el lugar donde se halla el bolso perdido de la señora M., o qué razón nos lleva al desinterés por la búsqueda del preciado anillo, olvidado en el tranvía por el señor S.

Desconociendo la bondad de Dios, el Dador Anónimo del Universo, los escritores orgullosos afirman que todas las conquistas de la cultura humana son debidas al pensamiento de los vivos, como si sus declaraciones se destinasen a herir la supuesta vanidad de los muertos, para que vengan a

disputar con los hombres en la adquisición de miserables glorias efímeras.

Hay que considerar, no obstante, que si los desencarnados asumiesen en la Tierra el papel de orientadores tangibles de la evolución, en el descubrimiento de utilidades nuevas, esos mismos escritores se rebelarían contra ellos, tachándolos de infractores de la ley de la libertad, e invasores del sembrado ajeno. Pero estén tranquilos nuestros amigos del mundo físico, porque nadie con bastante esclarecimiento, en nuestro plano, se siente autorizado a interferir directamente en las edificaciones que competen a los misioneros, estudiosos y trabajadores de la Tierra. La esfera que ahora habitamos, si ofrece bastante luz a nuestra mente, también ofrece innumerables problemas, que hemos de resolver atendiendo a nuestras necesidades para la vida eterna. La muerte del cuerpo no se hace acompañar de estacionamiento, en el cual estaríamos obligados a contemplar a los desencarnados, ni de las delicias del cielo o las torturas del infierno. Somos compelidos por ella a nuevos caminos de ascensión, donde lo infinito nos deslumbra. La materia diferenciada nos invita a trabajar en fascinantes enigmas, la evolución presenta otros aspectos y la universalidad nos conduce a maravillosos inventos de felicidad y paz.

El campo de las luchas renovadas no nos da pie para la interferencia indebida en la labor encomendada al hombre de carne, y, aunque las oportunidades nos permitiesen colaboración de esa naturaleza, no sería lícito sustraer a la criatura humana la facultad de orientación propia en el descubrimiento de sí misma.

Si la miseria y la enfermedad fuesen eliminadas de una vez, posiblemente el orgullo y la vanidad consolidarían su imperio en la existencia terrestre, encerrando a los habitantes del Planeta en grosera corteza de egoísmo por innumerables milenios, aparte de cerrarles la perspectiva del panorama universal. En cuanto al servicio de los inventos y des-

cubrimientos, la esfera invisible, atendiendo a los superiores designios de Dios, presta concurso fraternal e indirecto a las realizaciones terrenas, pero no impone innovaciones espectaculares al cuadro evolutivo de las criaturas.

Y, hablando de ingenios de que la civilización se enriquece cada vez más, es imprescindible considerar que el hombre no puede quejarse en lo que respecta a las edificaciones que le fueron autorizadas por la Providencia Divina, importando observar cómo las utiliza.

Dios ha permitido que la criatura humana recibiese la embarcación a velas: se organizó entonces la piratería del pasado; le dio el navío a vapor y se armaron verdaderas ciudades flotantes, que atacan a las colectividades ribereñas sin aviso previo; le confirió el Señor el descubrimiento de la materia explosiva, para que las montañas de piedra calzasen la residencia de los hijos de la Tierra y a fin de que las manos humanas colaborasen en la estructuración de una superficie planetaria más acogedora y más bella. Sin embargo, de esa conquista preciosa se hizo la bomba destructiva que deja caer la lluvia de muerte sobre hogares y hospitales inocentes.

Concedió el Altísimo al mundo necesitado el tractor y el automóvil; sin embargo, muy pronto los tomaban como modelo para la fabricación de tanques arrasadores que talan hasta las más humildes hierbas del campo. Autorizó el Padre la entrega del teléfono sin hilo a las naciones, aisladas unas de otras, a fin de que aprendiesen la fraternidad legítima; pero ese recurso es aprovechado para la expedición de siniestros mensajes de muerte a submarinos criminales, que atacan a mujeres y niños que viajan por mar. Mandó el Divino Dador que el avión fuese entregado a los pueblos terrestres, facilitando el intercambio entre las diversas regiones del Globo e incentivando la solidaridad mundial; en cambio, la máquina del aire fue convertida en el pájaro del

exterminio, hiriendo y deformando, matando y destruyendo.

¿Qué hizo el hombre del progreso científico que el Señor confirió a la Tierra, si salió de la caverna de la edad de la piedra hacia los palacios griegos y los anfiteatros romanos, hacia los castillos medievales y los rascacielos modernos, regresando, ahora, apresuradamente, a la caverna de horimigón de los abrigos antiaéreos?

No formulamos la pregunta como quien está atacado de pesimismo crónico. Creemos sinceramente en el mundo mejor, en la fraternidad legítima y en la paz restaurada.

Queremos responder tan solo a los inquiridores ociosos que indagan, sarcásticos, sobre la actuación de los espíritus desencarnados, en el círculo de los inventos y descubrimientos que la Tierra ha venido recibiendo en exceso de la bondad de Dios, habiendo pagado mal la confianza celeste; y añadido, que si yo fuese alguien con bastante autoridad, rogaría al Altísimo que interrumpiese el don de nuevos ingenios al hombre terrestre al menos durante mil años sucesivos, hasta que éste reconsidere su vieja actitud de menosprecio a los bienes divinos, progresando debidamente hacia la verdadera comprensión de la luz espiritual.

44 – RESPUESTA LEAL

Tú, amigo mío, en un gesto de confianza excesiva, me pides orientación y comentas el laberinto a que has llegado después de muchas aspiraciones y fracasos en el camino de la vida. Con amabilidad, añades: —“Si el hermano no pudiese hacerlo, otro amigo podrá tomar su lugar. Necesito recibir un consejo del plano invisible”.

Sin embargo, el mismo recelo que me asalta invade el corazón de otros compañeros de aquí, que, como yo, no se sienten a la altura para proporcionar directrices en carácter absoluto.

Es cierto que habitamos el plano invisible, según parece a los que todavía permanecéis en la carne, pero no nos encontramos en la esfera de la sabiduría que todo lo ve.

Decía Oscar Wilde que, impartiendo buenos consejos, por lo regular damos a otros aquello que nuestra vida más necesita. Es un vicio antiguo en la Humanidad. A menudo, en la Tierra, oía decir también que los buenos cobradores habitualmente son malos pagadores. La máxima nos hace recordar a las personas fértiles en advertencias correctas al prójimo y necesitadas de orientación para sí mismas.

A medida que crecemos en conocimiento superior, se nos ilumina el entendimiento para las situaciones más difí-

ciles. Y entonces es cuando descubrimos la realidad de las posiciones evolutivas y empezamos a vislumbrar a las criaturas en los diferentes grados de comprensión que han logrado alcanzar.

¿Cómo, pues, podría entorpecerle caminos particularizados a la acción?

Dices tú, esposo preocupado de una joven enferma, con quien te has casado en segundas nupcias, y padre de cuatro hijos rebeldes que se han quedado sin madre, que pretendes vender tu casa en la ciudad y marcharte a vivir al campo, atendiendo a las necesidades de salud de tu compañera. Y me cuentas tus dificultades con la ingenua confianza de un hermano menor, que relaciona obstáculos e inhibiciones ante el hermano mayor, angustiado por no disponer de recursos para la solución necesaria. Afirmas que te encuentras desempleado desde hace dos años, en virtud de la persecución de ciertas criaturas ingratas que mueven contra ti un proceso humillante por faltas que no has cometido. Aparte de eso, te encuentras agotado por vicisitudes diversas, rodeado de acreedores exigentes, que te piden el rescate inmediato de abultadas deudas, situación ésta agravada por una úlcera duodenal confirmada por varias radiografías. En el campo moral, según la relación de tus angustiosos pesares, no es tu lucha menor, ni puede ser más triste. Viudo aún joven, con cuatro chiquillos, de los cuales la mayor cuenta en este momento apenas los doce años, te has visto forzado a un segundo matrimonio, porque tus parientes rehuyeron los huérfanos de madre. Considerando inoportuno el recurso a las casas de caridad, en vista de tus nociones dignas, de padre responsable, has desposado a una joven que te ha venido ayudando, durante tres años consecutivos, en una sala de costura en tu propio hogar, multiplicándose de muchas maneras para atender a tus intereses de hombre de bien y a las exigencias de tus hijitos, la cual tiene de madrasta únicamente el título. En la faena de cumplir obligaciones por la tranquilidad de la casa, la pobrecita enfermó

gravemente, amenazada por la tuberculosis que ronda su organismo. El médico le aconseja irse al campo, pero tus graciosos retoños, convertidos en pequeñas fierecillas ingratas, se oponen a esa medida, atormentando tu corazón de padre afectuoso y sensible.

Y me preguntas: —“¿Qué haré?”

Me conmueve tu sufrimiento, pero no me sorprende el cuadro de probaciones redentoras en que te ves envuelto. Hay criaturas luchando con mayores obstáculos y víctimas de mayores tormentos. Y si contesto a tu carta con tanto detalle, es porque una sola particularidad de tus palabras me ha causado enorme estupefacción: tu propósito de suicidio. Esto es efectivamente doloroso y terrible. De todas las luchas bienaventuradas del momento, ese, amigo mío, es el único punto negro de tu historia. Desde los grandes profetas que han precedido al Cristo, sabemos que, de la mañana hasta el crepúsculo, de la noche a la mañana, el tiempo cambia. Cada día tiene sus cunas y sus sepulcros nuevos. Todo el paisaje de tus preocupaciones puede mudarse en un instante. Ese pensamiento debe consolar tu mundo interior, porque Dios no es un Dios de inmovilidad e indiferencia: la vida se mueve al influjo de su divino amor.

Tú, sin embargo, me pides orientación particularizada, definida.

¿Qué conclusiones esperarás, por ventura, de nosotros?

No estamos, aquí, al frente de oráculos infalibles. Permanecemos esforzándonos igualmente por eliminar las consecuencias deplorables que nuestros actos originaron en nuestro pasado y trabajando por la adquisición de valores sustanciales para la vida infinita. Y como no dispongo de otros consejeros que no sean la lógica y el buen sentido, creo que para tu caso con la Justicia no debes olvidar la colaboración de un abogado eficiente, sin dispensar el concurso de

un buen médico para tu caso clínico. Y procura ayudar a tu dedicada compañera, trasladándola al campo, después de escuchar el consejo de un técnico agrícola sobre la compra de tu propiedad rural. Para aliviar tus disgustos de padre, adquiere una vara resistente que te faculte reajustar la educación doméstica de los chiquillos.

Yo también fui padre y tuve muchas ilusiones en cuanto a los probables derechos de los niños. Es un funesto error considerar que la gente menuda debe gobernar la colmena casera; antes de ese derecho, que recibirá con el tiempo, hay que enseñarla por los procedimientos correspondientes a cumplir las obligaciones inaplazables, aunque semejante actitud suscite la reprobación indebida de nuestros mejores amigos.

Si encuentras razonable lo que te digo, hazlo y espera al futuro, sin descansar las manos y sin olvidar que una fisonomía alegre y optimista constituye uno de los ángulos básicos en el edificio del éxito. Entre tanto, si consideras que mis modestos consejos son ineficientes e inadecuados, procede como mejor te parezca, seguro de que tú y yo somos hijos del mismo Dios y ambos poseemos un bien celeste que es la libertad. Úsala, según tu punto de vista, y aguarda los resultados.

45 — EL ÁNGEL DE LA SALUD

Angustiado, el Hombre enfermo invocó la protección del Cristo y clamó en lágrimas copiosas:

—¡Señor, ampara mi corazón, desalentado en el círculo de las pruebas! Se me han agotado los recursos para la resistencia... ¡Ya no puedo más! ¡Mis noches son prolongadas vigilias repletas de sufrimiento, y mis días constituyen largas horas de aflicción permanente! El dolor dilacera mis carnes y me desarticula los huesos... ¡Compadécete, Señor mío! ¡Baje un rayo de tu divina luz que me restaure la fuerza física, y me ayude a levantar el corazón humillado! ¡Desengañado de todos los procedimientos de curación movilizados en la Tierra, vuelvo mis ojos al Cielo, esperando tu inagotable misericordia! ¡Ayúdame, Pastor del Bien!

¡Mira mis sufrimientos y dame tu auxilio!...

De rodillas y de brazos abiertos, el peregrino sollozaba, contemplando el firmamento.

Oyó Jesús la oración y le envió el Ángel de la salud, el cual bajó bondadoso y servicial, apareciendo ante los ojos deslumbrados del infeliz enfermo.

En éxtasis, el enfermo contempló al mensajero y suplicó:

—Emisario del Médico Divino ¡lávame las heridas dolorosas, levánteme el espíritu abatido!

¡Hace muchos años que sufro miserablemente, pese a mi confianza en el Padre de infinita bondad! ¡Con el cuerpo llagado y putrefacto, noto que la esperanza y la fe han desertado de mi alma! ¡Socórreme, por piedad, caritativo emisario del Cielo!

El genio tutelar le acarició compasivo la frente, y exclamó:

—Amigo mío, ¡pon la conciencia en tus labios en oración y respóndeme! ¿Has vivido de acuerdo a la voluntad de Dios, huyendo de los caprichos del corazón? ¿Has vivido, hasta ahora, amando al Señor supremo sobre todas las cosas y amando al prójimo como a ti mismo? ¿Has dedicado tu cuerpo y tus facultades a la ejecución de las divinas leyes?

Preso del antiguo hábito de escapar a la verdad, el Hombre quiso proferir cualquier frase tendente a disculparse; sin embargo, la presencia del emisario sublime embargaba su ser y no era capaz de hurtarse al imperio absoluto de la conciencia. Dominado por la realidad, respondió entre sollozos:

—¡No!... aún no he servido a las leyes del Señor como debería... Pese a ello, Ángel bueno, ¡compadécete de mí, la enfermedad consume mis días, el sufrimiento me devora!

El enviado posó la diestra en la frente del mísero, como si intentase arrancarle la verdad del fondo del corazón, e interrogó:

—Pero ¿estarás dispuesto a olvidar de inmediato el pasado criminal? ¿Disculparás fraternalmente, sin cualquier sombra de duda, a todos aquellos que te desean el mal? ¿Prestarás auxilio a tu enemigo?

El enfermo dirigió al prepósito celeste una mirada de terrible angustia, y como nada respondiese, el mensajero continuó interrogando:

—¿Perdonarás siempre, olvidando ingratitudes, injurias y pedradas? ¿Recomendarás a tus adversarios a la bendición del Todopoderoso, reconociendo que ellos son más desgraciados que tú mismo, por la ignorancia de que dan testimonio?

¿Ejercerás la piedad, beneficiando las manos que te hieren y olvidarás sin esfuerzo la boca que calumnia?

Obligado por las fuerzas irrefrenables de la conciencia, el enfermo contestó, sin traicionar la verdad:

—Desgraciadamente, aún no puedo...

—¿No emitirás pensamientos inarmónicos ante la felicidad del prójimo? — indagó el emisario, afable y benevolente — ¿compartirás la alegría del vecino y la prosperidad del amigo, como si te perteneciesen también? ¿Ayudarás al hermano más feliz en la consolidación de la ventura que corona su existencia?

El mendigo de la salud recordó sus luchas internas, junto a aquellos que le parecían más venturosos, y contestó, sincero:

—No puedo todavía...

—¿Tendrás bastante disposición — prosiguió afectuosamente el interlocutor — para mantener viva la propia esperanza? Comprendiendo la paciencia de Dios, que aguarda nuestra iluminación por incontables milenios, ¿te decidirás a esperar, sin sublevarte, a que tus hermanos de lucha comprendan, aún algunos años? ¿Sabrás acallar la desesperación, a fin de auxiliar en nombre del Padre Altísimo, movilizándolo las fuerzas que te han sido confiadas?

El desventurado suspiró y dijo con tristeza:

—Aún no me es posible proceder así...

Tras una pausa algo más larga, el Ángel volvió a interrogar:

—¿Cultivarás el silencio, cuando la liviandad y la calumnia propaguen palabras locas en torno a tu corazón? ¿Defenderás la salud, evitando las reacciones invisibles de personas que podrías ofender con las falsas y delictuosas apreciaciones verbales?

—¡Aún no sigo semejante camino! — exclamó el infortunado.

—¿Podrás vivir — continuaba el mensajero — en el legítimo respeto a la Naturaleza, conservando tu vaso carnal de manifestaciones en la sublime posición de equilibrio por medio de la templanza, y cumpliendo con fidelidad el programa de servicio, en beneficio de ti mismo y de tus semejantes? ¿Experimentas el placer de ser útil, sinceramente despreocupado de las actitudes ajenas de gratitud o recompensa?

—¡Todavía no! — murmuró el interpelado en tono angustiado.

El emisario envolvió al desgraciado en una mirada de compasión infinita y añadió:

—¡Oh, amigo mío! ¡Aún es pronto para impetrar el socorro de los mensajeros de la salud! Si aún no sabes vivir, perdonar, esperar, comprender, ayudar y servir, conforme a la Voluntad del Altísimo, todavía habrás de luchar con la enfermedad, durante mucho tiempo. ¡Mientras tanto, no pidas ventajas que no sabrías recibir!

¡Ruega al Señor te conceda la energía necesaria para aficionarte a la ley del equilibrio y a las exigencias de la reflexión!

A continuación, el emisario le envió un cariñoso gesto de adiós. El desgraciado, no obstante, procurando retenerlo, exclamó entre sollozos:

—¡Oh, enviado del Cielo, confiaré en Jesús!

El Ángel lo contempló, bondadoso, y respondió tiernamente:

—Sí, lo sé. Sin embargo, eso no basta.

Es preciso que Jesús también pueda confiar en ti...

Y se alejó, para dar cuenta de su misión a las esferas más altas.

46 — DESAJUSTADO

Conozco tus males, amigo mío, y reconozco la oportunidad de tus consideraciones.

Después de la aparición de la sublime luz de la fe en tu alma, la paz te parece un mito distante. “Mi corazón ha ganado fe — aseveras — pero ha perdido la tranquilidad.”

La charla inteligente de preciosos amigos no enciende en tu espíritu el interés de otro tiempo. Si hablan de economía, te acuerdas del servicio inmenso de Jesús en el sector del reparto de los bienes terrestres; si comentan la política, recuerdas el programa de Cristo en las actividades del amor al prójimo. Cuando la Ciencia, el Arte y la Literatura no sintonizan con tus aspiraciones presentes, doloroso tedio invade tu corazón. Toleras las conversaciones sin participar en ellas y a menudo te cuesta mucho esfuerzo acompañar los comentarios de la vida y del mundo en el círculo de los parientes, a quienes debes el tesoro de los júbilos familiares.

La espiritualidad superior es, ahora, tu preocupación dominante. En muchas ocasiones, te asemejas al hombre del viejo cuento de la niñez, perdido en una gruta oscura y salvaje, buscando acceso al oxígeno leve del campo.

Antiguamente, el mundo materializado fascinaba tus ojos. Era preciso correr en busca de la conquista de conoci-

mientos y ventajas, instalar la personalidad en la galería de la evidencia social y política y adaptarse a las dominaciones del momento, a fin de atender a los imperativos de la existencia terrestre. Pero después... Una luz fuerte acaparó tu mente en el camino.

Deslumbrado al principio, te parecía que era una lámpara festiva más, en el castillo de las sensaciones; sin embargo, poco a poco has reconocido que no se trataba de una claridad como las demás. Como has tratado siempre los problemas de la vida alimentando el firme deseo de acertar, ha encontrado la luz elevados recursos en tu sinceridad, y ha penetrado en tu país interior despacito, iluminando tu conciencia. Desde entonces, ha nacido un nuevo entendimiento en tu alma. Se han transformado los paisajes internos y externos. Muchos cuadros que te parecían grandiosos se han vuelto insignificantes. Situaciones envidiables que en otra época seducían tu corazón, constituyen hoy zonas oscuras de las cuales huyes naturalmente amedrentado.

Los provechos se han convertido en peligros, los logros en responsabilidades y muchas ganancias que te parecían indispensables en la lista de adquisiciones del mundo, representan ahora para ti derrotas y pérdidas, que es preciso evitar en beneficio de tu propia felicidad.

¡Desajustado! ¡Desajustado!

Tu pensamiento repite esa definición todos los días y tus viejos afectos renuevan la misma observación. En balde buscan en tus gestos, actitudes y palabras, el hombre que un día fuiste. Algunos afirman que la vejez prematura se ha adueñado de tus días, exclaman otros que la experiencia religiosa te ha embotado el raciocinio. Tú mismo, en momentos de prueba más áspera, te esfuerzas inútilmente por volver al pasado. Sin embargo, ya no es posible el camino de regreso. La verdad domina la fantasía y te ves compelido a permanecer en la misma posición de desplazamiento espiritual.

¡Desajustado! ¡Desajustado!

Desde hace algunos siglos, existe en el mundo la llamada legión de los hombres “marginados”.

Se trata de judíos alemanes, en las sociedades germánicas; anglo-hindúes, en círculos hindúes; mestizos en el África Portuguesa y en la Isla de Java. Se sienten desplazados, ansiosos, insatisfechos...

Les llaman “sin patria”, viajando hacia un puerto que jamás encontrarán. Se exasperan y sufren, sin medicina que cure su llaga interior. Uno de ellos, Stefan Zweig, sensibilidad extraordinaria al servicio de la inteligencia, aburrido de ficheros y pasaportes, angustiado por su condición de peregrino internacional, prefirió el suicidio, menospreciando los dones de Dios.

Sin embargo, amigo mío, su sufrimiento era peor. Su desajuste más grave. No había patrias terrenas que pudiesen satisfacer su ideal, porque la fe había conferido a su corazón la ciudadanía del mundo. Sufriría por el brasileño como por el javanés; meditaría en el dolor común, allá donde ese dolor apareciese. Se había desprendido de los lazos humanos, aunque permaneciese dentro de ellos según la expresión física. Era un prisionero liberto que conservaba los grilletes por amor al deber. La sangre que corría por sus venas se había modificado. Pertenecía al organismo de la Humanidad. Y por eso su angustia interior había sobrepasado la aflicción de los que disputan una patria terrestre, delimitada por puentes, árboles, ríos o cercas de alambre.

Ansiaba su corazón una esfera más alta, donde pudiese pulsar al ritmo de la comprensión universal.

Para ti, tampoco hay otro remedio en la Tierra más que seguir adelante, procurando mantener en tu espíritu la bendición de la divina serenidad. Y cuando el desaliento acose desde lejos tu corazón, acuérdate de la súplica de Jesús, en favor de sus amados continuadores.

En el capítulo diecisiete del Evangelio de Juan, el Maestro exclama: — “No sois del mundo, como yo tampoco lo soy”. No ignoraba que su lección desplazaría la mente de los discípulos, reajustaría los valores de la existencia en cada uno de ellos ante la revelación de la eternidad y les aportaría profunda renovación interior. Comprendía Jesús que ese trabajo es básico y esencial en la edificación del Reino de Dios, y reconociendo que necesitaba esclarecer a los aprendices de manera inequívoca, Él mismo tomó la posición marginal. Ni en el Cielo, donde no podría descansar aún, ni en la Tierra, donde no lograría identificarse con la mayoría de los mortales, sino en la cruz, en la situación de Marginado Divino, invitando a las criaturas al monte de la Resurrección.

Es evidente, pues, que el Cristo preveía ese desajuste temporal y espera que el cooperador fiel de su obra tome la cruz que le pertenezca y siga sus pasos, hacia la vida inmortal.

47 — PARÁBOLA MODERNA

Y he aquí que en plena asamblea de espiritualidad se levantó cierto compañero intelectualista y se dirigió al amigo sabio y benévolo, que se comunicaba a través de la organización mediúmnica, preguntando para tentarlo:

—Bienhechor de la Humanidad, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? ¿Cómo proceder para entrar en la posesión de la verdadera luz?

Contestó el orientador:

—¿Qué te aconseja la doctrina? ¿Cómo lees las enseñanzas de Cristo?

El consultante pensó un minuto y replicó:

—Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a ti mismo.

El Sabio Espiritual sonrió y observó:

—Haz respondido bien. Haz eso y alcanzarás la vida eterna.

Con todo, el intelectualista, presentando justificativa y desando destacarse en el círculo de los hermanos, preguntó aún:

—¿Cómo reconoceré a mi prójimo?

El comunicante asumió una actitud paternal y narró:

—Un “espírita” convencido en cuanto a la sobrevivencia del alma, pero no convertido todavía al Evangelio de Jesús, iba desde la Madureira a la Gávea, cuando encontró, en cierta calle, determinada reunión de personas bienintencionadas pero ignorantes de las letras del mundo, intentando la práctica del amor a los semejantes, poseídas de sincera y profunda buena voluntad.

Como vivían alejadas de la ciencia de la expresión, sus palabras evidenciaban mucha imperfección de gramática, pese a la excelente disposición que revelaban en el ejercicio de virtudes santificantes. Los desencarnados que cooperaban en la obra, observando que se acercaba un hermano detentador de elevados conocimientos, les indicaron su nombre, para que se le rogase su valiosa colaboración. Instado por los trabajadores de aquel piadoso núcleo del bien, el caballero se acercó, sondeó el ambiente y se negó, añadiendo:

—¡No, no puedo cooperar! Esto no es Espiritismo.

Y pasó apresurado, en busca de sus intereses.

Sin embargo, un materialista, de buen corazón y recta conciencia, que venía por la misma calle, encontró a la pequeña asamblea y, observando su determinación a la práctica del bien, repartió palabras de ánimo y consuelo entre aquellas criaturas de primorosas cualidades morales, dejando allí las bases de una escuela que funcionaría muy pronto, perfeccionando valores y mejorando sus conocimientos.

Seguía el mencionado “adepto” del Espiritismo por el camino, cuando se deparó con un cuadro doloroso. Una miserable mujer, exhibiendo terribles signos de sífilis, había caído en las cercanías de un soberbio jardín, y rodeada de dos compañeras de infortunio, necesitaban el brazo de un hombre caritativo que ayudase a transportar a la enferma. Percibiendo la aproximación del creyente que estamos exa-

minando, corrieron presurosas las dos infelices que aún podían andar, suplicándole socorro con palabras de su jerga, pero que evidenciaban justificada aflicción y ardiente deseo de ser útiles.

El “espírita” se fijó en que se hallaba en los aledaños de una gran casa, dedicada a placeres menos dignos y, temiendo un falso juicio para su conducta, se negó, exclamando:

—¡No, no puedo ayudar! Esto no es Espiritismo.

Y se alejó, sin más demoras.

Mientras tanto, el ateo, que venía tras sus pasos, escuchó el clamor de las mujeres y, lejos de cualquier pensamiento malicioso alusivo al local, amparó a la pobre criatura, providenciando inmediatamente que fuese acogida en un hospital cercano y colaboró en el pago de los gastos, ajeno a cualquier idea de compensación.

Más adelante, siguiendo el “espírita” su camino, encontró un grupo de trabajadores, afiliados a las iglesias evangélicas del protestantismo, recabando auxilios para un servicio de asistencia a niños desamparados. Muchachas y viejos, chicos y ancianos, cantaban en la vía pública, enterneciendo corazones con las reminiscencias de Jesús. Terminado el número musical, algunas jóvenes distribuían flores naturales a cambio de insignificantes donativos, destinados al socorro de pequeñuelos huérfanos y desvalidos.

Una de las graciosas chiquillas se acercó y le ofreció una rosa, añadiendo: “¡Amigo, coopera con nosotros en la asistencia a los pequeñuelos abandonados!” El interpelado, sin embargo, vio que el grupo portaba numerosos ejemplares de periódicos y revistas con interpretaciones religiosas diferentes de las que su razonamiento aceptaba, y, situándose en posición contraria a la cooperación cristiana, respondió rudamente:

—¡No, no puedo atender! Esto no es Espiritismo...

Y continuó, calle abajo, apresuradamente.

En cambio el materialista bondadoso, que lo seguía accidentalmente, fue detenido por la solicitud de las jóvenes y, sintiéndose feliz por la expresión de humanidad que la reunión presentaba, charló alegremente con las chicas, animando el servicio de confraternización y benemerencia que se llevaba a efecto, y, después de anotar las señas de la institución, al objeto de hacer un seguimiento más cercano de los trabajos, echó mano de la cartera que traía y adquirió muchas flores de auxilio, con el espíritu amigo de las buenas obras y no con la disposición agresiva de los combatientes, despreocupado de cualquier recompensa.

Y el “espírita” siguió su camino hacia la Gávea y el materialista continuó en la vía de la bondad espontánea.

El mentor hizo una larga pausa y, a continuación, preguntó al consultante:

—¿Cuál de los dos consideras que aprendió a reconocer al prójimo, prestándole la atención que debía?

—¡Ah! Ciertamente — replicó el interlocutor, sensibilizado — fue el materialista, que sentía placer en servir, trabajando por un mundo mejor.

El Sabio Espiritual sonrió y le dijo, antes de despedirse:

—Entonces, ve y haz tú lo mismo...

48 — EL DISCÍPULO AMBICIOSO

Cuando Judas, obcecado por la ambición, procuró avistarse con Caifás, en el Sinedrio, traía la cabeza incendiada de sueños fantásticos.

Amaba al Maestro — pensaba, presuntuoso — entre tanto, le competía cuidar de sus intereses. La vanidad lo absorbía. La pasión por las riquezas transitorias embargaba su espíritu.

Despreocupado de las necesidades propias, intentaba resolver los problemas del Señor ante las fuerzas políticas de aquel tiempo. Se valdría de la influencia prestigiosa de los sacerdotes, removería toda Jerusalén, tomaría el cetro del pueblo israelita, en obediencia a las tradiciones de los reyes y jueces del pasado y, tan pronto quedase consolidado el poder, restituiría a Jesús la dirección, el honor, la jefatura... El Maestro enseñaba la concordia, la tolerancia, la paciencia y la esperanza, pero ¿cómo efectuar las reformas necesarias por medio de simples actitudes idealistas?

Y el discípulo, en actitud de hombre esclavo de la ilusión, aguardaba a Caifás, que no se hizo esperar por mucho tiempo.

En la sala enorme, iniciaron discreta conversación.

El sumo sacerdote, tras abrazarlo con fingida simpatía, observó en tono cordial:

—¡Con que entonces el Templo tiene la felicidad de contar con tu valiosa colaboración!

—¡Ah, sí, es verdad! — exclamó el liviano discípulo, sintiéndose envanecido. Caifás, consciente de su propia importancia en la administración de Jerusalén, volvió a decir:

—Necesitábamos a alguien con bastante coraje, para salvar al Mesías Nazareno.

—¡Oh, sí! — Dijo Judas, contento — comprendo la situación.

—De hecho — continuó el jefe del Templo — necesitamos un rey que nos restaure la libertad política y en buena hora los galileos nos ofrecen tal oportunidad. Por cierto, tengo mucho gusto en tratar con su persona de usted, hombre providencial en la realización, que no pierde tiempo con palabras ociosas. He intentado abordar indirectamente a otros hombres de aquellos que acompañan al Nazareno, pero todos ellos, según me ha parecido, son esquivos e indecisos.

Crea, no obstante — y elevó mucho el diapasón de voz, impresionando al interlocutor por su seguridad verbal — crea, no obstante, que su gesto, accediendo a nuestros propósitos, adelantará la victoria del Mesías, confiriendo elevados títulos a sus compañeros. Éstos tendrán destacada posición de dominio y se sentarán en la asamblea más alta del pueblo elegido. Es tiempo de liberación y, ciertamente, Jesús es el rey que Jehová nos envía.

Judas no cabía en sí, tal el contentamiento que le embargaba el corazón.

No obstante, preocupado por la situación del profeta, a quien tanto debía, preguntó, humilde:

—¿Y el Maestro?

Disimuló Caifás los sentimientos siniestros que vagaban por su alma y contestó en voz casi dulce:

—Comprenderá, ciertamente, la necesidad de las medidas aparentemente rigurosas. El Maestro, por ejemplo, según el plan establecido, será encarcelado, por una cuestión de seguridad personal. Será detenido, a fin de ponerlo a salvo de cualquier incidente desagradable, mientras nos valamos de la gran aglomeración de patriotas en la ciudad para proclamar nuestra independencia. Liquidada la victoria inicial, con la sumisión de las autoridades romanas, coronaremos al Mesías, que ostentará el cetro del poder.

El discípulo exultaba. Conocedor antiguo de los efectos de la lisonja en los corazones indisciplinados y poco vigilantes, Caifás continuó:

—Mi servicial amigo, hasta que se resuelva la situación definitivamente, será el jefe de sus compañeros y recibirá los homenajes que le son debidos. Tomará el lugar del Mesías, provisionalmente, y dictará órdenes, hasta que él mismo, con la garantía deseable, pueda asumir el poder.

Satisfechísimo, el visitante indagó:

—Y ¿qué debo hacer, en principio?

El sacerdote perspicaz contestó con naturalidad:

—No tenemos tiempo que perder. Formaremos la documentación necesaria.

—¿Cómo debo hacer? — preguntó nuevamente el discípulo engañado.

Llamaré a los testigos — aclaró el sumo sacerdote — y, ante nosotros, responderá afirmativamente a todas las preguntas que le sean dirigidas. No necesitará informarse en cuanto a particularidad alguna. Bastará contestar “sí” a todas las preguntas formuladas.

¿Puedo contar con su lealtad?

Judas no lo dudó. Estaba decidido a seguir las instrucciones de modo incondicional.

Unos pocos minutos más y se organizó una pequeña asamblea, con jueces y testigos.

Dos escribas se dispusieron para registrar las declaraciones. Formada la reunión, el sumo sacerdote llamó al denunciante y comenzó el interrogatorio:

—¿Eres discípulo de Jesús, el Nazareno?

Confiado, Judas contestó:

—Sí.

¿Vienes a declarar al Sinedrio como judío convicto de la santidad de la ley?

—Sí.

—¿Afirmas que el Mesías Nazareno pretende ser el rey de Israel?

—Sí.

—¿Aseguras que él promete la revolución contra el poder del César y la autoridad de Antipas?

—Sí.

—¿Es verdad que él odia a los romanos?

—Sí.

—¿Desea, realmente, aprovechar la Pascua para dar comienzo a la rebelión?

—Sí.

—¿Declarará la emancipación política de Israel inmediatamente?

—Sí.

—¿Promete luchar contra cualquier obstáculo para derribar las combinaciones políticas existentes entre Roma y esta provincia, en el sentido de coronarse rey?

—Sí.

En posesión de las declaraciones comprometedoras, Caifás interrumpió el interrogatorio, mandó que Judas esperase en la antesala y dictó providencias a romanos y judíos, a fin de que detuviesen a Jesús inmediatamente, como agitador político y explotador de la confianza pública.

En breves horas, un grupo de soldados se situaba en las proximidades del Templo, a espera de la orden final, y Caifás, compensando a Judas con algún dinero, hizo sentir la necesidad de su orientación en la detención inicial del Mesías, asegurando que en breve tiempo se cumpliría la rendición de Israel.

El discípulo poco vigilante se puso al frente de todos y encaminó el triste suceso.

Y, cuando los acontecimientos marcharon por otros rumbos, en balde el Iscariote procuró avistarse con las autoridades, tan pródigas en promesas de poderes fascinantes. Terminado el proceso de humillaciones, encarcelamiento, martirio y condenación de Jesús, el discípulo infiel consiguió encontrar al sumo sacerdote y a algunos intérpretes de la ley antigua, en animada conversación en el Sinedrio. En lágrimas, Judas rogó que se detuviese la tragedia angustiosa de la cruz, y dándose cuenta, aunque demasiado tarde, de que había sido víctima de su propia ambición, devolvió las monedas de plata, exclamando, de rodillas:

—¡Socorredme! ¡He cometido un crimen, traicionando la sangre inocente!... La vanidad me ha perdido, itened compasión de mí!...

Pero los interpelados, como viejos representantes de la ironía humana, contestaron simplemente:

LÁZARO REDIVIVO

—¿Qué nos importa? Eso es cosa tuya...

49 — PREPARACIÓN FAMILIAR

El problema familiar, por más que nos despreocupemos de él tratando de escapar a la responsabilidad directa, constituirá siempre una de las cuestiones fundamentales de la felicidad humana.

Es un tremendo error suponer que la muerte borra los recuerdos, a modo de esponja que absorbe el vinagre en la limpieza del utensilio de cocina. Ciertamente, los vínculos menos dignos terminan en la sombra del sepulcro, cuando soportados valerosamente y encarados como sacrificio purificador en la existencia material. El noventa por ciento, quizá, de los matrimonios infelices por la falta de afinidad espiritual, se extinguen con la muerte, que liberta naturalmente a las víctimas de los grilletes y de los verdugos. El Evangelio de Jesús enseña entre los vivos que Dios no es Dios de muertos, y los que han perdido la indumentaria carnal, sintiéndose más vivos que nunca, añaden que Dios no es Dios de condenados. Que los Otelos de la Tierra se prevengan, en sus relaciones con las Desdémonas virtuosas del mundo, porque aparte del cadáver, no podrán apuñalar a las esposas, libres de la carne; y las mujeres celosas, desgredadas dentro de la noche, gritando blasfemias injuriosas contra los maridos inocentes, que se preparen para largo tiempo de separación en la esfera invisible, donde en la me-

jor de las hipótesis recibirán servicios de reeducación, en su propio beneficio.

La muerte sería un monstruo terrible si consolidase los grilletes terrestres en aquellos que toleraron heroicamente la tiranía y el egoísmo de otro. Aparte de sus muros de sombra, hay castillos sublimes para los que amaron con el alma, y atesoraron con el sentimiento más puro, el ideal y la esperanza en una vida mejor; y hay además precipicios oscuros, por donde bajan los insurrectos en desesperación por no poder oprimir y martirizar, por más tiempo, los corazones dedicados y sensibles de que se rodeaban en la Tierra.

Hecha esta salvedad, alusiva a los principios de afinidad que gobiernan la sociedad espiritual, recordemos la misión educativa que el mundo confiere al corazón de los padres, en nombre de Dios.

¿Vendría a constituir un acto casual de la Naturaleza, la unión de dos criaturas, convertidas en padre y madre de diversos seres? ¿Mera eventualidad la instalación de una cuna adornada de flores?

Dice la Medicina que el hecho se reduce a simple acontecimiento biológico, el estatuto político registra un nuevo habitante para enriquecer la población del suelo y la Teología sostiene que el Creador acaba de formar otra alma, destinada al teatro de la vida, mientras la institución doméstica celebra lo ocurrido con desvariada alegría, muy bella, sin duda, pero vecina a la irreflexión y a la irresponsabilidad. Es razonable que los padres sientan emociones verdaderamente sublimes y acojan al retoño de su amor con indefinibles transportes de júbilo. Pese a ello, es necesario añadir que la gallina y la leona hacen lo mismo. Ciertas aves del sur de Europa llegan a robar pequeñas joyas a las damas ricas, a fin de adornar el nido venturoso por la llegada de los polluelos. Por ese motivo, en el círculo de la Humanidad, es preciso instituir servicios eficientes contra el cariño inoportuno y esterilizador.

Los hijos no son almas creadas en el instante del nacimiento, como dicen las viejas afirmaciones del sacerdocio organizado. Son compañeros espirituales de luchas antiguas, a quienes pagamos deudas sagradas o de quienes recibimos alegrías puras, por créditos de otro tiempo. La institución de la familia es crisol sublime de purificación y el olvido de esa verdad nos cuesta un elevado precio en la vida espiritual.

Es lamentable nuestro estado de alma, cuando volvemos a la vida libre, de corazón esclavizado al campo inferior del mundo, en virtud del olvido de nuestras obligaciones paternas. En vano intentaremos tardíamente enseñar las lecciones de la realidad legítima; en balde nos acercaremos a los corazones amados para recordar la eternidad de la vida. Semejantes impulsos se verifican fuera de la ocasión que sería deseable, porque la fantasía ya ha solidificado su obra y la ilusión ha modificado el paisaje natural del camino. Ya no valen el llanto y la lamentación. ¡Es indispensable aguardar el tiempo de la misericordia, puesto que hemos menospreciado el tiempo del servicio!

Prevénganse pues, los padres y madres terrestres, a fin de no perderse, envenenando el corazón de los hijos, alejándose del deber y del trabajo. ¡Aniquilen el egoísmo afectuoso que los ciega, si no quieren cavar el abismo futuro!...

Mientras escribo, oigo a un amigo, ya arrebatado igualmente de la vida humana, que me pide encaminar a los compañeros encarnados las siguientes ponderaciones:

—¡Bienaventurados los padres pobres en dinero o renombre, que no coartan la iniciativa propia de sus hijos en los caminos de la edificación terrestre! ¡Por medio del trabajo áspero y duro, de decepciones y dificultades, enseñan a los retoños de su hogar que son hermanos de los batalladores anónimos del mundo, de los humildes, de los que tienen las manos encallecidas, construyendo en ellos la ventura

sobre bases sólidas y formando su corazón en la fe y en el trabajo, antes de que lleguen a pervertir su cerebro con vanidades y fantasías! Esos sí, pueden abandonar la Tierra tranquilamente, cuando la muerte cierre sus párpados cansados... Sin embargo, iinfortunados serán todos los padres ricos en bagajes mundanos, que desfiguran el alma de los hijos imponiéndoles mentirosa superioridad por los artificios de la instrucción pagada, cargando su mente de conceptos perjudiciales acerca del mundo y de la vida, por el ejercicio condenable de una ternura falsa! Esos, esperen cuentas escabrosas, porque de hecho han intentado engañar a Dios, alejando a sus hijos de la verdad y de la luz divina... Después de la muerte del cuerpo, sentirán el dolor de verse olvidados el día inmediato al de los funerales de sus despojos, acompañando en vano, como mendigos de amor, a los hijos, más interesados en la partición de los bienes, irevelando actitudes crueles de egoísmo y ambición!

Con estas palabras de un amigo, finalizo mis modestas consideraciones sobre las responsabilidades domésticas, aunque dudo de que haya padres e hijos en la carne con sensatez bastante para creer en ellas.

50 — ORACIÓN DE UN MUERTO

POR LOS MUERTOS

Señor Jesús: a menudo el trabajador del campo de la vida interrumpirá el trabajo del arado, no para mirar hacia atrás, mezclando añoranzas de la esfera inferior con aspiraciones del plano sublime, isino para atisbar las zonas más altas y rogarte el auxilio imprescindible!

¡Maestro de sabiduría y bondad, no vengo a pedirte hoy por los que aún están sujetos a la lucha de la carne! El hambriento que se arrastra en el mundo, la mayor parte de las veces hallará una corteza de pan; el enfermo, casi siempre hallará remedio saludable. ¡Vengo a pedirte por todos aquellos que la muerte ha arrebatado al cuerpo físico inesperadamente, cuando sus corazones navegaban en pleno mar de ilusión; por aquellos que dejaron los afectos más queridos, que abandonaron el nido doméstico entre angustias y lágrimas, que desertaron compulsoriamente de los trabajos materiales en que depositaban la esperanza!... Muchos de ellos, Jesús, despertaron en regiones que no sospechaban que existiesen; otros se amparan aún con los familiares del mundo, intentando restaurar una situación que la

Divina Ley considera encerrada definitivamente; otros asimismo, Maestro, se mantienen apegados al sepulcro que guarda sus despojos, i procurando inútilmente renovar las exhaustas energías orgánicas!...

Señor ¿por qué no pedir por ellos a tu amor que nos ha legado la doctrina del sepulcro vacío?

Es cierto que la mayoría de ellos, pobres espíritus infelices y perturbados, habían menospreciado tu nombre, olvidando las obligaciones que les incumbían en la Tierra... Innegablemente, crearon dolorosos infiernos de remordimiento y sufrimiento para sí mismos, que tu propia complacencia no puede retirar ni destruir, en virtud de las soberanas e indefectibles Leyes de lo Eterno, pero nosotros te rogamos un rayo de luz que los esclarezca, i una gota de bálsamo de tu infinito amor que alivie sus innumbrables padecimientos!... ¡Enséñales también, por medio de tus mensajeros abnegados, el desprendimiento de los postreros lazos que los esclavizan a los engaños del pasado cruel! ¡Son míseros paralíticos del corazón, que han perdido la facilidad de movimiento por haber despreciado los razonamientos ennoblecedores, y ciegos que se han quitado la vista a sí mismos enciviando los ojos en la contemplación de fantasías sin número, en el círculo de las sombras terrestres! Sabemos, Jesús, que los paralíticos y ciegos voluntarios difícilmente encontrarán la curación precisa; pese a todo, iosamos suplicar tu bendición divina para todos esos infortunados que, en desesperación, deambulan sin rumbo por la corteza planetaria!

¡Ayúdalos, por compasión, a deshacerse de las ilusiones que los atan a la inquietud y al tormento interior, préstales auxilio en el aprendizaje del difícil arte de decir adiós! ¡Inspírales la noción de que la existencia última del cuerpo está cerrada para su alma, como se cierra un libro de cuentas en el mundo, y ampara su corazón oprimido para que emprendan el camino hacia la libertad espiritual! ¡Que

HERMANO X

puedan reconocer, al influjo de tu amor, la cesación de todos los derechos transitorios de la Tierra, a la vista de la muerte renovadora, y que permuten los títulos convencionales que unían su espíritu en la carne a los seres queridos, por los títulos gloriosos de la fraternidad inmortal, sin limitaciones y sin fronteras! Reconocemos que todos ellos, como nosotros, están señalados por deudas abultadas frente a tu misericordia y sabemos que es imposible hurtarnos al rescate. Con todo, te suplicamos la bendición de Luz, a fin de que se disipen las sombras que nos rodean.

¡Jesús, compadécete de los nuevos Lázarus sepultados en el túmulo de las ilusiones y ayúdales, para que, libres de los vendajes, resuciten de hecho para la claridad de la verdad eterna!

¡Señor, Tú que iluminaste los caminos de la vida, atiende nuestra súplica y alumbra también los caminos de la muerte!...

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo Libro Qué es el Espiritismo

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirita.com



